

AMÉ DIECIOCHO VECES PERO RECUERDO SOLO TRES

Antología de
cuentos de amor





Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres

ANTOLOGÍA DE CUENTOS DE AMOR

Laura A. Arnés (ed.)



Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres : antología de cuentos de amor /
Francisco Sendra ... [et al.] ; editado por Laura A. Arnés. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.
248 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-728-151-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos Románticos. 3. Antología de Cuentos. I.
Sendra, Francisco. II. Arnés, Laura A., ed.
CDD A863

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

Dirección del Museo del libro y de la lengua: María Moreno

Edición: Laura A. Arnés

© 2022, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gov.ar

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

La noche tiene la forma de lo que falta	
Francisco Sendra	11
El ladrido de los perros por las noches	
Analía Fernández Fuks	21
Hasta que nos encuentren	
Marcelo Cutró	47
Flamenca	
María Cecilia Rodríguez.....	57
Manual de la ceguera	
Márgara Averbach	93
El consultorio	
Rodolfo Omar Serio	103
El hada verde	
Juan Manuel Burgos	113
Tigra	
Alejandra Ruth Toronchik.....	135
Tren	
Silvana Noemí Liello.....	139

El patio de los árboles

Carolina Biscayart149

La amistad

Héctor Facundo D'Onofrio 159

Miku

María Paz Schechtel169

Orquídea

Emilene Teresita Núñez Campos 177

Cortaplumas

Ezequiel Villarroel189

Irse de esa manera

Natalia Milocco.....199

Una parte del levante

Nicolás Daniel Guglielmone.....209

El sonido de los dados revolcándose

María Zulema Lázaro 221

Pensamientos ajenos

Ulises Cremonte..... 229

Este libro nació de una convocatoria gestada durante la pandemia por quienes trabajábamos en el Museo del libro y de la lengua. De un deseo de lectura, quizás incluso, de una necesidad de cuerpos, de contactos, de lenguas. Primero, dijimos: cuentos de amor, historias. Después, más solemnes: Concurso de Cuentos de Amor. Finalmente quedó: Premio Nacional de Cuentos de Amor Silvina Ocampo “Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres”. La síntesis y el exceso de la pasión en una sola frase. Que el premio lleve el nombre de la menor de las Ocampo nos absuelve de toda culpa: ella supo de amor y celos. Y también los supo contar con el mayor antídoto: el humor y una copiosa imaginación, un poco desviada, hay que decirlo, de las tradiciones literarias y afectivas.

La expresión —cuento de amor— inspira fáciles asociaciones. Mientras pensábamos el concurso, María Moreno me decía, rápido y en voz baja: *hay amores que son puro cuento, otros que necesitan un mínimo de cuento para sobrevivir, otros que no son capaces de contar el cuento —de tan frágiles—. Y hay cuentos que, sin ser de amor, lo son por amor a la lengua y sus bellas figuras.* De hecho, insistía reflexiva: *los románticos dicen que si un cuento es de amor verdadero, no debería someterse a la vulgaridad de un concurso o, mejor todavía, solo deberían ganar los enamorados.*

La convocatoria fue contundente. Presuponía una postura frente a la escritura y frente al lenguaje; frente a la crítica literaria y los

activismos feministas y *queer*; incluso frente a los modos del querer (no tienen fin ni principio, ni tienen cómo ni por qué):

No es verdad que haya desaparecido el amor romántico: solo ha pasado a la clandestinidad y desde allí habla hasta por los codos. El amor puede nacer en una letrina, en medio de una orgía, por *wasap* o en la cola del hisopado. Del miriñaque al barbijo, del velo a la sunga, en una celda estrecha o con distancia de protocolo, el corazón disparado sigue adelante más allá de la historia. El amor no siempre es más fuerte pero no para de contar. Y lo que cuenta no es privilegio de escritores y artistas: tode enamorado es capaz de adornar su lengua hasta volverla bella, imparable y desatada. Contanos tu cuento de amor. Hétero, torta, trans, platónico, animal, imposible, infernal, prohibido o superficial, zonzo o intelectual. Todos valen. Y encima hay premios.

Recibimos casi dos mil quinientos relatos en un lapso corto, de tan solo un par de meses. La convocatoria tenía razón: el amor es el ¿monstruo? de las mil formas y la lengua enamorada se zafa constantemente. Mientras leía los cuentos, María anotó: *las palabras de la política son feas, por eso me voy a guardar de decir que los personajes de los cuentos ganadores suelen eludir la heterosexualidad obligatoria*. Escribió también: *leyéndolos deduzco que, en materia de amor, ya no se usa el sujeto como desollado vivo, que rumia incansablemente su pérdida y podría ser ilustrado por El grito de Munch*. ¿Hay derroches? Sí. ¿Desordenes? También. Pero, llamativamente, las pasiones y los fetiches aparecieron en los relatos cuidadosamente calibrados. También la escritura. El jurado, integrado por los escritores Gabriela Cabezón Cámara, Cristian “Wachi” Molina y Cynthia Rimsky, decidió dar el primer premio al cuento “La noche tiene forma de lo que falta”, de Francisco Sendra, “por la construcción de personajes hipnóticos y definidos, que habitan en una atmósfera y un mundo narrativo que se diferencia del conjunto por su magnetismo y conmoción. Además propone una historia

de amor absolutamente no convencional”. En este texto, el abismo del sujeto amoroso —o su abismarse— cobra sentidos impredecibles.

El segundo premio lo compartieron “El ladrido de los perros por las noches”, de la periodista feminista Analía Fernández Fuks, y “Hasta que nos encuentren”, del poeta santafesino Marcelo Cutró. El primero, “por su particular técnica narrativa y por proponer una relación amorosa entre mujeres sin efectismos; que desafía ciertos clisés sobre las relaciones afectivas a distancia”. Este texto, además, relata la historia de las vidas —de las posibilidades de vida, de las condiciones de los cuerpos— en dos ciudades tan distintas como Buenos Aires (Argentina) y Hebrón (Palestina). El segundo, por su parte, “logra un procedimiento narrativo cuidado, preciso y eficaz”. Poético, meticuloso e, incluso, barroco, “despista al lector y genera la emergencia de un modo de amor que se destaca del resto de los cuentos presentados”. A último momento, el jurado decidió habilitar una mención para el cuento largo “Flamenca”, de María Cecilia Rodríguez, por la construcción de una historia que articula imaginarios diversos de la tradición literaria y cultural argentina, así como diferentes tendencias narrativas contemporáneas.

Del resto de los cuentos finalistas no diré nada. Están acá, para ser leídos. No voy a romper con el efecto de suspenso (modulación de la espera) que, aunque no se diga lo suficiente, es propio del género. Y prometemos, como decía María muy seria, no imitar a los periodistas que abordaron a Roland Barthes, luego de la publicación de *Fragmentos de un discurso amoroso*, preguntándole: “cuando lo escribió, ¿estaba usted enamorado?”.

Laura A. Arnés

LA NOCHE TIENE LA FORMA DE LO QUE FALTA

Francisco Sendra



Francisco Sendra nació en La Plata en 1988. Tomó clases de narrativa con Félix Bruzzone y Tomás Downey. Es licenciado en Actuación por la UNA y da clases de teatro en La Plata.

Primero probé con una pestaña, un pedazo de uña, la punta de un lápiz. No tenía un objetivo claro, sino más bien traducir lo que veía en palabras o sensaciones. Sobre la pestaña escribí: *Brotos de pasto crecidos sobre terciopelo en invierno*. Sobre la uña: *Asteroides de cola larga estrellados contra un barro blando*. De ahí en adelante, fui probando con cada objeto que entrara en la platina. Inspeccioné plantas, minerales, tejidos animales y humanos.

En aquel momento, como parte del doctorado que llevaba adelante, estudiaba la reacción de ciertas levaduras a condiciones climáticas extremas. La facultad me facilitaba el uso del microscopio científico una cantidad de horas a la semana. Al principio, me dedicaba únicamente a los cultivos, los sometía a diversas temperaturas, evaluaba su resistencia y velocidad de reproducción. Pero a medida que fui dominando el proceso, las levaduras dejaron de necesitar me y me entregué a la curiosidad de aumentar cosas al azar, sin demasiado criterio. La noche anterior había soñado con velcro y aquella mañana traía un pedazo de cierre arrancado en el bolsillo. *Hileras de garfios sobre frondosa plantación púbrica*, lo anoté en un cuaderno que llevaba escondido por las dudas. Cuando miré la hora me di cuenta de que venía retrasado, apagué el microscopio y preparé mi salida.

El laboratorio dependía de la Facultad de Ciencias Naturales y como varias facultades de Exactas, se repartían en distintos puntos del bosque. De día era el parque del ocio, el circuito aeróbico y el

paseo en bote a pedal. Pero de noche, el bosque se transformaba. Si éramos diligentes, sabíamos que proveía. Hacíamos un intercambio, él nos daba un tiempo sin nombre y nosotros nos volvíamos su fauna. Respondíamos a su llamado como quien reza o quien va a trabajar y él nos devolvía más mansos, nos daba un respiro de nuestras vidas de molde. Una vez leí: “Cada dios tiene su propio bosque sagrado”. Al nuestro no le conocíamos la cara pero sabíamos adorarle. Y él nos agradecía como podía, con pequeños gestos, recompensas. Eso fue hasta la llegada del Bambi.

Anocheía, el viento revoleaba los árboles, un motor llegaba en gorgoteos, como sumergido. No escuchaba mis pasos sobre las hojas secas, era como estar en una pecera revuelta. Ensayé deambular, me erguí, mostrarme casual pero atento, la vista adelante, la atención hacia los costados. El Jíbaro me seguía a cierta distancia, me había esperado a la salida y nos saludamos con la cabeza. Aunque íbamos juntos, teníamos que simular lo contrario. Hice un paneo lento alrededor: un viejo tronco me engañó, parecía una silueta sentada. Me concentré en otro, esperé. Supe que no era una planta cuando se incorporó. Caminaba sin rumbo, como un zombi dormido. Me acerqué despacio. El microscopio me enseñó a interpretar la distorsión de los objetos a medida que cambian de escala. En el bosque pasaba algo similar, a medida que te acercabas, muchas veces era el deseo el que llenaba la información que faltaba.

Primero nos rodeamos de cerca, exhibiéndonos como podíamos, usando algún hilo de luz. Pude ver unos pies enormes, ropa deportiva, buzo con capucha. Cada uno se tocó la pija como saludo. Nos preguntamos sin ganas, qué hacés, qué buscás. Intenté una propuesta, le hablé del Jíbaro. Muy enroscado, me dijo. Te falta un golpe de horno, pensé, pero no respondí. Preferí dejar su opinión flotando en el aire. Cultivar la virtud del silencio, porque en el silencio y la oscuridad los cuerpos se confunden. Daba igual si eras un árbol o un pájaro, en la noche todo es noche. Me fui, el Jíbaro se acercó, le pedí disculpas con los hombros. Pude sentir su decepción en el aire. Lo llamábamos así porque tenía la cabeza diminuta como dedal de muñeca. A mí me pusieron Miranda

por mi única y definitiva afición: la visión. Y como en el bosque siempre hay algo que ofrecer y a nadie le alcanza con ser mirado, nos aliamos. Yo usaba su boca como cebo y él me usaba a mí para convencer. Por mi parte, estaba en el umbral de lo deseable, ni muy apetecible ni muy descartable, como una fruta caída que todavía se deja comer.

Se hacía tarde y nos cansamos de buscar. Los dos teníamos que volver a nuestras vidas diurnas. Yo a la casa, mi madre, el microscopio. El Jíbaro quién sabe, nos contábamos poco. Fumábamos nuestro último cigarrillo cuando escuchamos un crujido de hojas acercarse.

Ahí viene Capucha, dijo el Jíbaro.

Era el que me había llamado enroscado. Mi silencio parecía funcionar, venía sobándose abajo. El Jíbaro lo esperó arrodillado, yo busqué una buena perspectiva.

Estuvimos un rato así, cada uno en lo suyo, salpicados intermitentemente por los focos de los autos doblando. Fue ahí que lo vimos, una silueta gris que esquivaba las ramas caídas de un eucalipto gigante. Detrás, un grupo de agazapados lo seguía en la oscuridad. ¿Quién arrastraba a esas maricas así? Iban a pasar por debajo de un alumbrado público; esperamos. Pensé: no se gasten, en la noche todos los gatos son pardos, pero me equivoqué. Los tres quedamos pasmados, al Jíbaro se le cayó la pija de la boca, yo guardé la mía en el pantalón. Bañado por el led, irradiaba una belleza inexplicable, transparente. Como de esos animales blancos que nacen uno en un millón, un ciervo albino del conurbano. El Bambi, así lo llamaríamos. Vestía ropa incómoda, de supermercado; apoyado contra un poste de luz, se tocaba esperando nuestra sobada de bulto. Pude sentir en la nuca los ojos del resto. Se acercó. Fue difícil adivinar la edad, sus rasgos no tenían época, como la nieve de un glaciar eterno. El bosque reaccionaba como su escenografía personal, su patio trasero.

¿No serás menor?, se arrebató la Jíbara.

Yo le clavé el codo en una costilla. Él jamás nos contestó, nos miró un rato a cada uno y después nos llamó con la cabeza. El Jíbaro acaparó. Capucha, ahora desplazado, en lugar de irse se arrodilló también a pedir. Yo me alejé para verlos bien.

A medida que ofrendaba, los demás salían de sus escondites. Embobados, no tenían ojos para nadie más; a mí me daba vergüenza venerar esa blancura pero no podía hacer nada, sentía un gualicho en la carne. Y él dio, dio a cualquiera en busca de afecto, sin mezquinar y sin cansancio, como nadie jamás dio en ese bosque. Las maricas se pegaban como hormigas en la miel, el reflejo de la piel cristalina del Bambi refulgía en sus pupilas. Nadie lo dijo pero muchos lo pensamos. ¿Y si es un santo?, ¿el santo de los putos? ¿Y si este es el dios del bosque? Ese día nadie se quedó sin comer. Acabé enseguida casi sin tocarme y caí de rodillas; enseguida supe, íbamos a ser sus discípulos.

Volver a casa fue una decepción. Como soñar que podés volar, abrir los ojos y sentir el peso de la gravedad. La enfermera que cuidaba de mi madre dormía en la cocina, la desperté con una mano suave sobre el hombro y me pidió disculpas, nos despedimos con un beso. Mi madre no había cenado. Me puse a procesar zapallo mientras pensaba en el Bambi. A la mañana siguiente esperé al cambio de enfermeras y me fui al laboratorio. Tenía que sacar las muestras de la heladera, comparar los cultivos, anotar cambios e impresiones. Estaba distraído, quedé un rato mirando la mesa de formica temblar sobre mi rodilla. En ese terremoto, un cascarudo diminuto pasó reptando.

Busqué un alfiler y lo atravesé para aumentarlo. Su piel brillaba de distintos colores, anoté: *piel de cocodrilo tornasolada, bigotes de goma cristal*.

Hacia el filo de la tarde, nos pude ver de nuevo en el bosque. Nos mirábamos con vergüenza y corríamos la vista. Estábamos ansiosos, algunos se tocaban un rato y seguían viaje, nadie quería acabar. Nuestros cuerpos nos parecían ordinarios, insuficientes, guardábamos lo nuestro para el Bambi, queríamos verlo entrar, saber de dónde venía, quién era. Yo estaba junto al Manco y el Jíbaro, charlando bajito sobre un árbol caído. Al Manco le decíamos así pero algo de palma tenía, los dedos los había perdido aplastados dentro de una sobadora de pan. Para mí que es un estudiante, dijo, uno de esos que se escapan de sus pueblos para empezar de nuevo en la ciudad.

Puede ser. Pero podía ser cualquier cosa, un exiliado o un peón rural, daba lo mismo. Esa noche apareció detrás del planetario, coronado por la luna menguante. Lo vi pasear con una sonrisa pícaro que nos congregaba. Éramos el doble, se había corrido la voz, empezamos a llamar la atención y la montada sabía meterse en el bosque. Le gustaba agarrarnos desprevenidos, pedirnos documentos y si no teníamos, nos llevaban.

Él estaba igual que siempre, yo nos ví más desafortunados. Nos fuimos entregando como él quiso. Esta vez se desnudó por completo y nos encandiló, su pija, nunca vimos algo así, se abalanzaban. Uno lo rayó con el cierre de una bragueta y una gota plateada brotó como el mercurio. Otros le hablaban al oído, le ofrecían plata, se lo querían llevar. Él se dejaba zarandear sin resistencia, disfrutaba de eso, de ser nuestro. Yo fantaseaba con un pedacito suyo para ver en el microscopio.

Aquel tiempo la pasé con la cabeza en otro mundo, pensando en el Bambi y con qué nos iba a sorprender cada noche. A mi madre le prestaba la mínima atención, me transformé en una de sus enfermeras. Cuando la sacaba a tomar sol nos quedábamos los dos dormidos, ella en su silla de ruedas y yo en un banquito contra la pared. Quería que el tiempo pasara. En el laboratorio dejé de revisar las levaduras, algunas quedaron sin refrigeración y se secaron, otras proliferaron sin control hasta salirse de su recipiente. Dejé de responder los mails de mi tutor, me pedía informes o algún tipo de avance. En lugar de trabajar, me quedaba delante del escritorio, comiéndome las uñas o buscando objetos para aumentar. Aproveché una cutícula que me colgaba del meñique. La piel no me gustaba, parecía cartón viejo apilado. Bajo un microscopio, un objeto aumentado puede reaccionar de dos maneras: o se vuelve irreconocible o repite ciertos rasgos de su escala habitual. En algunos casos se comporta igual. La superficie de una piedra es similar a la textura de cualquier formación montañosa vista desde un satélite. Lo mismo con la mayoría de las plantas o los ojos de ciertos insectos, son la acumulación de miles de ojos diminutos apretados unos contra otros.

Con el tiempo el bosque se apaciguó, sabíamos que al caer la noche él iba a estar ahí para nosotros y nosotros para él. Yo propuse

algún tipo de organización, un plan para preservarlo. Los recién llegados armaron un perímetro invisible, oficiaban de atalayas humanas. Tosían si se acercaba algún paseador de perros o aplaudían si era la policía. Él nos retribuía como siempre, proporcionando una forma de cariño específico. Al Jíbaro le armó un bukake, uno legendario. Yo las ví, no sabían por qué hacían fila, esperaban su turno con la pija en la mano. El Jíbaro lloraba y bebía, cuando terminó no comió por dos días. A la Manca le erogenó el muñón, lo volvió hipersensible pero también poderoso como un dildo. El Bambi era como el agua, se adaptaba al envase que lo contenía. Junto a él nos volvimos generosos, suspendía nuestras mezquindades, nos hermanaba. El problema eran nuestras ansias, crecían demasiado rápido.

Fijate las ojeras que tiene, me dijo el Manco. Tenía razón, estaba apagado y translúcido, como si el cuerpo se le hubiera llenado de niebla. Los perversos lo dejan así, me dijo.

Parecía lógico, yo no decía nada porque me gustaba cuando se veía con los perversos, cómo lo humillaban, me prendía fuego.

Un día nos lo van a abichar, Miranda, acordate lo que te digo.

Empecé a pedir que mi madre se muriera. Quería descansar de la vida de cuidado, tener un día sin saber qué hacer, sin cambiar pañales. Me daba vergüenza la bronca que le juntaba, llegué a levantarle la mano por hacerse pis. En el museo las cosas tampoco iban bien, una mañana encontré una nota sobre el escritorio, era mi tutor que pedía explicaciones. Había visto los cultivos desbordados en la heladera. Rompí un pedazo de la nota y la aumenté. El papel parecía el nido de un gorrión, quise escribir una impresión pero no pude.

Todo se acabó una noche de cielo cubierto, las nubes cargadas, poco viento. Silencié el teléfono, cada tanto lo sentía vibrar en el bolsillo, sospechaba que era mi director o alguna enfermera de mi madre con el pago atrasado. Deambulé un rato hasta encontrarlo en la zona de entrenamiento. Estaba desnudo y hecho un rulo sobre el pasto, me miraba respirando con dificultad, unas ojeras grises como el mar de noche.

Los perversos le habían apagado varios cigarrillos, tenía olor a todo, una expresión de cordero que te ablandaba los ojos. Nos

quedamos así un rato, entre las barras, mirándonos en silencio, yo con una erección en camino. Enseguida se acercó uno grande de más de dos metros, parecía basquetbolista por los movimientos lentos y amplios, los brazos largos. Empezó a bajarse la bragueta. El Bambi no hacía nada, alternaba la mirada entre los dos, nos iba descifrando con curiosidad. Los dotes del gigante pedían una contención, todo parecía cantado, pero no. Apenas terminó de desabrocharse se dio vuelta y apoyó los brazos contra una barra de estiramiento.

Arqueó la espalda y el Bambi se incorporó, estaba tentado, un niño a punto de hacer una maldad. Busqué la distancia justa, pregunté si podía filmar pero no quisieron.

Primero fue con un dedo, después dos y fue sumando. El gigante tenía los ojos en blanco, sus gritos fueron despertando a los animales del bosque que no tardaron en congregarse. El Bambi se acomodó, me guiñó el ojo y ahí lo supe, iba a probar con el bracito entero. Al entrar hizo ruido a sopapa seca. El gigante aulló tan fuerte que la tierra vibró y empezó a llover.

Lo va a partir, dijo el Manco, estaba pálido.

Un relámpago dividió el cielo en dos. Escuchamos el repiqueteo de un galope. Es la montada, nos vamos, dijo el Jíbaro.

Los dejé irse, no me quería perder de nada. Ya con los dos brazos en su interior, se impulsó hacia adelante con las rodillas y entró.

Me desmayé. Tuvieron que arrastrarme hasta una garita cercana. Todavía embarrado y sin poder levantarme pregunté por él. Nadie supo qué responderme, después de la montada todos se dispersaron. Nadie dijo nada más, hicimos un silencio largo de pensar. Me acurruqué bajo la cabeza del Jíbaro y descansé, el Manco me acariciaba con su mano sana.

¿Por qué seremos tan viciosas?, pregunté al aire.

No es que seamos viciosas, respondió el Jíbaro. No depende de nosotras, la noche es así, pide cuando necesita.

A la mañana siguiente llamó mi director para avisarme que renunciaba a mi tutoría, en la facultad otros becarios necesitaban el microscopio y me pedía que cediera mis horas. Por mi parte, había

ensayado un tono acorde a su decepción, mencioné mi situación familiar, di lastima. Mientras nos pedíamos disculpas, tuve que cortar, un ruido latoso venía de la habitación de mi madre. La encontré lagrimeando en la oscuridad, prendí el velador y pude verla, sentada sobre la cama, vestía un camisón con dibujos de osos y almohadones.

Estoy triste.

¿Por qué?

Porque mi mamá está en el cielo.

No respondí, le fui cantando despacio hasta dormirla.

EL LADRIDO DE LOS PERROS POR LAS NOCHES

Analía Fernández Fuks



Analía Fernández Fuks es periodista, productora y escritora lesbiana. A los ocho años doblaba una hoja A4 por la mitad, escribía un cuento y lo ilustraba. Cuando llegaba a tener un pilón, recorría los pisos del edificio donde vivía y se los dejaba a sus vecinos. A veces también los vendía en las reuniones familiares. A los once, iba a contraturno a la biblioteca de su escuela primaria en el Parque Las Heras para escribir en la revista que editaba junto con algunos compañeros. Tal vez esos hayan sido los comienzos de sus caminos de autogestión y escritura.

En el baile elige siempre el meneo hasta abajo. En la cancha, la defensa para ordenar el juego.

Buenos Aires. 1 de abril

Vuelvo a casa desde el aeropuerto. El gato me mira fijo desde el descanso de las escaleras, ahí donde alguien hizo una alcantari-lla sin sentido. Y todo se desprende. Se suelta como aquella tarde del 2018 un pedazo del Perito Moreno. Acaricio a Busquets y lloro. Intento contener, pausar. Lo hago lento, despacio. Como cuando tengo que regular la canilla de agua caliente porque en casa el sistema de la ducha siempre anduvo mal.

Buenos Aires. 2 de abril

Hoy es feriado. No trabajar no existe para las freelancers, así que estoy escribiendo una nota desde temprano. Te mando un mensaje. ¿Ya llegaste a Palestina? ¿Pasaste todos los controles? Todavía no recibí ningún mensaje tuyo.

Voy a aprovechar las calles vacías para dar una vuelta en moto.

Buenos Aires. 3 de abril

Me escribiste hace un rato, recién llegaste a la casa compartida donde te vas a alojar. Tu mensaje fue conciso: estás bien, ya me extrañás, tenés que empezar a trabajar. Intuyo un abismo. Te propongo: ¿podremos desafiar la distancia de estos seis meses y más de doce mil kilómetros escribiéndonos mails cotidianamente? A la distancia se la rasca, se le hace agujeros, cóncavos o convexos como los lunares de tu espalda. ¿Probamos?

Hebrón. 4 de abril

Sí, amora. Podemos intentar sostener la cotidianidad vía correo electrónico. Y de alguna manera, agrietar la distancia.

Mi avión aterrizó en la ciudad de Tel Aviv porque Palestina no tiene aeropuerto. Revisé, una y otra vez, el mail con indicaciones para pasar los controles sin inconvenientes. Los carteles en hebreo me resultaban familiares. Recordé un artículo que decía que estar por fuera de la lengua era habitar la incomodidad.

Mientras buscaba la salida, entre negocios de indumentaria y perfumes libres de impuestos, me detuve a ver una muestra fotográfica, una línea cronológica sobre la fundación del Estado de Israel, en 1948. Procuré organizar mis ideas. A favor, pensé, mi condición de judía —aunque solo por parte paterna—; en contra, ir a trabajar a territorios palestinos. Volví a la bandeja de entrada de mi correo para leer por última vez el mail. La lista era larga pero traté de recordar lo más importante:

- 1- No hay que dar información de más. Solo se contesta lo que preguntan.
- 2- Evitar decir que el destino es Hebrón.
- 3- En última instancia decir Territorio Palestino pero bajo ningún concepto Territorios Ocupados Palestinos.
- 4- Tener a mano la carta en donde dice que trabajás para una ONG, en un proyecto de salud mental.

Seguí al pie de la letra las recomendaciones y repasé las respuestas en inglés.

Un auto me esperaba para traerme hasta Hebrón, al sur de West Bank. Tardamos dos horas y media para hacer 68 kilómetros. Pasamos dos controles. “Checkpoints”, me explicó el chofer. Son puestos militares que controlan los movimientos de la población palestina. No quise preguntar cuántos había. Todavía no me hago una idea de lo que implica una política de ocupación.

Hebrón. 6 de abril

Mi casa está a dos cuadras de una avenida, en una esquina aparentemente tranquila. Ayer, mientras ordenaba las cosas en la habitación, tuve que recordarme que fue mi decisión estar acá. Dejar mi casa, tan llena de luz y de plantas, a mis amigas, a mi gato, el fútbol, las fiestas, a vos.

Las cortinas de seda color salmón de la pieza me hacen pensar en las fiestas de quince en la Salta de mi infancia, o algunos de los prostíbulos por los que transité mientras trabajé en el programa de trata, esos que no invierten en fingir nada.

Hoy temprano mi jefe se acercó a mi habitación y al ver la bandera del orgullo colgada en la pared dijo que debía sacarla. Traté de explicarle que se trataba de mi privacidad —¿el cuarto propio?—. Pero en su religión es *haram*, es decir, está prohibido. “Hanan, la señora que limpia la casa, no puede verla”. Eso me dijo. Sentí que era invitada a meterme en el clóset, ese mismo del que salí a los quince años cuando le pedí perdón a mi mamá, en una carta manuscrita, por ser lesbiana. Esbozo lo espeso que puede llegar a ser el silencio, el ocultamiento. Sumado a eso, me hizo una advertencia por mi nombre. Dafna es hebreo y acá es un problema. Mi compañera Etidal se encargó de buscar el significado en árabe: *enterrar* o *sepultar*. Claro que de poder elegir prefiero la otra interpretación, la griega, donde significa laurel: la mujer, o tal vez la lesbiana devenida en árbol como resistencia a un no-amor de un hombre. Me preguntaron si podían llamarme por mi segundo nombre. Que me llamen como quieran. El nombre es una de las primeras ficciones.

Hebrón. 14 de abril

Hace mucho que ninguna escribe, al menos no acá. Marguerite Duras habla del acto de escribir en soledad. Dice que la soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola y eso da miedo.

Hebrón. 16 de abril

*Ahora queda libre tu nuca
y tu columna vertebral
es el camino de una gota.
Hasta disolverse, esa gota de agua
recorrerá tu espalda.
Es un descenso que estremece.
Entonces suelto tu pelo y te abrazo quién sabe
si por primera o por última vez.*
Verónica Yattah

Buenos Aires. 18 de abril

Me encanta ese poema de Verónica. Yo te quería pasar otro de ella. Era de galgos, de la agilidad y de sus ojos. Decía algo así como que lo difícil no es ver las cosas sino hacer algo con ellas. Dormí con intermitencias. El sueño se me despegaba de la piel. Ahora te escribo desde el colectivo. Hace frío. La bufanda me calienta el cuello que duele.

Hebrón. 24 de abril

Hoy, mientras me bañaba me di cuenta de que me masturbo todos los días. Algunos, hasta dos veces. Una relación autoerótica estable y profunda.

Buenos Aires. 28 de abril

Te extrañé ayer en la fiesta. Me puse el top negro transparente que me regalaste y cinta negra adhesiva en los pezones. Fue una de esas que te gustan a vos, promiscuas y endogámicas. Fui con Anita, tomamos una pasti. Me besé con varias, no me gustó ninguna particularmente. Jugué a imaginar quién te hubiera gustado. En un momento, la encontré: tenía dientes grandes y mucho pelo. Me quedé mirándola e imaginé cómo te habrías acercado. Me dio celos. Me reí de mí. Recordé nuestras primeras fiestas juntas. Buscarnos

entre la gente, en la terraza de Boedo. Y cuando escuchábamos tu canción, nos íbamos al cuartito del lavarropas, no importaba con quién o dónde estábamos.

Te mandé un video que grabé ayer cuando llegué de la fiesta, quizás incentiva tu relación autoerótica.

Hebrón. 1 de mayo

¿Sabías que Hebrón es una de las ciudades más conservadoras de Palestina? Ayer después de terminar de trabajar busqué en google sobre el movimiento LGBT acá. Encontré una organización que surgió en noviembre de 2007. Es lo que necesitaba, pensé en ponerme en contacto con ellxs. Agarré el cuaderno y anoté los lugares donde están: Yaffa, Jerusalén Este, Ramallah y Haifa. Pero unos minutos más tarde, mi optimismo se opacó. Hay muchas noticias que dicen que en la sociedad árabe-palestina, las disidencias sexuales son denunciadas y que las leyes de la Autoridad Palestina no protegen los derechos de la comunidad LGBTIQ+.

Son las 7:35 y tengo 15 minutos para estar en el garage de la casa. Me pasan a buscar para ir a la oficina.

Buenos Aires. 4 de mayo

Nombre de obras visuales que estoy cargando en la página web del concurso y que me gustan:

El refugio no evita la tormenta

Mi basura tu montaña y un arma de batalla

Taxonomía de la desmesura

Desanimal

En el barrio estoy mejor

Paso el rato inventando historias con esos títulos.

También paso el tiempo así: una paloma entró a la oficina. Cada quien tuvo sus estrategias para que se fuera. Le armé un caminito de migas hasta la ventana. Funcionaba muy bien, la paloma iba hacia ahí lenta pero sostenidamente. Hasta que una chica entró a los gritos,

pidiendo las carpetas de las artistas ganadoras y la asustó. Volvimos a foja cero. Ahora revolotea por acá.

Hebrón. 7 de mayo

Sigo las indicaciones que Etidal me dio. La clave son los vestidos de novia. Los veo en la vidriera, pero no hay nada que se parezca a una peluquería. Voy a la galería que tiene muchos carteles, no entiendo nada de lo que dicen, cualquiera de todos esos negocios podría ser el lugar. Pero no. Vuelvo al de los vestidos de novias. Una mujer baja por las escaleras. Me sonrío como si me hubiese estado esperando. La sigo hasta el final del salón. Ahí, oculta, está la peluquería. Nadin, su hija, le explica en un perfecto inglés lo que digo que quiero. Reforzamos la idea con la foto que me mandaste de no sé qué actriz argentina. Terminamos el encuentro con una invitación para una cena de beneficencia a la que voy a ir solo para estar un poco más cerca de ellos. Cuando vuelva de ahí te cuento.

Hebrón. 7 de mayo

Durante el evento, Nadin me explicó que lxs niñxs empiezan a ayunar a muy temprana edad. Van de a poco, como un entrenamiento. Ramadán es un momento del año muy importante para lxs musulmanxs. Casi un mes de ayunos y otras abstinencias, sumado a rezos y tradiciones comunitarias. A veces siento un poco de envidia por las personas que tienen tan fuertes convicciones. Después recuerdo que también puede ser la creación de la propia jaula. Cenamos mucho, pero no recuerdo ningún nombre de comida. Los hombres separados. Esa es la parte que más me gustó.

Buenos Aires. 11 de mayo

La intermitencia es una forma de estar.
Lo leí de Verónica Yattah ayer en otro poema y me gustó. Quizás porque nos interpela en este momento.
Sigo sin encontrar el poema de los galgos.

Hebrón. 11 de mayo

Amira se despertó con ladridos de perros. Sin saber qué era lo que sucedía, cubrió su pelo y corrió a la habitación de sus hijxs. Sabía que los perros venían con los soldados del ejército israelí. Entraron a su casa y permanecieron un tiempo —que no pudo precisar— pero que le pareció eterno. Finalmente, se llevaron detenido a su marido. Uno de ellos le dijo que podía sentarse porque estaba embarazada. “No me voy a sentar hasta que se vayan de mi casa”, les respondió ella. Esa noche, me dijo, nadie volvió a dormir.

No quiero olvidarme de los perros por la noche.

Hebrón. 13 de mayo

Mi lista de pacientes es cada vez más extensa, escucho cosas que no había escuchado antes. Tiene sentido si pienso que es la primera vez que estoy en un contexto de ocupación, que es como una guerra, pero no, y con la religión tan presente en la vida de las personas. Cuántos matices tiene el sufrimiento. Tal vez, contarte cómo es mi vida acá sea, también, compartirte esto: Nasra fue tratada, mirada y subjetivada durante muchos años como una persona depresiva. Su enfermedad: la falta de ganas. No querer cocinar, bañarse, ocuparse de la casa, sus hijxs, su marido que no le permite hacer nada más que lo anterior. No poder disfrutar. En el segundo encuentro no llevaba su hiyab y su pelo desteñado, rojo lavado, la hacía verse diferente. Me contó que se equivocaron, que no era depresión. Nuevo diagnóstico: bipolaridad. Me dice que ahora se siente un poco mejor. Pienso si es la medicación o que su marido murió hace un mes.

Buenos Aires. 16 de mayo

En estos días fui juntando palabras árabes: jalaz, shatura, amura, shukran, inshala. Siglas de organizaciones internacionales. Recortes de noticias palestinas. Un collage de vos.

Hebrón. 17 de mayo

La vejiga a punto de explotar atentó contra mi intención de dormir.
Escuché el silencio de los pájaros. Los pájaros también duermen.
¿Seguís sin encontrar el poema de los galgos o es que dejaste de buscar?

Buenos Aires. 18 de mayo

Es que no está en el libro. Y no recuerdo dónde lo leí. Sigo buscando.
Hoy hablamos del contacto físico. Me voy a dormir a lo de Anita.
Me gusta dormir con amigas.

Hebrón. 20 de mayo

45 días sin bici.
45 días sin fútbol.
45 días sin sexo.

Hebrón. 22 de mayo

Lloré, me masturbé mientras te escuché y volví a llorar. La segunda vez
lloré por todos los días que no pude hacerlo. El teléfono bajo la colcha,
pegado a mi oreja. Te siento tan cerca que, como las veces anteriores,
acabo cuando acabás.

Buenos Aires. 23 de mayo

La foto que te mandé no corresponde a este día, es de tu sábado y el eco
de mi domingo.
Saber atravesar los pantanos, la montaña cuando la roca se desprende,
el ripio que abisma la mirada
saber calmar la distancia cuando arde en la boca del estómago
cuando es llanto o vómito
ganas de sacarse la piel y mudarse
para no sentir
para no habitar
lo que quema

Hebrón. 23 de mayo

Entre las costumbres palestinas el té con menta fresca es parte de la bienvenida. Me gusta que el té tenga mucha azúcar, Ghada lo sabe, porque es la tercera vez que me recibe en su casa. Me cuenta, mientras se saca el hiyab y deja ver su pelo gris, que estuvo presa en dos oportunidades. Por existir, es lo primero que le sale decir. Luego cuenta, como quien pasa una receta de comida, que le encontraron una tarjeta de teléfono en una de las visitas a su hermano, que se encontraba preso con una condena de 105 años.

Anotaciones antes de dormir: ¿cómo calmar el miedo cuando la amenaza es constante y el peligro real? ¿Cómo decirles que no les va a pasar nada, cuando los soldados irrumpen en sus casas? ¿Cómo dormir cuando saben que pueden volver? Cuando la casa deja de ser refugio, ¿a dónde se va? ¿Cuánto puede un cuerpo? ¿Cuánto puede un pueblo?

Hebrón. 25 de mayo

“Voy a cruzarme” dice Paula Trama en la canción que escucho. Cada asociación que aparece en mi cabeza viene de este contexto: límites que acá se traducen en *checkpoints*, en fronteras que se corren con violencia, que se filtra en todos los aspectos de su vida, hasta la demolición de sus casas. Todos los días aprendo una prohibición nueva. Tantos años y tanta plata pagué para escaparme de esa palabra y ahora aparece en cada rincón.

Para algunas la música también es *haram*. Me lo dijo Amira cuando le pregunté si usaba un tocadiscos vistoso y antiguo que tiene en su casa. No, no todas las mujeres pueden escuchar música. Trato de imaginar cómo sería mi vida sin música.

Hebrón. 26 de mayo

Hablando de haram, prohibiciones y cruces: soñé que te encontraba, estabas con una burka o con algo BDSM en una marcha del orgullo. Estábamos de la mano, a la vista de todxs pero vos tapada. Toda tapada.

Buenos Aires. 29 de mayo

¿Toda tapada yo? Los misteriosos caminos del inconsciente.
Qué inútiles las palabras
necesitamos de un montón
conjugadas
superpuestas, encajadas, encastradas
para decir *algo*
que finalmente quizás
ni queremos
decirlo así
o decirlo
por qué no mejor
usar los ojos
o las manos

Habría que hacer
como cuando armás la valija o la mochila
para irte de viaje por seis meses
a un lugar que no conocés
llevar
lo que nos quepa en nosotras mismas
tirar todo
palabras y ropa
cerca de la cama
amontonarlas
acariciar esa montaña
de tela gramatical
como a un cachorro
de dientes afilados
y decirle que lo vamos a dejar

Hebrón. 2 de junio

Me voy a Jordania. Te vas a Francia.
En quince días nos encontramos.

Buenos Aires. 4 de junio

Estoy estresada. Hoy tuvimos una reunión para organizar todos los equipos que tenemos que llevar para rodar la película. Llevaremos poca ropa. ¿Quién diría que cubriría el mundial de fútbol femenino y al mismo tiempo filmaría un documental? ¿Quién diría que nosotras nos encontraríamos en París? A ninguna le entusiasma París, y sin embargo. Estoy ansiosa y asustada. No tengo idea de cómo será todo.

Londres. 5 de junio

Leo el diario, encuentro una página dedicada al Mundial de Francia. Hablan del Mundial de México del 71, ese que te conté, en el que le ganamos a las inglesas 4 a 1. Hablan de las condiciones en que llegaron las jugadoras (sin plata, sin médico, sin ropa deportiva) y cómo prohibieron el fútbol acá. Cuando digo acá, digo Inglaterra. Pero bien podría ser cualquier parte del mundo. Le saco fotos. Recorto la página, la guardo en la mochila. Me gusta todavía el archivo analógico de la memoria. Ya estamos casi en el mismo huso horario.

Hebrón. 13 de junio

Último fin de semana sin verte. Me descubrí nuevas arrugas, tal vez sea momento de empezar a procesar la vejez. En breve vamos a desarmar las palabras con nuestras lenguas.

París. 21 de junio

Escribo desde el tren. Solo nos separa una estación.

París. 29 de junio

Hace ocho días era un tren de distancia, ahora, otros tres meses más hasta volver a vernos. Respiro profundo, no quiero llorar porque sé que me cuesta parar. Estoy al límite con el tiempo, tengo dos vuelos y dos autos más por delante hasta llegar de nuevo a Hebrón. El tren sale de los túneles, voy a despedirme de esta ciudad a través de la ventana.

París. 29 de junio

Te olvidaste la pasta de dientes, esa que te gusta, la que trajiste de Tailandia. La guardé, pero no la voy a usar porque me hace picar la lengua. Me puse la camiseta de fútbol de Palestina que me regalaste y salí para la plaza central. Nunca había estado en la marcha del orgullo en otro país. Por un momento me escapé de la cobertura del mundial y del rodaje de la película. Estoy feliz pero extenuada. Música electrónica y 42 grados. Te mandé mil videos y fotos. Cuando tengas señal, te van a llegar todos juntos.

Hebrón. 1 de julio

El fin de semana será la marcha del orgullo en Tel Aviv. Tengo que ir, aunque eso implique algunos riesgos. Las marchas son de los eventos más importantes en mi historial como lesbiana. Tengo que pedir autorización y avisar dónde voy a quedarme. Mi prima de la infancia, la que siempre recordaré con adoración, vive en Tel Aviv. Pero la idea de que estuviera trabajando en Hebrón resultó suficiente para que decidiera no verme, ni siquiera hablarme. Su casa no es una opción.

Buenos Aires. 3 de julio

Buenos Aires. 4 de julio

Sí, te mandé un mail vacío.
Quise escribir y no pude.
Quizás el silencio también puede leerse.

Hebrón. 6 de julio

Tel Aviv está tomada por los colores de la diversidad. En los bares la gente se acumula, somos multitud. Entre purpurinas, accesorios de látex y cuero, aparecen consignas sobre la igualdad de derechos y espacio para todos. ¿Espacio para quienes? Otra vez, incomodidad. A solo setenta kilómetros de distancia los bordes se desdibujan cada

vez más. Saben y no les importa o lo que les importa es no saber. Mi cabeza es una máquina expendedora de contradicciones.

Buenos Aires. 10 de julio

Me gusta esta especie de cadáver exquisito, de uno y otro lado. Me acordé de cuando jugamos en el metro de París. Eso era el ahorcado. ¿Por qué los juegos tienen nombres relacionados con la muerte?

Hebrón. 11 de julio

Nadie los quiere
dicen que son sucios
que en sus lenguas alojan cosas.
Nadie los quiere
entonces toman las calles
andan de a dos o en grupos
gritan por las noches
cuando la ciudad está dormida.
Los escucho
me despiertan,
me desvelan.
En esta ciudad,
no voy a olvidarme
de los perros por la noche.

Buenos Aires. 25 de julio

Ayer empecé el tratamiento de perno y corona. Voy a pasar mi cumpleaños con una muela provisoria. Después llegará la de cerámica. Es el desgaste del bruxismo, dijo la odontóloga mientras me abría la boca. Intenté decirle que se dice: triturar fantasmas por la noche. Pero solo me salió baba.
Hoy tendré anteojos nuevos. El martes, renuevo la licencia. La semana que viene compraré plantillas porque me duele la cadera. No sé cuántos años estoy cumpliendo.

Hebrón. 30 de julio

Se me pegó una tristeza que es ajena. La arrastro como si fuera mía.

Buenos Aires. 31 de julio

Hace un año estábamos las dos sentadas en una mesa del Café de Los Patriotas. Era la segunda vez que íbamos ahí. Me llevaste un dildo azul de regalo. A vos te parecía muy loco que yo no tuviera plan el día de mi cumpleaños. Que mi plan fuera no tener plan esa noche.

Un mes después, una tarde en Lobos, te dije que me costaba saber si ibas a estar ahí, del otro lado. Y vos me dijiste que sí, que no te estabas yendo a ninguna parte. Lo dijiste mientras caminábamos por una calle de tierra, cargando bolsas de verduras. Me replicaste con tono de psicóloga: “Esos son tus fantasmas”.

A la noche, mientras compartíamos un vino y hablábamos de los acuerdos de la pareja abierta me dijiste que estudiabas inglés. Te pregunté por qué. “Voy a aplicar a una organización internacional para viajar”, respondiste. Estábamos casi desnudas, con la estufa prendida. Yo soñé que te despedía en el aeropuerto. Esa noche aprendí a moverme en la fugacidad de las cosas. En esa misma casa, medio año más tarde, pensamos las preguntas de seguridad para tener como clave de vida en tu viaje a Palestina.

Buenos Aires. 5 de agosto

Escribo sola
hace tiempo que no escribís
y a veces, pasa
una viene acá a buscar
algo.
A lo mejor, a una misma
o a dejar
cosas:
letras pegadas

una canción
lo que el día desajustó
el ladrido de los perros por la noche

Buenos Aires. 13 de agosto

Estamos cansadas de la distancia.
Te digo: la distancia es un animal feroz.
La distancia es una trampa.
Nos siento agotadas. Fastidiosas.
De escalar, de correr, de trepar.
Tengo la sensación de que las dos queremos nadar, flotar panza arriba.
Tomarnos una birra en la línea de llegada.
Hay una pregunta que insiste:
¿cómo rompemos la distancia?

Hebrón. 15 de agosto

Ayer te lo dije por teléfono y te lo repito por acá. Podemos separarnos hasta que vuelva. No sé, estoy con las emociones mezcladas. Lamento que el contexto sea este y que internet no permita otro tipo de acercamientos. Entiendo que te está costando. A mí también. Solo queda un mes y medio. Pensemos.

Buenos Aires. 20 de agosto

Estoy haciendo un ejercicio de medidas nuevas para calcular el tiempo que falta para tu regreso:
3 sesiones de terapia
6 partidos del torneo del fútbol de los sábados
1 signo solar completo
2 lunas llenas
Pocos grados de sensación térmica

Hebrón. 22 de agosto

Hoy volví al gimnasio después de mucho tiempo sin poder ir por la cantidad de trabajo. Cuando salí de la oficina eran las cinco de la tarde, me apuré, no tenía tanto tiempo porque a las seis las mujeres no podemos entrar más. Después les toca a los varones. Llegué, me cambié y empecé la rutina que de manera intuitiva armé. Estar entre mujeres me resulta fácil, ninguna habla inglés pero nuestros cuerpos se comunican. Llevan el pelo suelto. Me preguntan de dónde soy, qué hago ahí y cuánto tiempo me voy a quedar. Respondo en un árabe muy precario y cuando mis palabras se agotan, solo sonreímos. De regreso a casa, pensé en los pacientes a los que veo mañana. Me interrumpió un gato que cruzó a toda velocidad, como si corriera por su vida.

Hebrón. 24 de agosto

El fin de semana volví a Tel Aviv. Vuelvo llena de contradicciones y también de bronca, pero necesitaba mar, un bar gay por la noche y sensación de libertad cultural. De regreso, se me vino una imagen a la cabeza, pero sabés que la habilidad del dibujo novino conmigo. Te la describo para que vos la lleves al papel, si querés: tenemos un árbol de olivos que es parte de la identidad palestina y una ciudad, con muchos edificios, que se construye sobre él. Pero las raíces se esparcen, se filtran a modo de resistencia, por toda la ciudad. ¿Entendiste o te mando audio por teléfono?

Buenos Aires. 25 de agosto

¿Algo así imaginabas?

Recordé el viaje a Cuba. El Cuartel Moncada devino centro escolar. Y en la entrada, dentro del hueco de un balazo, nació una planta que, con el tiempo, fue tomando toda la pared.

Hebrón. 30 de agosto

Ayer sentí, por primera vez, que podía vomitar la angustia. Lo sentí en la garganta, tragué y se instaló en la panza. Después de ver la escena del perro, de acercarme, de sacar una foto, me fui al gimnasio

sintiendo la tensión en mi espalda. Llego a casa, me ducho y escribo porque no sé qué hacer.

Con el hocico lo empuja,
repite el movimiento ante el primer fracaso.

Las moscas se alborotan
está tumbado,
ella espera

las moscas se acomodan.

La panza inflamada
su tripa desparramada

no va a responder
al llamado mudo
que espera.

Pienso que los niños pueden ser siniestros
e inventar juegos para matar.

Buenos Aires. 2 de septiembre

Faltan 28 días

672 horas

4 domingos.

Tengo que dejar de
desmenuzar
el tiempo en unidades
y sintagmas.

La distancia no tiene gramática
posible.

Hebrón. 8 de septiembre

Hoy Amira me contó que se va a Turquía por dos meses, tiene una hija y nietxs allá. Le pregunté si se siente preparada o prefiere que trabajemos algunos temas antes de decidir emprender el viaje. Me dijo que esta es la mejor época porque puede ir al mar.

Hoy por la mañana me llegó el pasaje de vuelta. Hay un día, hay un horario. Hay ansiedad. Hay veintidós días para terminar, veintidós días para empezar. Hay necesidad de un abrazo desesperado. Hay fobia social. Hay miedo de volver. Hay ganas de volver. Hay gente que tal vez nunca más vuelva a ver. Hay clonazepam.

Buenos Aires. 12 de septiembre

Hoy fantaseé así con tu vuelta:

Imagino que después de sacar las cosas de la valija y de bañarte y de responder todos los mensajes, te acostás con tu espada en el colchón, desnuda, y te pido que cierres los ojos. Pongo música. Tené paciencia, te digo. Tenemos tiempo. Todo un día de sol en tu ventana. Me subo arriba tuyo. Y empiezo, desde tu cuello, a olerte. Despacito. Solo a olerte para reconocerte de nuevo. Como hacen las perras. Voy, lentamente, desandando todo tu cuerpo. Buscándote, otra vez. Respirándote la piel. Y después te acaricio, con la yema de los dedos. Primero, las piernas. Empiezo a morderte el pezón. Y después lo chupo. Con mucha saliva. Y la mano aprieta un poco más fuerte tu pierna. Te muerdo más fuerte. Y te duele un poco y eso te gusta y me pedís un poco más. Y después, te doy vuelta. Sigo arriba tuyo, arriba de tu cola. Te cojo fuerte.

Con esa fantasía del reencuentro, me toqué esta mañana antes de levantarme de la cama. Y sentí que necesitaba eso. Acabar con vos, de alguna forma, cerca.

Hebrón. 13 de septiembre

Te dije que estaba vulnerable. La imagen es la de los poros abiertos, todo entra más. Tal vez mi desafío vincular es dejarme abrazar en este estado.

Hebrón. 15 de septiembre

Hoy fui a ver un partido de fútbol. Salimos en transporte público para Bethlehem, almorzamos en un restaurante muy hermoso llamado

La Ventana, estaba lleno de plantas, tanto que no sé si el paisaje estaba adentro o afuera. Después buscamos un taxi que nos llevara al Estadio Al-Khader a cinco kilómetros de donde estábamos.

Las mujeres tienen tantas restricciones culturales que, otra vez, siento que el fútbol es espacio de resistencia y liberación. Ayer le pregunté a Shaden cuánto costaba la entrada. Hoy, el estadio estaba casi vacío, había algunxs familiares en las gradas. No pagamos entrada porque no había entradas que pagar ni quien quisiera pagar por ellas. No sé por qué algo me remitió a mis inicios en el fútbol 11. Pregunté por Shaden, no sabía quién era. Se acercó con esa amabilidad tan palestina que hace que te sientas cómoda en dos minutos. Nos sentamos en el banco de suplentes. El partido terminó 3 a 0, su equipo perdió.

Buenos Aires. 16 de septiembre

Mirá, justo acabo de publicar en LatFem la nota sobre *la chica azul*, una iraní que se prendió fuego frente a los tribunales y murió, días después, en el hospital. Hace unos meses la policía la había detenido cuando había intentado pasar por los controles de seguridad para ver desde las tribunas un partido de fútbol de su equipo, el Esteghlal. La acusaron de cometer un acto pecaminoso por no llevar el hiyab. ¿Sabías que hasta el 2018 las mujeres en Irán llevaban 37 años sin poder ir a los estadios? El estadio donde la detuvieron, el más importante del país, donde juega la selección nacional, se llama Azadi. ¿Sabés lo que significa en persa *azadi*? Libertad.

Buenos Aires. 19 de septiembre

Preparo el planteo para el equipo que dirijo este sábado. Estamos muy abajo en la tabla, con la posibilidad de descender a la C. Y pienso esto: cuando el partido está difícil, cuando quedan pocos minutos, cuando los músculos están agarrotados, cuando al aire le cuesta entrar y salir del pecho, cuando el pique come piernas, cuando no podemos volver tan fácil, lo que tiene que circular es la pelota, las

jugadoras tienen que administrar la energía. La meta tiene que estar clara y los movimientos tienen que estar dirigidos hacia ahí, con el foco puesto en seguir tocando. Que los pases sean precisos. Lo importante quizás es bajar la exigencia, entender que hay momentos de cambiar de planteo y estrategia. Ser menos ambiciosas puede ser un plan cuando se acerca el final y sabemos que el resultado nos sirve. Que la hinchada banque es fundamental, escuchar sus gritos, el calor de su abrazo y la birra que pasa de boca en boca y que sabemos, pronto vamos a compartir. Que canten y alienten. Que calienten. La jueza dice que son las últimas jugadas. Busquemos a la compañera, hagámosle una seña de esas que son códigos cómplices, de esas señas que se saben íntimas y que dan confianza. Un código sin palabras que diga que ya falta poco.

Buenos Aires. 20 de septiembre

Me desperté a las 5 de la mañana, asustada. Con dolor de pecho y la boca seca. No me dormí más. Pensé que ya había aprendido a ver los contornos de lo que puede mi cuerpo.

Pero no debo olvidar:

soy astigmática

los bordes

no están definidos

con claridad

un punto puede ser

un segmento lineal

Hebrón. 24 de septiembre

Ayer tuve el mejor lapsus de mi vida:

Estábamos en una feria de comida y luego de probar muchas cosas gratis, nos sentamos para que Davide fumara un cigarrillo y yo dije: *I'm going to wash my...* Quería decir *hands* pero dije: *I'm going to wash my name.*

Hebrón. 25 de septiembre

Ghada llamó hoy para decir que iba a venir sola a la oficina. El lunes se suponía que había sido la última sesión, en su casa, como siempre. Pero no, me pidió venir el miércoles una vez más y dije que sí.

No la reconocí, estaba vestida como indican las costumbres palestinas, con un hiyab color hueso con encajes en los extremos. Estaba un poco alterada. Me dijo que le pasó algo malo, que se sentía muy avergonzada. Perdió plata, quería comprar una torta para traer y cuando llegó a la caja no tuvo cómo pagar. Me siento apenada, sé de su situación económica. Me dijo que casi se vuelve a su casa, pero que pensó que no, que tenía que reponerse de esa situación, que era parte de las cosas que había aprendido. También me dijo que era la primera vez que salía sin sus hijxs, que se sentía rara, como si algo le faltara. Me pidió una lapicera. Necesitaba anotar todas las cosas que habíamos trabajado juntas, para no olvidarlas. Me pidió consejos, que le dijera algo. No quería que la sesión terminara. Yo tampoco. Antes de que se fuera, le pregunté si podíamos sacarnos una foto juntas. Me dijo que su marido no se lo permitía, que era injusto pero que era así. Me dice que debería convertirme al Islam.

Nos abrazamos.

Buenos Aires. 26 de septiembre

Siento que tu despedida de Palestina también me moviliza, me colapsa un poco las emociones, como cuando te ibas de acá, esa marea extraña de quererte en la aventura y de quererte cerca. Esa extraña sensación de las olas que van a la orilla cuando se juntan con las que vuelven porque el viento las desordena

rompe la coreografía

y como dos nenas que giran para lados opuestos en sus clases de danza clásica caen al suelo

se miran la una a la otra:

tuviste la culpa vos

¿vos o yo?

¿las dos?
y se ríen
y las otras las miran
ahí con sus tules y sus rodetes
y sus pies de empanada apretados
en badanas blancas
y se levantan juntas.

Quiero decir:
qué lindo saber que volvés.

Buenos Aires. 27 de septiembre

Me escribió Anita y me preguntó:
¿Cómo llevás la espera?
(léase que dijo: espera
y ya no
distancia)

la llevo
como se llevan los carritos de las compras
a veces más fácil
más liviano
compro la fruta y encaro para casa.

Y otras veces,
se me traba la rueda delantera en la vereda
y grito: *vereda de mierda*
gobierno de la ciudad te voy a demandar
por no arreglar esto
¿no ves que alguien puede caer y romperse la cabeza?
y pateo el carrito ante la mirada de niñxs
que gritan
vuelvo a casa

con la rueda mocha
arrastrando el carrito pesado
y mi ansiedad

me duele la espalda
porque las cosas que se empujan también pesan.

Bien, amiga, le dije. Acá, tranqui. La vengo llevando.

Buenos Aires. 28 de septiembre

Son las 20.10
en cuarenta y ocho horas te veo
nunca aprendí a dejar
de contar el tiempo
tengo ganas de que las horas pasen
como Usain Bolt
dejando atrás a todos sus rivales
quiero
estirar el cuello
y atravesar la línea de llegada
primero, siempre la cabeza
dicen lxs que saben

que el público nos festeje
como medallistas
campeonas
de la distancia
que nos tiren a la tribuna
con nuestras mallas de correr
transpiradas
quiero
que nos dejen solas

Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres

y nos desplomemos
en el piso
de una casa

cualquier casa
que sea casa

HASTA QUE NOS ENCUENTREN

Marcelo Cutró



Marcelo Cutró nació en 1967, durante una noche de verano, en Santa Isabel, un pueblo ubicado en el sur de provincia de Santa Fe. Vive en Rosario. Desde el año 2017, junto con el escritor Patricio Raffo, conformó el sello editorial CR ediciones. Publicó los libros de poemas *Los lugares con noche* (La entrepierna del Sábalo, 1993), *Santa Isabel* (Los lanzallamas, 2003), *Espina de agua* (Ediciones en Danza, 2008), *Rumania-Santa Isabel* (Ediciones en Danza, 2012) y *Diecinueve casas blancas* (CR ediciones, 2021). En coautoría con Patricio Raffo publicó el libro *La edad del mar* (CR ediciones, 2021).

a Dévora Perelli
(in memoriam)

*Quisiera morir en posesión de la belleza
y estar sola en ese instante.*

Emilia Bertolé

Cede el salón algunos objetos para el regodeo. Frente a la simetría de las ventanas, la mañana es un talismán de pocas perlas, mide el movimiento del sol sobre los muebles. Del oeste, llega el murmullo de los barcos que atraviesan el canal. Bajamos la escalera, hierro bermellón sobre la inmensa pared amarilla. Nadie sabe que heredaste esta casa. Llegamos hace tres días. Un pescador cruza la feria insistiendo en la abundancia. Su torpe parloteo no es comprendido. Mirándonos, contra los troncos apoyados velozmente al costado del muelle, la risa se desenrosca como alambres de cobre. Hay calles colmadas de pasillos anaranjados. Buscamos una caja de fósforos para guardar estrellas. No la conseguimos. De un solo trazo, los hilos del verano, la trama del tabaco, aportan sencillez a la espera.

Tomamos una copa en la terraza de aquel bar junto a la barranca. Rebosantes racimos de frutas tropicales perfuman el atardecer de cada mesa. Es temporada alta. Serenamente, cuatro acróbatas comienzan a calentar sus cuerpos en la entrada del puente que divide la ciudad en dos. Saltan, suben, saben dónde está cada espejo del aire. Cada desplazamiento inquiere un vértigo, cada contorsión concurre a una cortesía, a un dominio facial. Saludan. Pasan el sombrero. Souvenir. Reparten unas miniaturas plateadas con cabeza humana y cuerpo de león. Aplausos. Subimos al casco antiguo. La

enorme escalinata de piedra termina en una plaza circular. Una hilera de robles nos conduce al castillo. Sacas tu labial carmín y un pequeño envoltorio dorado. La fiesta comenzó. Canta Lana del Rey. Ingresamos de la mano con cierto tintineo en la mirada, ese que dan las drogas cuando iluminan a gran velocidad.

Recorremos callejones nuevos. Hablás del sacramento, de A. R. Orage, de los siete tipos de amor. Tus ojos brillan repentinamente al descubrir una pared llena de postulados. Nos detenemos a leer cada oración escrita en los azulejos. *Ya cada maldición está en su jaula*, refiere el último. Tripulás lo anterior. Aunque ninguna esquina nos parezca extraña, te reís de lo errante; caminar bajo el sol cubiertos del sudor suficiente, comer uvas rosadas, llegar a la orilla, tocar la espuma, nadar antes del almuerzo. Al salir del mar tu cabello se vuelve más negro, más enrulado, más largo. Regresamos intentando oír las exclamaciones que irradian los corales, arrastrando el saludo con el rostro al pasar por los puestos. La florista afirma con sus manos el peso de los pensamientos. Acomodás el ramo en una jarra plateada. Sirvo los camarones en la misma mesa. El patio es amplio. Rodajas de naranja, salsa de mango y piña completan el plato. Destapo una botella de vino blanco, helado. Virtudes del verano, vísperas marinas donde coinciden los cometas.

Dos niños trepados a un árbol nos observan. Ríen sin parar. Aún no sabemos quién vive en la casa de al lado. Aunque no llueve, ni ha llovido, sus prendas lucen empapadas. Sus rostros me recuerdan la giralda que nos orienta desde la torre del puerto. Ignoran que la siesta es un espacio de lienzos morados. Giro la cabeza, me cautiva tu boca al pronunciar la palabra exquisito, su leve cavidad, usurpada fugazmente por el sabor a limón. Vuelvo a mirar; los chicos ya no están. Fumamos hachís marroquí. Abandonamos el jardín para recorrer el interior de la casa. Queremos distinguir el color de cada caracol en los mosaicos. Nos abruma la vasta imagen de cada cuarto vacío, los relojes, las armas, el tamaño de las puertas, la pared donde cuelgan las pipas, como en *Los jugadores de cartas*, de Cézanne. Llegamos a la cocina. Preparás pan con pasas, turroneos y té.

Deslizo una esponja por tus hombros. Dejo que la tibieza del agua la lleve. Rozo cada rasgo de tus pechos. Tus pezones, en silencio, encienden los vagos vericuetos del goce. Lavar al otro altera el tiempo. Los dedos de tus manos en mis pies. Breves burbujas en la enorme bañera se mueven de un cuerpo a otro, volviéndonos parte del conjuro. Puntos del espíritu que al tacto peregrinan, abasteciéndonos de mínimos milagros. Sumergidos en algo voluptuoso, cerramos los ojos. Por las ventanas horizontales que surcan la pared del este, ingresan las primeras luces del día, agrandándose en los cuatro espejos apaisados del lado contrario. Las dimensiones de este cuarto de baño son exuberantes, como el resto de la casa, permiten grandes desplazamientos. Lavar al otro altera el tiempo. Somos sombras desunidas de una escena invisible. Entre las evaporaciones con olor a vainilla, te levantás alejándote. Veo tu estampa interminable tras los contornos de una desnudez cotidiana.

Desde la frutera, tres robustas manzanas deliciosas no dejan de brillar. Tomamos café, reímos, comemos frutillas, plátanos, mangos y almendras sobre pan de Viena. Revisás detenidamente unos papeles amarillentos, su olor penetrante se mezcla con la mirra que pusiste a quemar apenas nos levantamos. Hurgás en cada hoja motivos ovillados del pasado. El reloj del salón da las once en punto de la mañana. Salimos. No hay sol. Es nuestro décimo día en este sitio, que nos transforma en seres festivos, hasta que nos encuentren. Recorremos la Avenida Imperial. Del cantero central que la divide, colmado de tulipanes, se desprenden pétalos rojos, blancos, azules y negros. Volvemos al bazar, a la tienda de alfombras, a la casa de ropa, a la inmensa librería.

Suena el timbre. Es Mina, la joven que nos recibió en la Alcaldía para explicar todo lo referente a esta casona que ahora es tuya. Más alta que vos, lo cual ya es bastante, de pelo lacio, rubio y corto; habla sonriendo atrás de sus ojos verdes. Nos invita a un viaje a través del canal. Será mañana. Cuando menciona que habrá una sesión de *Above & Beyond* a bordo, levanto los brazos, te beso instintivamente, junto ambas palmas de las manos para agradecer; no cabe en mí

tanta alegría. Le contás brevemente de mi fanatismo por ese grupo. Preparo Bellini, improviso un lunch de frutas con jamón ibérico, queso brie, pimientos y salsa de curry. Disponemos del salón para conversar. Tenemos tiempo. Hablamos pausadamente sobre la Diosa Blanca de Robert Graves, oímos en la voz de esta exótica mujer la leyenda de los primeros magos que llegaron al lugar, fumamos, reímos.

Faltan tres horas. Ágiles presentimientos anticipan el trance. Elegimos el atuendo adecuado. Finalmente lucís jeans oscuros, casaca blanca de hilo, blazer negro. Llevo pantalón beige, camisa celeste, saco de lienzo azul. Siempre supimos que la bondad proviene de la danza, como el azar.

Mina espera en el puente. Bajamos apresurados. En la acreditación se repite la misma duda al escribir tu nombre, ¿con be larga o ve corta? Ya embarcados, avanzamos entre la redondez de las primeras conversaciones. Filipino, amigo de Mina, nos agasaja con las primeras copas de champagne. El trío inglés hace su aparición, sencilla y elegantemente. Diversas lenguas guían las numerosas voces que saludan. Ya nadie es extranjero. Mellizas de piel suave con vestidos de Holanda, hombres de Senegal con pulseras de plata, daneses recién casados, un grupo de empresarios polacos, tres mujeres de India, la señora de México junto a su marido de Portugal, inseparables; una actriz brasileña de escote amarillo, escritoras de Francia con pelos de muñeca; modelos alemanes. Nuestra ropa italiana confunde, atrae, disimula. Hay muchos camarógrafos. Somos parte de un video que ya vimos. Es domingo. Aguas arriba, todo el aire enrojece. Navegar, beber, es igual a reír, a bailar. Somos felices.

“Hallarán los problemas del proverbio”, dijo la tarotista tras su máscara de marfil al recoger las cartas. Al salir, caminamos en silencio un tiempo largo por este barrio desconocido, hasta divisar un embarcadero. Lo rodean varios restaurantes pequeños. El sol apura sus pasos orientando la luz hacia el contorno de todas las cosas. Nos decidimos por el que tiene un camino de pequeñas fogatas en su ingreso, ubicándonos en las primeras mesas, cerca del agua. En el centro hay un florero de cerámica azul rey con rosas amarillas.

Ordenamos ragú de setas, coco, papaya y mango con cuatro arroces, acompañados de un vino rosado provenzal. Anteayer te regalé *El libro rojo* de Carl Jung; vos, este sombrero blanco. Un joven antillano desprendiendo un amable aroma, similar al eucalipto, vende hamacas de tela, como aquella donde hace tantos años aprendimos que la intimidad carece de reglas o figuras. Llega un barco de pesca. Su ebria tripulación desciende a carcajadas. Entre ellos, uno comienza a tocar la trompeta. El mozo, abriendo la botella, nos recuerda que en esta zona, el mar conserva la osadía de sus primeros dioses.

Hace un mes que estamos aquí. Lejos de todo, de todos, incluso de los vínculos más queridos. Hasta que nos encuentren, celebraremos nuestra imposible unión. Voy al centro, tengo que cambiar dinero. Dos calles abajo espera el puerto. La feria está abriendo sus ojos. Gazebos perfectamente blancos alineándose. A un costado descansan los caballos que han traído cebollas. El vendedor de escudos frota las espadas para que brille la estirpe familiar, que a su vez divide en tres; las de una existencia sin alardes, las que juran hablar con Dios, las que fácilmente escriben leyendas. A su lado, una mujer delgada, alta, morena, con un pañuelo gris de seda en su cabeza, ofrece todo tipo de aceites; habla en voz baja, en francés. Nadie escapará a ese balbuceo erotizante. Enfrente, el señor bajito con sombrero de tela celeste, acomodando un grupo numeroso de simples discos de vinilo, me recuerda que en cada uno de ellos, a pesar de los diversos idiomas, todas las canciones dicen te quiero. El penúltimo lugar lo ocupa un matrimonio que exhibe plumas para escritura, la mayoría del siglo XVIII, en este momento solo hay de cisne o halcón. Compró una de cada una para que escribas tus cuentos fabulosos. Al regresar, saludo a la florista que ya nos conoce. Llevo geranios rojos.

La galería abre sus puertas al atardecer. Lena nos recibe con una sonrisa, dos abanicos, dos tazas anaranjadas con té frío de moringa. Doy detalles de mi profesión, hablamos sobre nuestra actividad. Ser *marchand* supone saberes, a veces inconclusos, como mi exiguo manejo de la lengua alemana. Sabe que estamos acá con el fin de adquirir algunas obras. Es joven, de mirada altiva, cautivante. Pelo

cortado al ras. Bajamos a un subsuelo. Siete paredes completas de óleos y fotografías. Estamos a solas. Al llegar a los retratos, fue inevitable recordarla. Amamos tanto a Emilia. Vos tenés tu preferida, yo no. Sin embargo, el detalle que nos enloquece por igual es el lunar cerca de su boca pequeña, puntual, deseante. Luego de unas horas, elegimos tres óleos diferentes según tamaño, estilo y calidad. Uno de Josef Albers y otros dos de artistas suizos menos conocidos. Nos prometen que mañana a media tarde estarán dispuestos en el salón principal de tu nueva casa.

Vamos hacia el mar. Es de noche. Tu vestido blanco se agita con la brisa azul del agua. En un pequeño bar, con dos barras al paso, comemos pulpo con sidra de Normandía. Las butacas son altas. Puedo besar tu espalda. En la playa, tres mujeres violinistas acompañan esta satisfacción.

Cada roce incrementa los sonidos combados que chocan entre sí. Siempre buscaste la belleza absoluta. Que seas médica y astróloga te hace recordar la importancia del lazo que el gemido mantiene con el trueno. Me explicás que no hay diferencia entre el nacimiento de un tótem, un ángel o un cangrejo. Que el cielo no es una bóveda, ni es celeste la mirada que asumen las estrellas. Que en la piedad no hay atributos audaces, solo quedan las cenizas de un águila. Que en el Paraíso no hay horizonte. Invariablemente, el volumen de nuestra fascinación no comprende la veracidad de las antorchas. La luz se va llenando de plenitudes nocturnas. No es tarde. No es temprano. Oís los molinos, las veletas; cualquier cosa que tenga movimiento te distrae. A los pocos minutos, te acercás con esa impúdica manera de apoyar tus labios en mi oreja.

Hace setenta días que estamos aquí. Almorzamos torrijas de carne, lima y perejil, quesos varios y vino de Burdeos. Luego visitamos al prior del lugar. Recorremos el Monasterio maravillados. Me ubico frente al corredor, en un sillón de piedra, fresco y duro. Solo vos accedés a su encuentro. Pasan dos horas. Hay en tu rostro un silencio nuevo. Al preguntarte, respondés que solo hablaron de aquello que falta en las fatalidades.

Museo Nacional de Bellas Artes, sala 33, primer piso. Cambiar el original por una buena reproducción no fue difícil, más cuando se tiene el dinero para encargarse ese trabajo a otros. *Desnudo*, de Emilia Bertolé, pastel, 1919. Ocultarla entre mi ropa, no decirte nada, no mostrar nerviosismo en la aduana, fueron decisiones privadas. Confidencias que solo hubiesen agrandado el afán de los convencimientos.

Oímos la frenada de un auto. Por el ventanal veo bajar a dos hombres y una mujer. Llevan brazaletes azules, caminan mirando hacia los costados y hacia arriba.

En el centro de la mesa hay dos jarrones de porcelana colmados de amapolas. Busco la pintura, la instalo entre las flores. Llorás. Lloramos. Es necesario que en la gran historia no haya ruinas. Que el adiós no sea un recinto de paredes opacas.

Noche o día. Acostados en la alfombra azul que compramos para el salón, Bill Evans nos acompaña. Observamos nuestra desnudez a escasos centímetros de distancia. Hay en esta disposición un desvío ancestral, fantasías de fantasmas que claudican para extender el júbilo de contemplar algo indescriptible. Intercede la tarde para extraer la dicha de cada superficie. El piano conserva en su marea el tironeo rojizo del ocaso.

FLAMENCA

María Cecilia Rodríguez



María Cecilia Rodríguez nació en Chascomús, provincia de Buenos Aires. Estudió Derecho y Filosofía y llevó adelante un jardín. Le gusta leer y plantar, en particular a César Aira y Anne Carson y jacarandás y salvias nativas.

I

Un chorro de materia y ácido sube desde el estómago hacia la garganta; se abre paso por el esófago, en oleadas. El vómito se desparrama en la pileta del baño, en un ahogo acompañado de terror. En realidad, fue rápido e indoloro. El terror no viene del dolor sino de la fuerza del movimiento. Una violencia que amenazaba con ahogarme. Y eso otro. En el revoltijo de materia y líquido, en el bulto vomitado, había un huevo. Te dejaba atónita su simplicidad. ¿Qué hacía esa cosa blanca mate, ovalada y perfecta, en medio de la masa de efluvios? Petrificada lo miraba. Es decir, el huevo me miraba. Luego de no sé cuántos minutos lo tomé. Con enorme delicadeza lo levanté y me puse a mirarlo de cerca. Blanco mate por regiones y color piedra en otras partes, del tamaño de un huevo de gallina, o quizás más grande, tibio, bello, rotundo, brutalmente real, sentí una inmediata simpatía por él. ¿Quién era *él*? Fue mirarlo desearlo y tenerlo todo uno. Aún no había salido del baño y ya sabía que el huevo me dominaría.

*

Me encontraba en la cocina tomando mate; miraba el huevo tratando de buscar una conexión con algo y consideré que hacía una cierta cantidad de días había despertado con un trastorno en el oído. Había un murmullo en el oído derecho. Al principio era un matete, muchos sonidos yuxtapuestos. Pero en cuanto me concentré en el murmullo, fui extrayendo uno a uno los sonidos. Era que el mar se había

mudado a mi oído. El sonido acompasado de las olas cuando rompen, el ir y venir de las masas de agua. Me quedé quieta escuchando. El rumor del mar era perfecto. Mi mente formó la imagen que lo acompañaba, aunque la masa de sonidos era tan cabal que no había modo de no estar en el mar. De a poco surgieron las aves. Venían de lejos. Eran grandes y sabían dónde iban. Las aves andaban en bandada. Algunas descendían en picada hacia las aguas y luego tomaban altura. Otras navegaban en círculo y seguían grandes periplos. Luego sentí el aroma del agua salada. El de los peces, el de las plantas marinas. Estaré por morir pensé. Quizás antes de morir se instala en tu cuerpo tu sucesor. Quizás el huevo iba a ser mi futuro ser. ¿Estaba en el momento anterior a mi renacer?

*

Soñé que volaba cursando el cielo y veía desde arriba el mar y era ese mar que había estado en mi oído. Pasaba por las lagunas y rozaba los juncales. El dorado de los penachos de las cortaderas era suave y cálido y la brisa los hacía pendular. Ahí nomás se desplegaba el espartillar rodeando un monte de talas. Y yo sabía que en las lagunas y humedales hacían su vida el sábalo, la tararira, la mojarra y el bagre. Los juncales guardaban celosamente los huevos de pejerrey. Daba vuelta y volvía al océano porque quería moluscos de agua salada.

*

Pulido, lechoso, increíble. Rotundo, perfecto. El problema no era solo la existencia del huevo, que ya es bastante, sino el torrente de amor que me despertaba. ¿Qué es un huevo, pensé, para que me dé tanto miedo? Estaba caliente o tibio más bien. Ocupaba el espacio que forma mi mano cuando se ahueca. No podía dejar de mirarlo. Pensé que tenía que hacer algo. ¿Dónde guardarlo? ¿Es un elemento del mundo animal, vegetal o humano? ¿Tenía que dejarlo en la maceta del balcón? ¿Entre la tierra? ¿O guardarlo en una bolsa calentito o hacerle un moisés? El huevo estaba ahí. Irrefutable. Inalienable. Único y material.

¿Qué es un huevo? Un inicio. El origen. La meta. Una piedra preciosa de alto contenido orgánico. Un trozo de vida. Una explicación. Una confusión. Mi hijo. Yo. El sitio donde nací. Un planeta. Una galaxia. *Huevo Ego*, dice Paulo Leminsky. Huevo, luego existo. ¿Qué es un huevo? Un episodio en la vida anfibia. Antes solo había peces que ponían huevos que dependían del agua. ¿Cómo conquistar la tierra? Con un huevo autosuficiente que contenga su propio alimento. El huevo creció en la tierra y la criatura ya no necesitaba el agua. ¿Cómo conquistar América? ¿Con un huevo también? El de Colón.

*

Pero junto a esa corriente antropomórfica corría otra teológica, que me provocaba un distanciamiento miedoso. El huevo era Dios. Nadie es la madre de Dios. ¿Era yo la madre del huevo? ¿Quién era la creadora de Dios?

¿Qué hacer? Lo miré bien. De cerca era más extraño aún. En un raptó de valentía lo puse a contraluz para ver si podía ver qué había dentro. Y, sin embargo, no sabía qué tenía adentro. ¿Acaso sabemos a ciencia cierta qué tenemos adentro? Si me pidieran que describiera exactamente las partes interiores de mi organismo, ¿podría hacerlo? Por supuesto que no. No sé cómo luce una tráquea, pero además de los órganos, que hemos visto alguna vez en los diccionarios, ¿qué sabemos de las bacterias y microorganismos que viven adentro de nosotros? La superficie del huevo no era homogénea como había pensado. Pero prevalecía la opacidad. Fui a mi dormitorio y lo puse sobre la cama, busqué el mejor pañuelo de seda que tengo y envolví al huevo en el pañuelo. A partir de ese momento supe que iba a vivir para él. ¿Qué había que hacer con el huevo? Lo primero que sentí ante un huevo es que va a romperse, irremediamente. ¿Dónde esperar ese momento, en qué sitio, con quién, de qué modo? Desde que vomité el huevo, mis noches se poblaron de extrañas criaturas. Entendí que tenía que soñar con método y dedicación porque ahí estarían las instrucciones para salir de la incertidumbre. Soñaba con desiertos ardientes. Soñaba con praderas y sabanas. Pensaba que debía enterrar

al huevo. Pensaba que, sea lo que fuera lo que hubiera dentro, ya había muerto. Mientras yo me perdía en los sueños, el huevo moría.

Imaginé que le relataba el nacimiento del huevo a mis padres. Lo descarté inmediatamente. Papá escucharía cinco segundos sin sentir ni asombro, ni espanto, ni paranoia, ni sarcasmo, ni incomodidad, ni miedo. Y empezaría a contar cómo le va a él cada vez que vomita y qué terrible fue aquella vez que vomitó en la casa de su primo Alberto, y así. Encadenaría una anécdota con la otra, formando un rosario de historias en las que era el protagonista, de modo tal que en diez minutos había desaparecido todo rastro del asunto. Nunca se detendría en la verdadera situación. Mi madre escucharía, pero abismada ante el horror que podría estar atravesando su triste hija y tratando de ayudarla por el imposible sendero de la negación, me haría un mate y me preguntaría qué tipo de tintura me había puesto y trataría de elogiar el collar o la camisa que llevaba puesta.

Hablar con mi hermana sería imposible, porque se había ido con mi novio y se suponía que nos detestábamos. No era cierto, en realidad nos queríamos, pero una especie de pudor había hecho que dejáramos de comunicarnos. Caer ahora con este dato no era propicio, porque faltaba la conversación anterior del novio, así que tampoco me hubiera comprendido. Aprovecharía la oportunidad de la conversación para pedir perdón y todo sería un gran malentendido.

Estaban las amigas. Pero no me imaginaba mostrando el huevo y explicando el hecho a una corte de cuarentonas obsesionadas con realizar los cientos de mandatos yuxtapuestos, estar flacas y fibrosas, tener hijos genios, desarrollar carreras exitosas, mantener a flote el matrimonio, no envejecer, viajar por el mundo y tener una casa de revista de decoración. Me hubieran escuchado con infinita piedad, sin comprender, porque no tenían mucho tiempo para comprender, y me hubieran mandado a terapia.

Hubiera querido cuidar el huevo con Miguel, pensar el huevo con Miguel, estar con Miguel. Pero eso no era posible. Ya nada era posible. Miguel no estaba y no iba a venir y la vida con Miguel había desaparecido. Miguel se había ido.

Una mujer llegando a los cuarenta. Sin hijos. Sin marido. Con una modesta pero instalada carrera de correctora literaria en una editorial y un coqueto departamento lleno de plantas y libros. Y ahora estaba con mi huevo y mi mente volaba hacia un horizonte de llanura. Era una vuelta a la pampa donde me había criado. Había nacido y vivido hasta la adolescencia en Chascomús. Luego mis padres y nosotras nos habíamos instalado en Buenos Aires. Ahora una voz antigua cruzaba mis sueños y me llamaba. Pensé dos cosas. La primera, que algún secreto habría para que nos hubiéramos trasladado desde el pueblo hacia la Capital una familia completa y nunca volviéramos, pero extrañamente nunca me había preguntado seriamente sobre ello. La segunda, que me estaba volviendo *antigua*. La idea de volverme antigua me sonaba extraña, como si fuera literaria. Busqué en la biblioteca el volumen de Clarice Lispector en el que la protagonista dice: *Cuando yo era antigua, fui depositaria del huevo y caminé en puntas de pie para no derramar el silencio del huevo. Cuando morí, sacaron el huevo de mí con cuidado. Todavía estaba vivo.*

Una tarde me sentí cansada y pensé que había que terminar con todo. Decidí abandonar el huevo. Fui al supermercado y examiné el sector donde estaban los huevos de gallinas. Estuve un rato juntando fuerzas y en un raptó saqué un huevo de unas de las cajas y lo reemplace con el mío. Al otro, al impostor, lo guardé en mi cartera. Volví a casa deprimida y me acosté a dormir. Me desperté con fiebre y me di cuenta de que esa solución me enfermaba. Volví al supermercado aturdida por la fiebre y la angustia. Las hiperrealistas y superabundantes mercancías, con sus colores chillones abarrotando las góndolas y las brillantes latas apiladas en las torres ubicadas en las intersecciones de los pasillos me amenazaban y parecían gritarme que estaba irremediabilmente perdida. Como en los sueños en los que huimos de algo horroroso y nuestros pies se paralizan o espantosamente quedan atrapados una y otra vez en la misma huella o se van enterrando en la ciénaga y no podemos avanzar, mientras que nuestro enemigo corre y está a un tris de alcanzarnos, así me perdí entre las naves repletas de objetos. Tuve miedo de desmayarme. Luego de no sé cuántas vueltas

di con las cajas de huevos alineadas en el estante y lo vi. No lo había abandonado en las cajas dispuestas adelante, sino que lo había dejado en una caja que estaba al fondo del estante, como si supiera que iba a volver a buscarlo. Ahí estaba. Era mi huevo que se había salvado.

Lo tomé, lo puse al lado de mi rostro desencajado y en voz baja le supliqué: perdón.

Llamé por teléfono a mi psicólogo. Hacía años que no hacía terapia. Me explicó que lo de mi novio y mi hermana había sido traumático y que aquel problema en los ovarios o en la trompa de Falopio. ¿Recuerdas? Y ahora todo mi sistema psíquico reaccionaba a la pérdida con una ilusión. Pero debía comprender que era solo una ilusión. Una alucinación. No había de qué preocuparse, solo olvidar. Es decir, recordar, recordar la pérdida. Aceptar que mi novio y mi hermana se habían entendido.

Claro, pero el pequeño detalle era el huevo. Porque el huevo existía. Como en la fábula de Coleridge: *Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?* No es que yo no recordara. Era, más bien, que mi forma de recordar había sido tener un huevo. ¿Por qué habría de pensar que yo, justamente, era una alucinación? Yo era lo más cercano, lo más lógico que tenía entre manos. Mi memoria es mi huevo, pensé.

Fui a ver a una bruja. O era una vidente. Una persona que mi amiga Flor consultaba para tratar sus problemas con los novios. La vieja era imponente, con una nariz de gancho y tres pelos locos en la cima de la cabeza. Se tomó en serio mi relato; lo escuchó en silencio y con los ojos clavados en mi rostro. Flor me había aconsejado llevar algo para comer, porque la Bruja es muy golosa. Llevé un pan de almendras, unas trufas de chocolate, unos scones de queso, un pote de helado de crema con frutos rojos y unas cascaritas de naranjas cubiertas de chocolate. Fue magistral el modo en que la Bruja disimuló el rapto de devoción que le tomó el rostro cuando abrí la caja de dulces y los dejé bajo su mirada. Estaban dispuestos en una caja forrada de terciopelo azul. La caja abierta ejercía su soberanía sobre

la mesa, entre la Bruja y yo. Durante toda la conversación, la Bruja fue tomando uno a uno los manjares y los fue depositando en su pequeña boca de reptil. Algunas piezas que creía delicadas las tomaba con ambas manos, no se sabía si estaba comiendo o rezando. El placer que le daban los dulces era intensísimo y le llegaba a beatificar el rostro. A pesar de que es una vieja gorda y fea, mientras comía se embellecía por el ardor del placer. Primero eligió los chocolates, sus preferidos evidentemente, desaparecieron las trufas y las naranjas. Luego, como para hacer una pausa hasta el siguiente asalto, se comió un par de scones de queso. Enseguida pasó al pan de almendras. Después, dió cuenta —prolijamente— del helado de crema. Pero yo estaba advertida, así que, en cuanto vi que la caja de terciopelo azul iba quedando desierta, saqué de mi cartera un budín de limón con chocolate y lo puse en la caja. Fue lo último que la Bruja se comió. Su gula solo era comparable con su inteligencia.

—No entiendo cuál es el problema —dijo.

El problema es que tuve un huevo, respondí. Yo soy una mamá. ¿Qué relación puede haber entre un huevo y yo?

—No veo la paradoja —dijo—. Hay millones de ejemplos. ¿Qué relación hay entre una persona y una sinfonía? ¿Acaso las personas estamos hechas de notas musicales? ¿Qué relación hay entre una persona y un poema? ¿Acaso estamos hechos de letras? ¿Por qué deberíamos tener similitud con lo que sale de nosotros? ¿Qué relación hay entre una persona y una fórmula matemática? ¿Acaso nosotros nos parecemos a los números? Con tu criterio, una persona humana no podría gestar números. *Lo semejante conoce a lo semejante*. Esa sentencia fue abandonada hace mucho tiempo, porque los hechos la desmienten. En la naturaleza, precisamente, no es lo semejante lo que produce lo semejante. Pero, además: ¿cómo es que no ves que los humanos también venimos de huevos?

La mujer cría un huevo. Los hechos son lo que importa. Has tenido un huevo. Muy bien. No es para hacer tanto escándalo. Debés pensar qué vas a hacer con él. Y luego seguir tu vida. ¿Vos qué hacés?

—Trabajo en una editorial y soy correctora.

Eso sí, acotó la Bruja, hay que tomar una decisión. O abandonás el huevo o tu vida tal como la conocés te abandona.

*

Y luego sucedió. Vomité otro huevo. Esta vez no me asusté, ni me sorprendí, ni grité. Eran dos huevos. Uno atrás del otro. Parecidos al otro, al huevo increíble. Los puse juntos en una canasta de mimbre, envueltos en un pañuelo de seda de Juan Gatti. Eran profundamente hermosos. Eran hermosos como solo pueden serlo las cosas que ocurren sin nuestra participación consciente. Quiero decir, eran hermosos como las cosas que hace Dios. Estaban ahí y eran el mundo y yo. Dos días después salió el cuarto.

Dormía con los huevos. Desayunaba con los huevos. Pensaba en los huevos. Decidí visitar un científico que me dijera qué debía hacer. Llamé a la universidad y pedí las señas de un investigador de huevos. Estuvieron un rato pensando quién sería la maniática que había que conducir hacia otro lado, hasta que me pasaron con Alfredo. Lo fui a ver a su pequeña oficina del centro de investigaciones biológicas. Alfredo escuchó. Al menos no se escandalizó con el relato del parto oral. Me pidió verlos y los estuvo examinando en el microscopio. El problema era que no se veía nada. Tipos de huevos hay muchos. ¿Estos eran huevos especiales? Hay que tomar una decisión. Hay que esperar a que maduren y sabremos qué contienen. No puedo pincharlos para extraerles material porque puedo matarlos, me dijo. Pero podemos hacer que crezcan. Me pareció irrefutable su argumento. Le expliqué que no podía dejarle los huevos a su cargo. Así que tendría que confiar en mí. *La ciencia no piensa*, me dijo Alfredo como si fuera un oráculo. Te voy a dar los datos de un biólogo que no hace ciencia y por ello puede ayudarte. Y extendió un papel con la dirección de Abel Korn.

Dos noches después de la conversación con Alfredo me enfermé. La fiebre me arrasó y los huevos a mi lado se volvieron violetas. Antes eran más bien color marfil, con partes opacas y partes más traslúcidas, algo nacarados. Se hicieron violeta. Pensé inmediatamente en la asfixia. Yo misma me estaba ahogando por la fiebre. Pasamos tres

días y tres noches en completa desesperación. Las pesadillas se sucedían. Corría en el desierto con los huevos en los bolsillos. El cielo se apagaba y el mundo se moría y quedábamos los huevos y yo.

Finalmente me desperté y tuve una epifanía. Sabía que había que hacer. Llevaría los huevos a la orilla del Río de la Plata, en una parte de la costa de la bahía de Samborombón que permitiera la salida de las criaturas, tanto si quisieran salir hacia la tierra, hacia el agua o hacia el aire. La bahía de Samborombón se extiende a lo largo de ciento cincuenta kilómetros sobre la costa occidental del estuario del Río de la Plata, en la provincia de Buenos Aires, desde Punta Piedras hasta Punta Rasa. Fue nombrada así durante la expedición de Magallanes de 1520, porque creyeron que había sido formada por el desprendimiento de la isla de San Borondón, una mítica isla que habría visitado el monje irlandés San Brandán en el año 516, compuesta de arena negra y árboles que daban abundante fruta. La isla de San Borondón es llamada también la inaccesible, la non trubada, la encubierta, la perdida, la encantada, debido a su extraño comportamiento, porque aparece y desaparece o se esconde tras una espesa capa de niebla o nubes. La primera cartografía donde aparece este nombre es una obra francesa del siglo XVIII; en el tomo XIV de la obra *Resumen de la Historia natural, moral, civil y política de Asia, África y América y demás tierras polares* de Jacques-Philibert Rousselot de Surgy, editado en 1765, se reproduce el mapa "Carte de la Riviere de la Plata" donde se consigna, con la denominación en francés "R. de St. Brandan" al primer río que desemboca al sur de Punta Piedras, esto es el río de Samborombón, que no puede confundirse con el río Salado, cuya desembocadura se encuentra apenas a cuatro kilómetros al sur de la del anterior, y el que también se encuentra consignado en dicha carta, como río Saléc. Alquilé una camioneta con tracción para recorrer caminos rurales y zonas pantanosas. Me propuse un itinerario inicial que luego podría ir cambiando según se sucedieran los hechos. La primera parada sería en la Iglesia Santa Ana de Glew, donde vive Abel Korn, el sabio que mencionó Alfredo, tomaría la autopista 25 de Mayo y en Ciudad Evita cambiaría a la ruta provincial 4. Desde Glew tomaría las rutas 6, 10 y 11 hasta llegar a Punta

Indio, ya sobre el Río de la Plata. Luego seguiría por ruta 11 y doblaría a Verónica. De Verónica iría a Pipinas por la ruta 36. Después desde Pipinas a Punta Rasa usaría la ruta 11. De este modo mi recorrido abarcaría toda la bahía de Samborombón.

II

Alfredo me había dicho que los huevos constituían un fenómeno singular y que creía que él no podría pensarlo con las herramientas de la ciencia actual, ciega ante lo real. Mejor sería que fuera a ver a un sabio que vive en el sur. Abel Korn, el hijo del filósofo Alejandro Korn, quien vive recluso en la iglesia de Santa Ana en Glew, famosa porque contiene unos murales que Soldi pintó. El Vaticano no había reconocido la capilla, porque consideró que los murales son paganos y una logia la adquirió para proteger la obra. Korn presidió la logia y armó su casa en la iglesia, en cuyas dependencias funcionó la editorial Claridad.

Salí de Buenos Aires y mi primera parada fue en Glew. Cuando llegué a la iglesia la encontré cerrada. Le di la vuelta por un pasillo al costado y en la parte de atrás había una puerta de cristal biseado. Golpeé, pero no atendían. Probé a abrir la puerta y estaba sin llave. Entré a un vestíbulo. Atravesé otra puerta y entré a una sala. En un sillón, un anciano dormitaba, con el bastón entre las piernas. La luz ingresaba por una ventana que corría en forma horizontal en la parte alta del muro y estaba cubierta con vidrios de colores. La luz que pasaba por ella proyectaba unos cuadrados de luces en el piso. El hombre quedaba fuera del pavimento iluminado, entre sombras. Di unos pasos hacia él. Me senté en una pequeña silla a esperar. Miré al hombre: es un anciano con un cuerpo enorme y el cabello blanco. Tiene unas manos gigantes que se apoyan en el bastón. Lleva un traje oscuro. Algunos de sus sistemas habrán captado mi presencia porque despertó. Lo saludé y le expliqué que estaba de visita porque había tenido unos huevos. Abrí la mochila y se los mostré: "Estoy aquí porque me dijeron que usted es un sabio".

El hombre es hermoso y digno, como la estatua de San Martín abuelo, que se encuentra frente al Instituto Sanmartiniano de Buenos Aires. Estos huevos, le dije, mientras desplegaba el pañuelo de seda en el que venían envueltos, salieron de mi cuerpo. No sé cómo llegaron ahí. No sé qué hacer con ellos. No sé qué pensar de ellos. Pero los amo. Todos los seres organizados, sin exceptuar el hombre, se reproducen por medio de huevos, dijo Korn. No hay que espantarse. Me transmitió una instantánea serenidad. *Las diferencias que presentan las diversas especies se dan en el desarrollo de partes accesorias, pero las partes esenciales, las que dan origen al nuevo ser, se encuentran en todos los animales.* Pensé que su voz era hermosa.

El huevo primitivo, dijo Abel Korn, es una vesícula emanada del ovario en casi todos los animales, que puede nacer indistintamente en todos los puntos del cuerpo y que lleva en sí los materiales preparados de antemano para el desarrollo del individuo nuevo. Esta definición puede aplicarse a todo el reino animal, aunque luego aparecen diferencias en los tipos de huevos en mamíferos, aves, reptiles, peces, batracios, moluscos, anélidos, arácnidos, insectos. Me sorprendió la cantidad de animales que usan huevos para reproducirse.

El huevo humano se compone de varias membranas, de adentro hacia afuera: la caduca, el corion y el amnios. En los casos de preñez extrauterina, el huevo posee sus membranas propias, como en los casos de preñez uterina, corion y amnios. El huevo de las aves tiene muchas partes: 1) la cáscara (formada de carbonato calizo y materia animal); 2) la membrana de la cáscara (película delgada compuesta por dos hojas); 3) las chalazas (que tienen suspendida la yema en la membrana de la cáscara); 4) la clara o albumen (masa viscosa formada de albúmina con algunas sales de sosa); 5) la yema (masa globulosa formada de vesículas esféricas o poliédricas envuelta en una película propia vitelina, posee una cavidad central [latebra] provista de un conducto en cuya extremidad existe una masa de células llamada cúmulus prolíger); 6) la cicatrícula (mancha blanca adherente a la yema y que llega a ser el embrión del ave). *No hay que descartar que se trate de huevos que no se correspondan estrictamente ni con el huevo*

humano, ni con el huevo de las aves, sino que se trate de una nueva combinación, o quizás, de una mutación. Pero todo esto se aplica al reino animal, aunque: *¿por qué no mencionar el reino vegetal donde también existen los huevos?* Y Korn se puso a hablar de las fanerógamas y de que el huevo es la fusión de cuerpos protoplasmáticos.

Los científicos ya nos advirtieron que los mamíferos y las aves sueñan, mientras que no lo hacen los reptiles, su antepasado común. Me pareció evidente esto último que dijo Korn. Mi actividad principal es dormir y soñar. Es la actividad que mejor realizo, en la que aplico más método y empeño, porque me otorga un gran placer. ¿Sería durmiendo que se habían gestado los huevos? Si así fuera, debería haber gestado toda una nación de huevos, tanto es lo que duermo. Yo ya no podía seguirlo al señor Korn, una porque estaba mareada con el vocabulario, y dos, porque estaba ansiosa por ver los murales de Soldi.

—¿Podríamos mirar un rato los murales? —le pregunté con mucha delicadeza, porque no quería herir su corazón de sabio.

Abel abrió una gran sonrisa en su rostro y me acompañó hacia el templo.

—Después de usted —dijo con infinita dulzura.

Y entonces ocurrió que vi, en un rincón de uno de los murales laterales, una flamenca bellísima y a su lado un nido con los huevos magistralmente representados. Me mareaban las historias de gestación. La señora Santa Ana tuvo a María, que Dios mediante, tuvo a Jesús. La gestación de Jesús: ¿había sido mediante un haz de luz? Korn me invitó a tomar el té. Nos sentamos en una mesa de caoba con un juego de té chino que era una belleza. Yo estaba cansada y perpleja por la flamenca de Soldi, así que me despedí de Korn y nos dimos un cálido abrazo. Vuelva cuando quiera, me dijo ese hombre hermoso. La estaré esperando.

Desde Glew me dirigí hacia Punta Indio, donde me detuve. Busqué un lugar para comer. Es un pequeño pueblo de pocos habitantes. En la plaza principal estaba el bar de Doña Ernestina. Me pedí unas milanesas con puré y agua con gas. Saqué la máquina de fotos y puse la mochila en la mesa, para despertar la curiosidad de los

parroquianos y que alguien me hiciera preguntas y me diera la oportunidad a su vez de preguntar cosas. Ernestina no se hizo desear y enseguida se vino a mi mesa a preguntarme qué estaba haciendo. Le recité: una nota sobre la bahía de Samborombón y la protección de la flora y fauna nativa. En particular sobre el impacto de la vigencia del Parque Nacional Campos del Tuyú en la protección del venado de las pampas. Me había aprendido ese fárrago de corrido del folleto del parque, que había estudiado con seriedad. Hay varias reservas, me contó Ernestina, el parque nacional, pero también hay una reserva provincial y otra municipal. Acá mismo estamos parados en la Reserva de Biosfera. Le aburría el tema, no sé qué esperaba que le dijera, que andaba investigando un crimen. También me interesa la memoria local, los pequeños museos, las personas que protegen el patrimonio, los testigos. ¿Testigos?, levantó la oreja Ernestina. Las personas que conocen a quienes recuerdan el pasado, que a su vez pudieran recordar viejas historias locales. La verdad que yo misma me estaba durmiendo de solo escucharme. Está la Reserva Pampa para eso, dijo, está Ona. Fue la primera vez que escuché su nombre. La comida estaba deliciosa así que, pensé, si se me complica la aventura en la bahía, me vengo acá. Y le hice preguntas sobre la bahía. No hay pueblos sobre la bahía —me explicó Ernestina—; está Verónica y Pipinas y no hay más nada hasta Punta Rasa. Me comí un flan riquísimo y procedí a visitar la reserva del pueblo. Saqué unas fotos a unos sauces. Vi unos pájaros. Bebí el aire fresco y levemente perfumado a eucaliptos y consideré que ya podía descansar. Me subí a la camioneta y me fui a Verónica. Anduve dando vueltas por Verónica, pero ya era tarde, así que decidí que la noche me encontrara más adentro de la bahía. Me fui a Pipinas con la idea de dormir en esa ciudad y a la mañana temprano ir al río. Pipinas es un pequeño poblado al lado del río. Maravilloso. Antes de pensar en buscar alojamiento me fui a ver el río.

Fue entonces que entendí todo lo que estaba haciendo. El Río de la Plata se extendía frente a mí y era mi hogar. Sus aguas me sonaban a un murmullo celestial. El cielo duplicaba las extensas y aplanadas aguas y era todo un continuo de magia. Los juncales se movían

acompañados. Las aves volaban haciendo danzas milenarias. Es acá, pensé. Es acá. Y sentí un júbilo secreto y sagrado. El Río de la Plata, que hasta allí era un nombre de alguna batalla naval y alguna peripe-
cia patria, era ahora un sentimiento, un hogar, una suma de tesoros, un perfume y un santuario. Sabía que allí llegaban las aves que viajaban kilómetros y kilómetros con inusitada audacia.

En Pipinas me alojé en la parte de atrás de la casa de Sonia, una señora jubilada que tiene una casa muy linda llena de pequeños detalles encantadores y tiene en la parte posterior del jardín un pequeño departamento donde en su momento vivieron su suegra y luego su madre. Cuando se jubiló y enviudó, lo equipó para el turismo. Pasé la primera noche en Pipinas tratando de leer el material que había acopiado sobre la bahía de Samborombón, sobre el parque nacional y sobre la Reserva India. En el desayuno, dada la inevitable conversación con Sonia, mientras respondía la seguidilla de preguntas, le pregunté por informantes clave. Sonia mencionó a Ona y al cura de Pipinas, Andrés. Así que fui a la iglesia y luego me fui al río.

Y fue entonces que recordé. Recordé un viaje con mi padre. Mamá se quedó en casa cuidando a mi hermana, que estaba con fiebre. Papá me dijo que lo acompañara, que tenía que visitar a un amigo en el campo. Salimos a la mañana, porque papá quería llegar para el almuerzo, le habían dicho que había cordero y tenía verdadera devoción por el cordero, hacía cualquier sacrificio con tal de comer cordero asado.

—Vamos al campo, tengo que ver a un amigo —me dijo.

Llegamos a un rancho al lado de un monte. Por suerte el amigo de papá tenía una hija para jugar, porque ya estaba avizorando un largo aburrimiento. Papá enloqueció con el cordero y estuvo horas comiendo y tomando vino en un estado de completa felicidad. La niña y yo fuimos a jugar al ombú y a conversar. Era una niña ruda y fuerte que hablaba como un niño y sabía hacer un montón de cosas que yo ignoraba. Pero igual me aburrí bastante porque no me atraía la crueldad. A la tardecita papá dijo que había que regresar. Subimos al auto agotados y pensé aliviada que el día había terminado.

—Ahora te voy a mostrar una sorpresa —dijo papá.

Me quedé helada. No conocía ese tono amoroso, ni esa cadencia traviesa, ni esa generosidad. No imaginaba que papá pudiera estar asociado con algo misterioso.

—¿Qué es? —pregunté anhelante.

—Ya vas a ver.

Anduvimos en el auto por un sendero rural. Luego paramos. Nos bajamos del auto. Y ahí estaba. Era el ancho Río de la Plata en persona. Primero me llegó el rumor de sus aguas, un murmullo precioso, suave y acompasado. Luego vi cómo la luna abría un sendero plateado. Ahí estábamos los dos, frente a la fuente de las fuentes, el origen del agua.

—¿Ves? —dijo papá—. Es el Río de la Plata.

Sentí que me hablaba por primera vez. Sentí que comprendía algo muy hermoso. Y pude ver la textura plateada del río, llena de luz. El Río de la Plata, comprendí, no solo alimenta las lagunas, conecta con el océano. Es la salida. Entonces papá me contó la leyenda del pez plateado. El gran pez plateado con sus ojos de maravilla y su inteligente y salvaje cola, que vive en las profundidades del Río de la Plata y nos protege de los monstruos del Atlántico. El gran pez plateado que impide a los monstruos marinos llegar a las costas de la bahía de Samborombón.

Mi papá amaba salir a pescar con sus amigos y comer pejerreyes. Tenía una idea nutricia de las aguas de las lagunas y amaba la leyenda del pez plateado. Porque estaban los peces del océano y los del río y de las lagunas, y nosotros, habitantes del país de lagunas, conocíamos la diferencia. Yo imaginaba que caminaba sobre las aguas, por el camino de plata que abría la luna, rumbo a un horizonte más bello y verdadero.

*

Buscaba un hueco interesante. Pero nada me daba confianza. Porque yo quería un lugar deshabitado, pero también protegido, y la costa es muy abierta. Anduve como anduvo Juan de Garay, pero yo en auto. Encontré una curva con pajonales, árboles achaparrados y espacio

suficiente para que mis huevos hicieran mundo. Probé armar un nido y dejar los huevos. Estuve unas horas leyendo en la costa y custodiando el nido. Nada ocurrió. A la noche volví a la casa de Sonia cansada y con ganas de dormir en una cama.

Las noches eran extrañas. Los sueños se sucedían. Veía a los hombres perseguir venados y ñandúes. Los pampas comían con delicadeza partes de un venado muerto. Atrás se recortaba contra el cielo un bosque de talas. Al lado se desplegaba el espartillar bajo el sol. Del otro lado, brillaba una laguna. Una banda de ñandúes pasaba. El perfume del agua de la laguna cruzaba el sueño. Una mezcla de olor a juncos, a bagaritos, a pejerreyes, a musgo, a sangre de venado, a barro.

*

En el partido de Chascomús dos ríos desembocan en la bahía, el Samborombón y el Salado. Se hace un estuario. Las aguas transcurren delicadas y serenas y se juntan con el Río de la Plata. Pero tuve miedo de acampar cerca de tanta agua. Cuando llueve, el Samborombón se desborda fácilmente. Además, están las mareas, toda la bahía está sometida a inundaciones de agua salada. Así que me quedé contemplando las aguas y luego retrocedí hacia una parte anterior de la bahía.

Armé mi carpa en la costa de la bahía, en la mitad de su extensión, cerca de Pininas. Tenía que pensar qué iba a hacer. Los huevos habían dejado el tono violeta y ahora estaban medio amarillos. El clima templado me permitió estar al aire libre. Para pasear un poco, me llevaba los huevos en la mochila, porque tenía miedo que se los comiera un animal. Pensaba que un ave iba a presentarse en algún momento y me iba a dar la certeza de qué hacer con mis huevos. Al mismo tiempo, pensaba exactamente lo contrario. Que nada iba a pasar, que iba a volver a Buenos Aires y a mi casa con los huevos y que, finalmente, ellos iban a quedar congelados en ese status de huevos. Como esos huevos de piedra que decoran ciertos cuencos en algún living porteño.

Los huevos me habían arrastrado hacia el Samborombón; pero el viaje en el espacio se hizo viaje en el tiempo. ¿Qué era lo que había

olvidado? ¿Cómo podía siquiera formularlo como un olvido? ¿Era un secreto? ¿Era algo escondido detrás de la mudanza de Chascomús a Buenos Aires? Si solo fuera un secreto. Si solo fuera un olvido. Si tan siquiera fuera una neurosis. ¡Había sido un cataclismo! Mamá había muerto. Yo tenía ocho años. Mi hermana seis. Vino papá y nos dijo que mamá había muerto. ¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿A manos de quién? ¿Dónde? Mentira. Era una mentira de papá. Mamá no había muerto. Mamá solo había ido a la clínica a tener a nuestro hermanito. ¿Pero qué cosas decís, papá? ¿Acaso este hombre no entiende la diferencia entre un embarazo y la muerte? Empezamos a gritar con mi hermana. ¡Queremos ver a mamá! ¡Queremos ver a mamá! Nos llevaron con mi abuela. No queríamos ver a la abuela. Queríamos a nuestra madre. Los días que siguieron a ese día son una gran nebulosa, una constelación borrosa. Nunca más vimos a nuestra madre, al punto que siempre hemos creído que alguien la había hecho desaparecer. Esos días de velorio y entierro permanecimos encerradas en la casa de nuestra abuela materna. No quisieron llevarnos a ver el cadáver de nuestra madre. A pesar de que les rogamos y suplicamos. A pesar de llorar hasta la extenuación. En esa época no se usaba hacerle ver las cosas a los chicos, se usaba dejarlos frente a sus propios fantasmas. No nos llevaron al entierro. La última vez que habíamos visto a mamá estaba radiante, con su vestido violeta, de mangas en forma de campanas y sus sandalias de taco de yute y lona color crudo. Había tomado el bolso para ir a la clínica y nos había sonreído, tostada por el sol del verano y con el pelo dorado, y nos había dicho que no la extrañaríamos que volvería en un santiamén. Que iba a tener al niño y volvía prontito. ¡Ay, mamá! ¿Por qué hiciste esa promesa? ¿Por qué no eras consciente de que nadie puede prometer nada a nadie? ¿Por qué no lo sabías? ¡Eras tan joven y tan hermosa! Nos quedamos esperándote. Incluso cuando ya papá nos había dicho que habías muerto y nuestra abuela había tomado el mando, nosotras seguíamos esperándote. Creíamos que volverías porque eras demasiado buena, demasiado hermosa, demasiado humana para haberte ido. Creo que nunca dejamos de esperarte, incluso cuando, más tarde, nos dejaban

ir al cementerio a visitarte. Le rogábamos a nuestra abuela que nos llevara al cementerio. El domingo iremos, nos respondía con esa brevedad de bruja. Era fría como el mármol, severa, seca, enjuta, breve, y tenía un alto concepto de su propia moralidad, que creía infalible. Se creía superior a su marido, a sus hijos, a nuestra madre y a todo su vecindario. En primer lugar, porque había sido directora de una gran escuela y, en segundo lugar, porque era devota de Santa Ana, la madre de María. Creía que era una persona superior y solo reconocía más valor a sujetos como Domingo Faustino Sarmiento o Bartolomé Mitre o el general Uriburu. Y a los escritores extranjeros que conocía, que no eran muchos. Así que venían Sarmiento, Mitre, Uriburu y, pongamos, Víctor Hugo, y después venía ella. Abajo, muy abajo, quedaba el resto del mundo. Supongo que en el panteón estaba también San Martín, pero lo ponía por obligación, porque su alma radicalmente conservadora y aspiracional la hacía sucumbir a los próceres manifiestamente de élite. Un tipo como San Martín, que había hecho un ejército con indios, negros y gauchos y no se había dedicado a exterminarlos, no era un verdadero prócer. El cruce de los Andes no le movía un pelo, digamos. Ella amaba el régimen. Amaba el diario *La Nación* y la Campaña del Desierto. Y cuando llegaba el domingo nos llevaban al cementerio. Amábamos ir al cementerio a visitar a mamá. Le llevábamos flores y hablábamos con ella. Le contábamos cómo nos iba en la escuela y qué hacíamos. Si nos habíamos peleado con una compañera. Si habíamos pasado al frente a dar una lección. Y cuando la abuela estaba lejos, le contábamos, entre susurros, llantos e hipos, que la abuela era fea, avara, estúpida y mala y que no queríamos vivir con ella, sino con vos, mamá: ¿cuándo volverías? El panteón de la familia era muy elegante, a pesar de que no éramos una familia rica, pero había sido construido en otras épocas, las de las vacas gordas, como se decía. Así que era como una casa, con una puerta pesada de mármol. Adentro, en las tres paredes que completan el cuadrado, había estantes que constituían nichos donde estaban dispuestos los cajones de varias personas de la familia y estaba el de mi madre. Y afuera arriba estaba tallado en el mármol

el apellido de la familia de mi padre. Había unos cuadritos hechos en bronce y colgados de las paredes, con las fotos de los muertos. El de mamá tenía el rostro divino de mamá sonriente y sus fechas. Dios mío. Cada vez que veía ese rostro me entraba una sensación de irrealidad que se apoderaba de mi cuerpo y me envolvía y ya no podía pensar con claridad. ¿Qué era todo eso? No podía entender la muerte de mi madre, porque no podía contármela a mí misma. No podía empezar un párrafo que dijera: y entonces ella y que siguiera un verbo. Entonces ella ¿qué? ¿Qué pasó? La última vez que la habíamos visto no había ningún signo de la catástrofe que se avecinaba. Nada. Entonces se nos hacía en la mente un vacío que no podíamos saltar con ninguna narración, con ninguna operación sentimental o racional o sobrenatural. Sencillamente no entendíamos. No podíamos entender. En el cementerio, a la vuelta de la calle donde estaba la casita de mamá, estaba la canilla donde nos deteníamos a limpiar y enjuagar el florero que quedaba afuera del panteón. Depositábamos las nuevas flores, le dejábamos el último beso a mamá ya en el mármol y oíamos que la abuela decía vamos que es tarde. Bastante nos había aguantado. Había que irse. Y era ir otra vez al pozo oscuro de la casa de la abuela. La casa de la abuela era el mal, y la prueba de ello era el olor a kerosén, a raviolos, a humedad y a limpiador de baño que permanecía adherido a las paredes. Detestábamos el olor de la casa de la abuela. Con mi hermana estuvimos un año llorando. No solo porque nunca más vimos a mamá, su amado rostro, sino porque, además, papá nos dejó ese invierno en la casa de la abuela. Llorar no solo era un método de llamar a nuestra madre, era también un sistema de resistencia contra esa abuela que no queríamos. Ella estaba harta de escucharnos llorar.

Pero, entonces, ¿cuál era el secreto? Estábamos en el comedor de la casa de la abuela. Papá llegó abatido, parecía un niño, pero con un cuerpo grande. Nos trajo unas galletitas que alguien le habrá dado, no creo que él haya tenido la idea, alguien le debe haber sugerido, llevó golosinas. Y trajo unas galletitas muy finas. Su rostro era como una planicie devastada. Como si se le hubieran borrado los rasgos. Vino

a decirnos que mamá había muerto. Todo era profundamente irreal, porque él no podía creerlo tampoco. Pero había otro problema. ¿Qué había pasado con el niño? ¿También había muerto? El niño había sobrevivido. ¿Pero dónde estaba? ¿Por qué papá no lo tenía en sus brazos? ¿Por qué había nacido con problemas? ¿Qué problemas? Bueno, los médicos estaban estudiando aún, explicaba papá.

—Pero papá: ¿lo viste? —preguntábamos.

—Sí. No. Bueno sí, pero no de manera tan clara como para hacerme una idea del problema

—Pero ¿dónde está el problema?

—Bueno, parece que no tiene boca.

—¿Qué? —horrorizadas.

—Bueno, no sé. Y tiene la frente abollada. O más bien, tuvieron que cerrarle la frente, nació con la frente abierta. Parece que no va a sobrevivir. Aunque no saben.

La idea de una persona que tuviera una especie de agujero en la frente, o más bien, que le faltara parte de la frente nos horrorizó. No podíamos hacernos una idea.

—Está internado —dijo papá.

Pobrecito, sentimos una piedad infinita por ese huérfano, que era nuestro símbolo. Mamá ha tenido un monstruo, dijo mi hermanita, y por eso ha muerto. No es cierto. Murió porque perdió mucha sangre. Nos imaginábamos a mamá nadando en sangre en una habitación como Alicia en el país de las maravillas, cuando se le llena la habitación de agua. No es cierto. Es su hermanito.

No lo quiero, dijo mi hermanita. No quiero a un hermanito que mató a mamá. Yo quiero verlo, dije yo, que siempre tuve una inclinación a lo morbosos y que ardía en deseos de sacrificarme por mi madre muerta de algún modo. Ya me veía criando al monstruo en su nombre. Dedicando mi vida a criar al hijo de mamá, para que ella me viera desde el cielo y me amara más. Yo iba a ocupar su lugar, iba a cuidar a mi hermanito.

—Aún no podemos verlo —dijo papá, pero no le creí.

*

Pasaban los días y no sucedía nada. No volvía mamá. No venía papá a buscarnos o a traernos a nuestro hermanito. Le preguntamos a la abuela, pero ella decía que no preguntáramos. Que nuestro padre estaba ocupándose de todo y que a su debido tiempo vendría. Esa manía de los adultos de hablar como si las cosas que manejan estuviesen en regla. A su debido tiempo. ¿Pero quién determinaba qué era debido? Era evidente que mi padre había quedado destrozado y sobre todo, perdido. Era un hombre acostumbrado a estar acompañado y a ser dirigido por su madre. Era claro que la que manejaba el concepto de “tiempo debido” solo podía ser la bruja de la abuela. Ella era la que estaba decidiendo qué hacer. Ella era la que nos privaba de ver a nuestro padre y nuestro hermanito. Pero nosotras éramos débiles. No sabíamos siquiera dónde estaba la clínica. Además, nuestro hermanito, ¿dónde estaba?

El invierno fue espantoso. Íbamos a la escuela y luego estábamos en el comedor de la casa de la abuela. Ella y su hija soltera enseñaban a mi hermanita a leer. Yo permanecía a un costado, leyendo los libros que me daba la abuela. Comentarios sobre la Biblia. La Epístola del apóstol San Pablo a los cristianos de Roma, hermanos. El objetivo de mi abuela era hacerme creer, hacerme sentir, que la muerte de nuestra madre era un hecho justo, porque estaba bajo la decisión de Dios. “Y Dios no erra y tampoco hace injusticias”. El objetivo de esa araña era vencer mi amor por mi madre, convertirlo en melancolía, volverlo amor cristiano, resignación, reconciliación. Pero yo no me iba a reconciliar. Ni iba a olvidar. Ni iba a revestir el amor por mi madre en un sentimiento cristiano. Así que simulaba que aprendía de San Pablo. Pero en secreto hablaba con mi madre. San Pablo era mi abuela, la teóloga odiosa, la araña. Mi madre, en cambio, era bella y sagrada, como Jesús. Joven, hermosa, crucificada, buena. A esta altura yo creía que mi abuela no solo no había lamentado la muerte de mi madre, sino que la había disfrutado. ¿De dónde sacaba yo esas conclusiones? Pero si era evidente. Ahora ella tomaba el mando, nos criaba a nosotras y seguramente estaba planificando la vida de

nuestro padre. Estábamos todos bajo su poder. Obedecerla, rezar, ser buena, hacer los deberes. Esa era la forma de recordar bien a nuestra madre. Honrarla, honrando al Altísimo. Yo odiaba a Dios, lisa y llanamente, porque mi madre había muerto. Pero mi abuela, con esa perversidad de víbora, me nombraba a Dios a cada momento. Era su forma de torturarme. Hacerme saber que ella sabía mi sufrimiento, pero iba a dedicarse a sacármelo. Pero mi perseverancia era gigantesca, tanto como su maldad. No pensaba regalarle a Dios nada, ni la naturaleza, ni la historia, ni mi alma, ni el alma de mi madre, ni su muerte. Iba a negar a Dios mañana, tarde y noche, aunque lo hiciera mientras leía el Evangelio, en la misa, y mientras mi abuela me hablaba de paz y redención.

*

El segundo año de la muerte de mi madre, cuando empezaba otro invierno, apareció papá una tarde de nuevo, con dulces. Esta vez trajo una bolsa con caramelos, bombones y chicles. Nos sentamos en el comedor de la abuela. Papá estaba cambiado. Había mejorado. Había ganado unos kilos, iba bien vestido, con pantalón gris y camisa celeste, y estaba peinado a la gomina. Conversamos un rato sobre la escuela. Entonces tomó coraje y lo lanzó de un tirón. Papá se casaba con nuestra tía, la hermana de mamá. Y nos íbamos los cuatro a vivir a Buenos Aires, donde papá tenía un nuevo empleo. Papá iba a trabajar en el Banco Nación, pero en la sede central, donde tenía más perspectivas de progreso. Nosotras íbamos a ir a una escuela mucho mejor que la actual y la tía, ahora nuestra madre, iba a dar clases de francés en un colegio de allá. Y todos felices.

Fue un segundo desgarramiento que solo sirvió para recordar el primero, el supremo, el desgarramiento de la muerte de nuestra madre. Pero ahora venía el trasplante a otra ciudad. Nosotras aceptamos de buena gana porque significaba abandonar a la abuela y volver a vivir con papá. Eso nos gustaba, queríamos a papá. Era amable, no nos pedía que rezáramos, y nos recordaba a mamá. Pero en ese momento fue cuando quedó sepultado el secreto. ¿Qué había pasado

con nuestro hermanito? ¿Había muerto? Y si no hubiera muerto: ¿por qué no iría a vivir con nosotros? Papá nos dijo que el niño había muerto, pero no le creímos. Yo pensaba que el niño vivía en algún lado, criado por monjas, o por enfermeras, o en un hospital de encierro, como un psiquiátrico. ¿Pero cómo saberlo? Todos nos mentían.

Entonces no era un secreto. Eran dos. El primer secreto era sobre mi hermanito. El segundo secreto era en torno a la relación de mi padre con mi tía. ¿Desde cuándo se entendían? ¿Qué había pasado, que era necesario esconder, que había que dejar atrás, para que la salida fuera mudarse a la Capital cuando ambos, mi padre y mi tía, habían vivido toda su vida en el pueblo y sencillamente amaban esa vida? Había que tapar algo. Pero ¿qué? Que mi padre y mi tía habían abandonado a nuestro hermanito. Que ambos se entendían mientras mamá vivía. Y quizás, que nuestro hermanito estaba vivo, internado en Buenos Aires.

¿Pero qué había pasado con mi hermanito? Nació muerto o murió al nacer, junto con mamá. Vivió unas horas o unos días, pero murió en la clínica. Sobrevivió y fue enviado a un hospital donde están internados los pacientes graves, o a un psiquiátrico, pero entonces fue enviado a Buenos Aires, porque en Chascomús no había hospitales de ese tipo, ni psiquiátricos. Por eso papá accedió a casarse con su cuñada, porque tenía que mudarse a Buenos Aires y no podía hacerlo solo y menos criar a dos hijas. Pero papá no quería hacer esa vida de encierro y resignación, se vio obligado por el escándalo de tener un hijo monstruo, así que se entregó a la desidia de aburrirse en el banco y comer como un cerdo. Nuestra tía se sacrificó a su vez, para hacer de pantalla de su hermana, que pobrecita había tenido la mala suerte de casarse con un orate y de tener un hijo monstruo y porque quería incidir en la enseñanza de sus sobrinas, creyendo que la iban a querer. A pesar del sacrificio fracasó, porque sus sobrinas nunca la quisieron mucho y su cuñado nunca la obedeció, motivo por el cual tuvo una vida desgraciada, aunque logró creer que había cumplido con su hermana. Restaba realizar una revisión detallada de los días de nuestra adolescencia, cuando vivíamos con ellos: ¿salían papá y la tía periódicamente a algún lugar

que desconocíamos? No lo recordaba. Pero la herida seguía abierta: ¿por qué no había averiguado si fehacientemente nuestro hermano había muerto? ¿Por qué nos habíamos contentado con huir de esa casa y hacer nuestras vidas? ¿Acaso sabíamos que nuestro hermano había muerto? Lo habíamos abandonado a su suerte. No habíamos cumplido con mamá; no habíamos velado porque nuestro hermano tuviera adecuada sepultura. La obligación de dar sepultura no puede darse, ni donarse, ni olvidarse, ni regalarse, nadie puede renunciar a ello. Porque ese hermano es único e irrepetible. Habíamos estado tan desesperadas por conectarnos con mamá, que nunca habíamos siquiera preguntado por la sepultura de nuestro hermanito. Así como no habíamos visto el cajón que contendría su cuerpo, en forma refleja tampoco sabíamos representarnos dónde estaba su alma. Nos habían explicado que las personas como nuestro hermanito iban al limbo, un lugar que no es el infierno, pero que tampoco puede ser el paraíso, porque se trata de un niño que no ha recibido bautismo, es decir, que permanece en el pecado, cuya alma esta caída. La sola idea de esa pequeña y frágil alma, caída, hija del pecado, se nos hacía insopportable. ¿Por qué no podía ir al cielo junto a mi madre?

*

No pude no pensar que tanto mamá como yo habíamos tenido un parto monstruoso. Y, quizás, yo le habré prometido a mamá que nunca iba a intentar esa cosa, parir. Y lo había cumplido, hasta que habían aparecido los huevos.

*

Y luego estaba nuestra nueva madre. Era la hermana mayor de mamá. Se parecían físicamente, aunque tenían personalidades muy distintas. Mi mamá verdadera era alegre, le gustaba escuchar música romántica, le gustaba la ropa, le gustaban las camisas blancas, las sandalias de color claro en verano y las botas marrones en invierno, ir a ver a sus amigas, ir al club en verano y quedarse la tarde entera en el muelle sobre la laguna, tomando mate. Mi mamá verdadera

era buena y flexible y quizás un tanto displicente. No estaba atormentada por tener una casa maravillosa, limpia y llena de objetos de decoración, como las mujeres de su generación, que vivían para sostener la casa perfecta. Le gustaban las plantas y la casa de mamá siempre tenía el perfume de los jazmines. No había estudiado, era cómoda y sensual. La otra, la suplente, era rígida. Había estudiado francés y era profesora. Nos perseguía con los deberes, se metía en todo, era una fregona obsesiva. Se cuidaba con las comidas, porque no quería engordar y tampoco quería que nosotras comiéramos dulces, porque perjudicaban los dientes. Carecía por completo de la capacidad de gozar las cosas pequeñas de la vida y nunca jamás podría haber tenido hijos. Por eso se robó las hijas de su hermana, se ahorró los horrores del embarazo y el parto, y ahora jugaba a la maestra con nosotras. A su manera nos quería. Pero era una manera desgraciada, en todos los sentidos de la palabra. Era desgraciada por falta de gracia, por ausencia de facilidad, ya que criarnos le resultaba una tarea penosa y difícil, y porque sufría. Sufría esa maternidad impostada, temía que fracasáramos en la escuela, que no tuviéramos amigos, que fuéramos gordas o feas o rechazadas, que un tribunal la juzgase al final del camino y la condenara por mala madre. Tampoco fue exitosa la relación con papá. Se dedicó a hacer de su madre, de cuidarle la salud, de prohibir las comidas, de darle indicaciones y papá se aburría con ella y creo que secretamente la detestaba. Ese matrimonio infeliz tiene que haber sido una maniobra de la araña de mi abuela, que aprovechó ambas debilidades, la de papá, que estaba perdido como viudo triste, y la de mi tía que iba camino a ser una solterona culposa, y los tomó por sorpresa. Debe haber sido fácil para ella conducirlos a la idea del matrimonio. Y encima les habrá hecho creer que se les ocurría a ellos, los ilusos. Si hasta se habrán sentido culpables. Lo cierto es que la vida de los cuatro en un departamento en Buenos Aires fue triste. Sin contar los escándalos en torno a la comida. Papá es un glotón irrecuperable y como se aburría, tanto en el banco como en casa, se la pasaba en bares y restaurantes, comiendo a escondidas. Se gastaba toda la plata que ganaba en comida, porque no podía comer en su

casa y estaba obligado a gastar afuera. Todos los días teníamos que presenciar la penosa escena de la tía-madre recriminando a nuestro padre que había pasado por tal lado y había comido. Le revisaba los bolsillos, le miraba la barba, el saco y siempre adivinaba lo que había comido. Había desarrollado un sexto sentido para detectar el tipo de comida que había hecho mi padre. Examinaba las migas en la ropa, acechaba su aliento, revisaba los tickets, rastreaba el perfume de las manos, buscaba manchas en el saco, y así, encontraba mil maneras de rastrear, como un sabueso. Sin contar con que tenía informantes en el barrio que le contaban lo que hacía papá. Se había hecho amiga de una compañera de trabajo de mi padre para poder, por su intermedio, controlarlo. De este modo, mi padre tenía que alejarse de los lugares cercanos al trabajo y a nuestra casa para comer en paz, y así era como había conocido a su amante.

Me daba lástima y culpa tener ese concepto de mi tía-madre, que muchas veces había hecho cosas buenas por nosotras. Así que había armado, junto a la triste y destemplada historia de nuestra vida en común en el departamento, una historia positiva de la tía, para, de vez en cuando, rescatarla. Una de las virtudes que tenía era que amaba maquillarse y tenía un maletín negro lleno de cosméticos y maquillaje. Creo que era lo único que verdaderamente amaba, además de todo lo francés, elogio que empezaba con el idioma francés (el más lindo del mundo, decía ella) y se extendía como un virus al cine francés, la campiña francesa, la decoración francesa, las actrices francesas, las joyas francesas y desembocaba en el maquillaje francés, cumbre de las cumbres. Todas las mañanas, se pasaba una hora en el baño maquillándose, y salía del baño muy maquillada. Lo hacía bien, y aunque no era tan bella como mamá, lograba un rostro agradable.

*

No bien adquirimos la mayoría de edad, con mi hermana abandonamos el departamento. Nuestros padres se convirtieron en un par de actores que hacían de papá y mamá, pero que no lo eran. Logramos

no detestarlos, sino más bien sentir piedad por ellos. La verdad había quedado allá, en la época de nuestra madre, solo ella era verdadera. Y nuestra abuela materna, a la que odiamos minuciosamente. Habíamos vivido intensamente hasta que mamá había muerto, luego todo había sido farsa, frío y desesperación, hasta que conquistamos nuestra libertad de nuevo en la adultez.

III

Sobre la bahía de Samborombón no hay ciudades. Hay reservas naturales de distinto orden y toda la bahía es un estuario que recibe aves, en sus gigantescos viajes del sur y al norte y viceversa. En Punta Rasa se ven las aves migratorias del Ártico durante el verano austral y las especies patagónicas, durante el invierno austral. Las lagunas, los bañados y los arroyos son el hogar de las aves invernantes, flamencos, cisnes, patos, bandurrias, cuervillos y gallaretas.

Muchas aves habitan la bahía, loros, chajás, cotorras, benteveos, biguás, garzas, chingolos, tacuaritas, chimangos, caranchos, calandrias, zorzales, mirlos, colibríes, cabecitas negras, cardenales. También hay diversas especies de patos, perdices, lechuzas y aves predatoras, como el halcón peregrino. En los cangrejales están el espartillero pampeano, el halcón aplomado y la cachirla ña corta. En los humedales viven el sábalo, la tararira, la mojarra, el bagre, matungo, pejerrey, guatuzo, el armado. Están los bosques de tala, cuya corteza es color gris claro, cuyas ramas crecen en zigzag, entre espinas y cuyas hojas son ovaladas. Luego están los matorrales espinosos. También el sauco, el ombú, la sombra de toro y el espinillo. Entre las fajas de talar aparecen lagunas y bajos y cordones de pastizales húmedos, pajonales y juncuales. Antes del siglo XX había carpinchos, pecaríes, lobos marinos y yacarés; yaguares y pumas, venados de las pampas y corzuelas, algún ciervo de los pantanos. Quedan aún algunos zorros y gatos monteses. También es el lugar de pescadores y junqueros.

Pensé que lo mejor sería tratar de entrar a una reserva.

*

La bahía de Samborombón es muy hermosa. Mis huevos ahí tenían que sentir las condiciones propicias. Armé un nido de ramas, musgos, hojas, barro y coloqué los huevos en su centro. A unos pasos armé mi tienda. Fracasé. No podía dormir sabiendo que los huevos estaban afuera. En medio de la noche me fui a buscarlos y los traje a la tienda. Es que estaba en la zona de los pastizales pampeanos donde multitud de animales se pueden comer mis huevos.

En esos días preciosos que pasé en la bahía entendí que iba a tener que ceder mis huevos. ¿Pero a quién? Y la imagen de un ave se me formó en el cerebro. Supe quién era. Cómo era. Y dónde buscarla. Al otro día desarmé mi tienda de campaña y seguí hacia el sur.

*

El cura de Pininas me contó sobre la Reserva Indígena. Es una reserva natural del ecosistema pastizal pampeano que guarda un cementerio pampa y protege el venado de las pampas. Allí hay toda clase de animales silvestres que se refugian de la caza. En la reserva vive una comunidad de descendientes de los antiguos pampas. La líder de la comunidad es Ona. Ella dirige un pequeño taller donde hacen telares. Yo le había repetido al cura el asunto de la revista y que estaba haciendo una nota sobre la bahía de Samborombón y quería sacar fotos de los elementos nativos. Le dije que andaba buscando fotos de pastizales y de aves. Entonces me dijo que la mayor conocedora del lugar era Ona. Inmediatamente sentí una especie de beatitud.

Al día siguiente pedí las señas de la reserva natural y salí. Cuando llegué a la reserva, Ona me estaba esperando. Pensé que alguien, o el cura mismo le había avisado por teléfono que había una porteña que estaba buscando fotos y relatos. Pero después de conocerla entendí que nadie le había avisado nada. Me indicó que dejara la camioneta en un tinglado y caminamos juntas hacia la casa.

Vivía en un rancho muy confortable.

Nos sentamos frente al fuego y me sirvió una bebida fuerte y me dio un cigarro y ahí la pude ver bien. Una mujer hermosa, morocha,

con el pelo lacio partido en dos. Gruesa. Grandota. Sus ojos de terciopelo oscuro medio violáceos. Qué edad tendrá, pensé, la mía supongo, aunque algo, un elemento que no podía identificar y más tarde comprendí que era su risa, la hacía más jovial. La cabellera larga y negra le cae a ambos lados del cuerpo. Lleva un poncho hecho en telar con rayas naranjas, rojas, violetas rosados y magentas. Me cuenta que descende de los antiguos pampas. Cada tanto largaba una carcajada fenomenal. Le salía desde el estómago. Era una vibración poderosa que contagiaba así que al rato yo también me reí con ella. Ya estoy bajo los efectos del alcohol y de la carcajada de Ona y empiezo a sentir que me voy haciendo una con el sillón y me voy expandiendo y me doy cuenta de que es la primera vez desde que empezó esta historia que me siento verdaderamente bien. Leopoldo Lugones argumenta en *El Payador* que la raza india es inferior porque no sabe reír. Ahí está Ona destrozando la sentencia de Lugones. A tu salud, Lugones, pienso y apuro el vaso. Le pido que me cuente sobre sus antepasados.

*

Desciendo de los pampas, los indígenas que estaban en esta zona y que fueron invadidos por los mapuches que llegaban del oeste. Fueron una raza de hombres emboscados, entre los europeos que presionaban desde Buenos Aires y los mapuches que los atacaban desde el otro lado, y así se fueron haciendo araucanos, mapuches. Porque estaban en un sitio muy codiciado.

Yo desciendo de ellos, dijo Ona. Cuando llegaron los europeos, la primera fundación que fracasó dejó unos caballos que se reprodujeron a millares. En busca de esos caballos llegaron los mapuches. Además de los caballos cimarrones, se desplegaron las vacas cimarronas que se habían escapado de los poblados así que tanto los mapuches como los españoles salieron a buscar ganado cimarrón. Eso acabó con los pampas. Algunos quedaron viviendo al lado de lagunas. Otros fueron parte de la misión jesuita en el Salado a fines de siglo XVIII. Tuve la suerte de que un antepasado perseveró en mantener nuestra cultura. Ese antepasado aprendió a escribir con

los jesuitas y escribió cosas del idioma de los pampas. Ese cuaderno me llegó a mí. Yo soy la única persona en el mundo que sabe algo del idioma het. Pero bien mirado, no solo nosotros desaparecimos por la riqueza ganadera, a la postre exterminó todas las formas de vida. Lo demás llegó solo. Introducir vacas inglesas, correr las ovejas al sur, necesitar más espacio, exterminar a los indios. Fue todo uno. Contame de los pampas, Ona, le ruego, amodorrada en el sillón, en éxtasis, completamente feliz y relajada.

Espera que preparo la cena, me dijo Ona y se fue a la cocina. Al rato vino con un guiso. Hay momentos en la vida de una persona que son sagrados. Son momentos en los que la beatitud y la felicidad expanden la conciencia y hacen que se sienta una especie de comunión con el otro, con el cosmos y con la multitud de voces y cuerpos que viven en una persona. Son momentos perfectos en los que se comprende algo. Habitualmente se presenta el sentido separado del objeto y el entendimiento, y una queda desesperada o humillada o confusa. Se vive de forma desmembrada y dislocada, como a ciegas. Hay pocos momentos en los que ocurre lo contrario. Se accede a una especie de comprensión que todo lo transmuta y una siente que ha llegado a la única forma de paraíso que le es concedido a un ser humano. Comimos guiso, tomamos licor, fumamos cigarros y nos reímos mucho. En la casa de Ona flotaba un perfume a jazmines, a guiso con hongos y a naranjas. Ona se entonó lo suficiente como para hacer relato.

Los pampas eran grandes cazadores. Venados, ñandúes y guanacos, los cazaban con arcos, flechas y boleadoras. Usaban muy bien todos esos animales, los comían y trabajaban sus cueros. Recolectaban frutos y semillas silvestres y las molían para hacer harina. Cuando había plaga de saltamontes, incendiaban los campos y capturaban miríadas de saltamontes, los machacaban y secaban al sol y hacían una harina de saltamontes. Vivían en toldos hechos de pieles y su vestido era el quillango, confeccionado con piel de guanaco. Usaban mocasines de cuero. A veces se pintaban la cara. Los mapuches les decían puelches, que quiere decir gente del este. El cura Faulkner los llamó los het. El relato suena magnificado por

la voz grave de Ona. Levanta el guiso y trae una exquisita variedad de dulces de frutas. Higos. Naranjas. Zapallos. Con queso de cabra. Tomamos café. Lo que terminó perdiendo a los pampas fue la riqueza del ganado que había por acá. Miles de cabezas de caballos cimarrones. Vacas y vacas cimarronas eran codiciadas por los españoles y por los mapuches. Era un mundo distinto el que vivieron los pampas. El pasto no era este pasto que vemos en los campos de hoy. Antes había el pastizal pampeano, un pasto duro y más alto. Estos pastizales del Río de la Plata se los llama templados y tienen algún parentesco con la sabana africana y las praderas norteamericanas. Eran esos pastos y algunos árboles. Sauces criollos cerca del agua, montes de algarrobo y de chañar más hacia el oeste, tala, coronillo y espinillo. Con la llegada de los europeos se fueron reemplazando los pastos altos y duros y resistentes a las heladas y sequías por pastos blandos, especies exóticas, más delicadas, pero rápidas para la colonización. Los pastos favorecieron los caballos y las vacas. Y estás trajeron a los españoles y a los mapuches. Imaginate las manadas de caballos corriendo por las llanuras pampeanas. Me imaginé legiones de caballos, de vacas y de perros cimarrones y la imagen me deleitó. Fue escucharla hablar e inmediatamente saber que podía confiar en ella. Le mostré los huevos. Los miró y me buscó los ojos. No tengas miedo, me dijo. La naturaleza es un flujo de constante transformación. Estás preocupada por los huevos, pero es necesario que pienses en vos. Los huevos van a prosperar, pero tenés que entender qué te pasa.

—Y qué me pasa —le pregunté en un hilo de voz. Cómo si hablara con Jesús en vivo y en directo—. Pasa que sos otra.

Me quedé a dormir con Ona. Fue una noche mágica y hermosa en la que conocí otra forma de vivir. Dormí con una placidez que desconocía y soñé que volaba y aterrizaba súbitamente. Por la mañana Ona me dio su desayuno y la adoré minuciosamente. Por supuesto que quería quedarme a vivir con ella. Quería charlar con ella, comer su comida, reír con ella y como ella, aprender a tejer. La quería a ella. Pero Ona, luego, se puso seria. Comprendí que esencialmente yo era una cristiana. Eso significa que solo creo en la redención y estoy buscando

el relato de la transformación que he recibido de la cultura blanca y europea. Un relato según el cual pasamos por este mundo para sufrir y transformarnos y así hacernos acreedores del Reino de Dios. Ona había entendido perfectamente esto y en su exquisita amabilidad iba a facilitarme las cosas. Ella, en cambio, podía aún sostenerse en un mundo en el que no hay que transformarse para conocer. Me dijo que el mejor lugar para ubicar los huevos era Punta Rasa, cerca del faro. Que ahí se armaban colonias de aves de diversa procedencia. Me dijo que yo tenía que irme, y así lo hice.

*

Seguí bordeando la costa del Río de la Plata hacia el sur hasta llegar a Punta Rasa. Busqué el lugar donde una bandada de flamencos va a comer y bañarse. ¿Cuál sería mi flamenco? ¿Cómo me daría cuenta de quién era mi benefactor?

Armé la carpa en un predio al lado del faro. De solo pensar en Ona dormí plácidamente toda la noche. Me desperté temprano, hice fuego y me tomé unos mates.

En un momento apareció. Era una flamenca rosada y hermosa. No sé qué color tenían sus ojos. Pero me miraron como miran los humanos.

*

Hasta acá los hechos no imponen mayores dificultades. A partir de ahora la palabra vacila. Era una Flamenca hembra. Su cuerpo y su aspecto general eran los de un ave, pero sus ojos eran humanos. Comprendí que era el resultado de años de evolución biológica. Comprendí que había algo en la forma del mundo que desconocía y que comprometía mi presente y mi identidad. Comprendí que había otro tipo de seres. Hubiera necesitado que estuviera conmigo alguien como Kipling; él hubiera entendido quién era esa ave. La hubiera dibujado y hubiera dejado una imagen de una hermosa ave con ojos humanos. Porque es un ave, pero no solo un ave. Sus ojos buscaron los míos. Tuve miedo de que la Flamenca hablara. Tal era

su determinación. No sucedió. Mantuvimos una especie de diálogo corporal y ocular. Era como una danza. Ella se movía en pequeños círculos. Estuvimos un rato así. Luego fui a la carpa y traje los huevos envueltos en una manta. Los deposité cuidadosamente sobre la tierra. Miré por última vez a la Flamenca y me volví. Como el personaje del cuento de Kipling que tiene una memoria apócrifa, involuntaria e imposible, yo, que hasta hace unas pocas semanas era una correctora literaria aporoteñada, ahora entendía el lenguaje de la Flamenca.

*

Me acosté a dormir en la carpa. Lloré mucho tiempo, ni sé cuánto. Lloré hasta que no quedó agua en mi cuerpo. Necesitaba elevar una plegaria y pedir ayuda a los dioses para atravesar este momento. Pero los dioses habían abandonado el mundo. Qué hacer. Entonces escribí mentalmente una plegaria:

El amor de Miguel
La belleza de mi joven cuerpo
El placer de la fruta en la boca
El gusto por los museos
Todos esos dones se van desvaneciendo
¿Qué hacer?

Y el poema de Emily Dickinson apareció en mi boca:

Morir por vos fuera muy poca cosa, pudo hacerlo cualquiera de los griegos. Vivir es más difícil, y eso es lo que te ofrezco. Morir no es casi nada, algo pasado, pero vivir incluye el morir muchas veces sin tener el alivio de estar muerto.

Aquí estoy viva, pensé.
Y no voy a pedir protección al dios judeocristiano de mi infancia.
Ni a los maravillosos dioses griegos.
Yo te invoco, Diosa.
La Diosa silenciada y desterrada.
Pido tu protección y guía.
Y me dispongo a la transformación.

Me dormí. Cuando desperté había terminado de procesar el mensaje. Salí de la tienda. Pasaban los albatros, por lo alto. Los flamencos estaban ahí. Abandoné la campera, los pantalones, la camisa, el reloj, el teléfono y los zapatos y caminé desnuda. Cuando ingresé al agua, las alas aún no se habían desplegado. El faro, sentí, es un oído que almacena los sonidos que llegan del océano. Permite oír a la ballena. Oír los albatros. Oír las golondrinas. El faro de Punta Rasa es la memoria del agua. Si tuviéramos un aparato para reproducir todo lo que guarda, descubriríamos la historia del océano. Me dejé inundar por la avalancha de sonidos. Los murmullos del faro me impulsaron hacia el vacío. Entonces lo hice. Floté. Floté en el aire.

*

Había olvidado la ciudad, el auto, mi trabajo y mi ropa, y en el lugar de ese olvido creció una añoranza de cielos y de aguas y de vuelo. No sé si antes había conocido este mundo y luego lo había olvidado. O era la primera vez que veía el agua desde arriba. Quizás ya había visto esto y ahora solo recordaba. Vi lagunas con juncales y gallaretas. Vi el mar, la espuma, la innumerable arena. Vi delfines, vi barcos, vi nadadores. Vi lomas y planicies y hombres. Vi caracoles y apetecibles organismos. Vi aves que descendían a pique para recoger su presa. Vi muchas cosas y volé y pensé que andar en grupo y por los aires es haber conocido a la Diosa.

MANUAL DE LA CEGUERA

Márgara Averbach



Márgara Averbach inventa historias desde que aprendió a escribir. Publicó más de cuarenta libros para chicos, jóvenes y adultos. Ganó algunos premios, entre ellos, el Premio Cambaceres de la Biblioteca Nacional por “Una cuadra”, el Diploma Konex de Literatura Juvenil en 2014 y el White Raven con “Los que volvieron”. Tradujo novelas del inglés y durante años fue profesora de Literatura de los Estados Unidos en la UBA y de Traducción Literaria en el IES Fernández.

Hace años, me enamoré del río. Fue completamente inesperado. Ilógico, incluso: ¿no dicen que una se enamora de su infancia? Yo no tenía ninguna experiencia con los ríos: soy de un pueblo de ocho, diez manzanas, asentado apenas en la punta de un camino de tierra que cruza la parte seca de la pampa, lejos de cualquier ruta importante, un pueblo sin cuerpos de agua de ningún tipo excepto el redondel plateado del tanque australiano en el que nos bañábamos en las tardes ardientes del verano y los otros tanques que adivinábamos lejos, cerca del horizonte, bajo las flores de metal de los molinos que giraban en el viento.

Conocí los ríos después del mar.

El mar me asombró, claro, pero por razones que nunca traté de descifrar siempre me pareció demasiado. Demasiado grande, demasiado salvaje. No puedo mirarlo durante mucho tiempo. Después de un rato, la imagen del agua sin fin siembra en mí un miedo frío, instantáneo, insoportable. Me sigue pasando. Y que quede claro: yo jamás me enamoraría del miedo. Al contrario, camino en puntas de pie a su alrededor, tratando de no despertarlo. Lo atravieso solo cuando es ineludible. Supongo que la habilidad para esquivarlo requiere coraje y que la perdemos con los años pero, por suerte, no soy tan vieja todavía. Y sí: pertenezco al grupo de quienes tratan de no pensar en los finales. Cuando fuimos a la playa por primera vez, yo tenía seis, siete años y el mar parecía un final.

Al río lo vi bastante más tarde, cuando casi me había acostumbrado a la tristeza de la adolescencia. Seguramente cruzamos ríos muchas veces, pero yo no los recuerdo. No eran este río. No me acuerdo de haberlo visto hasta que fuimos al puente Rosario-Victoria en un viaje de fin de semana largo. A mis viejos les encantaban esas excursiones de una o dos noches. Era octubre. Me acuerdo de estar de pie, quieta, a un costado de la corriente ancha, en uno de los miradores, mientras los demás sacaban fotos. Me acuerdo de mis manos, apoyadas en una barandilla oscura; de mis ojos, fijos en ese monstruo blando, rápido, interminable.

Fue amor a primera vista. ¿Cómo no enamorarse de ese camino anchísimo, color marrón intenso, tendido hacia adelante, hacia abajo, hacia las olas? Me acuerdo de que me imaginé volando sobre esas curvas trazadas con años de trabajo en las altas paredes de tierra en las que crecían unos pocos árboles empecinados. Me imaginé como una de las golondrinas de alas renegridas que se lanzaban como piedras hacia el agua.

Sé que tuvieron que sacudirme un poco para separarme de la barandilla.

—Nos vamos.

Recuerdo esas dos palabras. Nos vamos.

Yo no quería irme. Escuchaba solo la canción del río. Apenas pude, a los veintiuno, me mudé a Rosario.

Desde la primera mañana, coleccioné lugares desde donde mirarlo. Por un tiempo, me bastó con eso. No empecé a remar hasta los cuarenta. Para entonces, había visto desde lejos las mil caras de mi monstruo. Sabía que podía ensancharse hasta la locura, enfurecerse, dormirse, cantar, callarse; sabía que cambiaba de marrón a negro a cobre a naranja con las cuatro estaciones, con todas las luces; y sabía que seguía siendo él mismo bajo la niebla, la lluvia, las tormentas, el sol, el viento.

Fue Juan el que me llevó a remar así que, sí, el río también tuvo que ver con mi otro amor. ¿Remar? Yo nunca había pensado en hacerlo (no me gusta mucho el ejercicio físico) pero dije que sí. La primera vez que fuimos, tenía dudas. Esa noche, ya no.

Desde el bote, aprendí otro río. Hasta entonces, nunca había estado en la mitad del agua. Lo mío había sido la orilla: el baño rápido en el verano de alguna de las playas del norte de la ciudad; alguna vez, un rato en un viaje a Entre Ríos: los pies, hundidos en la densidad suave del barro; la primavera, abierta a mi alrededor como un brote rojo, recién nacido. Entre los remos, descubrí otro paisaje. Supe enseguida que había hecho bien en aceptar la invitación de Juan: esa era una alegría distinta. Por ejemplo, la sensación extraña del roce de los dedos sobre las ondas color madera clara; la de los ojos cuando la madera ajada, alquilada cientos de veces, se hundía en la corriente sin interrumpirla, sin dejar más que una huella tan efímera y tan inolvidable como el roce de una palma en una mejilla.

Juan me enseñó el remo pero él y yo remamos juntos solo al principio, cuando estábamos explorándonos, y hace poco, un mes, al final. En el medio, se volvió imposible: Juan se tomaba en serio el entrenamiento. Participaba en regatas amateur. Trató de convencerme de las bondades de esa velocidad extrema, esa entrega. No hubo forma. A mí, no me interesaba. Al contrario, quería solamente mis paseos sin apuro, sin destino fijo, sin horarios hacia lo que siempre llamé *el lado salvaje*, la orilla que la ciudad no había colonizado del todo.

Así, los botes se convirtieron en lo que *no* compartíamos. Juan se iba al club con sus amigos; yo alquilaba el botecito del viejo al que habíamos recurrido las primeras veces, en la playa, cerca del puente. Las mañanas del domingo nos separaban. Él me llevaba al norte y volvía al club. Nos reencontrábamos al atardecer en el departamento.

Como todos los amores, hubo etapas. Primero, el río y yo nos miramos de lejos. Después, con el bote, yo entré en ese cuerpo grande que bajaba eternamente hacia el mar. Y no, no era lo mismo que mirarlo desde una playa, incluso con los pies en el agua. Pero eso ya lo dije. Sentada entre los remos, descubrí que el agua hablaba en dibujos complejos: encontré caras, perfiles, gestos, sobre todo en los bordes provisionarios en los que la corriente se hundía en la tierra barrosa. Entendí con la mirada que el Paraná se ensanchaba y volvía a achicarse en períodos de meses: una respiración anual, planetaria.

No sé cuándo se me ocurrió que, a diferencia de cualquier amor entre humanos, el del río era para siempre.

Con el tiempo, Juan se dedicó cada vez más a su carrera ascendente de remero amateur mientras yo seguía con mis viajecitos lerdos que no seguían ninguna norma, excepto las reglas del agua y el tránsito fluvial. Antes de Rosario, me daban miedo los domingos. Ahora, se me estaban convirtiendo en una necesidad física, casi dolorosa. Sin domingos, sin río, la semana se me hacía imposible.

El clima era importante en nuestra relación. Ahora pienso que tendría que haber prestado más atención a la importancia del clima para el río, pero durante años pensé que eso me importaba solamente a mí. Los domingos, remaba. Remaba con sol y con viento; con frío y con calor; con el aire pesado de humo y cuando la atmósfera era transparente y bella (en Rosario, hay días así a pesar de la respiración oscura de la ciudad). La excepción era la lluvia. Cuando llovía, me quedaba frente a la ventanita del lavadero (la única que da al este) y veía pasar las escamas del monstruo. Nunca remé en la lluvia. Eso también me separaba de Juan, que lo hacía cada vez más, sobre todo si faltaba poco para alguna competencia. A mí no me gusta mojarme pero había algo más: la lluvia en el Paraná me parecía tan hermosa que me daba miedo acercarme. Y no, "hermosa" no es la palabra. Tal vez lo que quiero decir es *sagrada*. En las tormentas, me quedaba frente a la ventanita para ver el encuentro de dos aguas: una ceremonia a la que no me sentía invitada pero que trataba de contemplar desde lejos.

Una tarde tormentosa de domingo, en otoño, no sé exactamente por qué, estaba en el lavadero mirando al Paraná bajo la tormenta y, de pronto, me pareció que eso no era suficiente. Repito: no me gusta mojarme y ese era un día horrendo, pero seguramente algo había cambiado en mí (¿en el río?) porque no dudé. Me puse las botas, el impermeable, me llevé el paraguas, bajé por las escaleras del edificio a toda velocidad (el ascensor no funcionaba, me acuerdo de eso) y corrí las dos cuadras desiertas hasta la costanera como si estuviera perdiéndome algo. Por las veredas, se escurrían siluetas que, como yo, se refugiaban cada tanto bajo un toldo, un balcón, un árbol de copa espesa.

Esa primera vez, no me animé a sentarme en los bancos empapados. Me quedé de pie y miré cómo se tocaban la lluvia y el río desde la barandilla del acantilado. Estuve ahí horas, inmóvil, frente al baile de las gotas sobre los leves remolinos color barro. En trance. No sé cuándo me desperté pero cuando levanté la vista, era bastante tarde. Se me ocurrió que tal vez, Juan ya estuviera volviendo a casa. Eso me sacudió, como si la idea de salir a la lluvia a mirar el río fuera un secreto peligroso, un acto prohibido. Corrí hasta el departamento.

Cuando él abrió la puerta, empapado y exhausto, yo ya me había cambiado. No le conté mi extraña excursión a la costanera vacía. Desde ese domingo, las dos cosas se me convirtieron en costumbre: ir a ver el Paraná en la lluvia y no decir nada al respecto. A Juan le hubiera gustado saberlo, ahora lo sé. Pero nunca le dije nada.

Tampoco me pregunté por las razones de mi silencio aunque creo que hoy puedo ofrecer una teoría: tal vez, mi historia con el río no me parecía interesante. En general, contamos lo que peligra, lo que está tendido hacia un futuro que podría no darse. Eso, o lo que ya perdimos. ¿Para qué contar un amor sin peripecias, un amor verdaderamente eterno, seguro? ¿Y qué puede ser más seguro, menos pasible de convertirse en “historia”, que enamorarse de un río?

Con Juan, es diferente. Imaginar el final del amor entre nosotros es uno de mis ejercicios favoritos. Odio hacerlo pero me obligo, como me obligo a la bicicleta fija. Es importante: en cualquier situación inestable, para mí, es fundamental tener un plan B, una salida preparada. Soy miedosa y, por lo tanto, previsor. ¿Pero el río? Yo no pensaba mudarme: el Paraná seguiría ahí cuando me muriera.

Eso era lo que yo creía hasta hace muy poco. A pesar de que siempre leí mucho sobre incendios forestales, minería a cielo abierto, cultivos transgénicos. Seguía creyéndolo la última vez que llovió.

Era domingo. Me acuerdo del ruido del agua sobre el paraguas grande cuando salí a la calle. Me acuerdo de la costanera vacía. De que, ahí, inmóvil, con los ojos fijos en el Paraná, me sentí la única en kilómetros a la redonda. Detrás, la ciudad se había metido en las nubes.

Esa fue nuestra última lluvia. Hace meses que no cae ni una gota, pero eso no cambió las cosas. En los parques, el pasto se fue poniendo amarillo. Los fines de semana, Juan y yo salíamos cada uno por su lado y el río nos recibía a los dos. No es celoso.

Lo que me asusta es que ni Juan ni yo lo veíamos.

¿Cómo hacíamos para no verlo?, me pregunto.

Después, llegó la peste. Las regatas se suspendieron. El club bajó las persianas. No volví a ver al viejo de los botes. Pasó un año sin remo. ¿Nos dormimos Juan y yo, todos, un año en lugar de cien, como en el cuento? ¿O fueron cien y hay que contar desde mucho antes?

Hace poco, empezaron a abrir algunas cosas. El viejo no volvió a la playa pero el puesto se llenó de botes. Nosotros, Juan y yo, tuvimos un nuevo principio que duró muy poco: salimos juntos, como en el noviazgo. A mí, me parecía hermoso, pero en la quinta semana, sin mirarme, Juan me dijo que era mejor remar separados. Le dolía decirlo, dijo (yo vi que lo había ensayado), pero mis paseos tranquilos lo aburrían. Lo aburren. Necesita el impulso, la adrenalina. Yo me ofendí un poco pero, en el fondo, me vino bien: al domingo siguiente, descubrí que, en el río, yo también prefiero la soledad.

En estas últimas semanas —creo que era lunes—, volví de hacer unas compras y entré en el lavadero a buscar algo. La piecita estaba demasiado oscura. Me costó entender por qué hasta que vi que había dejado colgado un mantel que nunca usamos frente a la ventanita del este. Rocé con los dedos la tela para sacarla y después, bruscamente, me arrepentí. Di media vuelta y me fui a la cocina. Caminaba en sueños, como los sonámbulos.

Negar es un trabajo duro. Hay que hacerlo con dedicación, sin pausa. Sin aflojar. Supongo que era inevitable que yo terminara por distraerme. Debería haberlo esperado pero me tomó por sorpresa. Remaba a mi ritmo lerdo (ese que tanto le molesta a Juan), sola de nuevo, y de pronto, toqué algo con el remo. Un golpe serio, definitivo. Sentí una presión aguda justo en el centro del cuerpo y levanté la vista. En ese orden.

No cerré los ojos. No a tiempo.

Eso no podía ser el fondo... La orilla de la ciudad estaba demasiado cerca. Fijé los ojos en el agua pero el agua era la misma: opaca, marrón, sin horizonte hacia abajo. Respiré hondo y volví a mirar. Allá adelante, el espacio entre el Paraná y los árboles era ancho, casi una playa de mar con la marea baja. Traté de volver a concentrarme en los círculos que dibujan las espigas de la orilla pero ya era tarde. La ceguera sirve solo hasta que se ha visto.

Juan me encontró llorando cuando volvió al departamento. Le conté todo.

Al principio, me escuchó en silencio, las manos sobre las rodillas, como si tuviera miedo de tocarme. Cuando a mí se me terminaron las palabras (creo que antes no se atrevió), me abrazó con fuerza. No me arrepiento de habérselo dicho pero no creo que entienda. ¿Cómo, si yo tampoco entiendo del todo?

Lo único que sé es que esa, la del secreto, fue la última etapa. Tal vez por eso conté la historia: porque ya no era eterna.

Los planes ya no tienen sentido. Ahora, lo único que espero es atreverme a subir al mirador del puente para cerrar la historia que empezó en mi adolescencia. No sé si lo haré alguna vez. Lo que vi cuando remaba, lo vi desde el río mismo pero lo vi con claridad: el Paraná ya no estaba ahí. Había retrocedido hasta volver a su infancia: era apenas un arroyo grande de corriente turbia y breve, como allá lejos, en la gran selva del norte que nos masticamos desde hace décadas.

Cuando volví a la playa, pagué el bote sin hablar. Anochecía y yo soy cobarde. No quise seguir viendo. Me di vuelta y miré al oeste con los ojos secos, como si la ciudad fuera un refugio, pero el sol se había tragado todo: la barranca, las casas, la ruta, las calles, las mesas de los restaurantes.

Ellos tampoco eran eternos.

EL CONSULTORIO

Rodolfo Omar Serio



Rodolfo Omar Serio nació en la parte sur de Buenos Aires, justo ahí, donde ya no te quieren llevar los taxis. En un barrio triste, de concesionarias de autos y barrabravas, no le quedó otra que escribir.

En 2019 publicó su primera novela, *Los machos se duermen primero* (Omnívora). En 2022 su primer libro de cuentos, *Wagner, mi malandro* (Trench), y su segunda novela, *Los brasileiros* (Omnívora).

Dicen que los perros pueden oír hasta veinticinco metros y las personas, seis. Los putos somos perros cuando se trata de ese “prrrst”. Estridor de grillo inconfundible, aullido sodomita que nos convoca. No es cualquier “prrrst” sino *ese*. Reconocemos su color naranja bujarrón en las pantallas, desde un vagón a otro, desde un piso en altura hasta la calle, llamado indeclinable, putiseñal, el “prrrst” que trina desde el interior de una mochila. Frecuencia malsonante, megahercios malvendidos. Es que pocos sonidos nos emplazan así y cargan tanto. Carga virtual, carga viral, descarga ilimitada: así suenan las expectativas y así se escuchan, como un “prsst” que se derrumba, las decepciones.

El lugar es el problema. ¿Prender la app en el consultorio de infectología? ¿En serio, boludo? ¿En serio, amiga? No sé cómo llamarte, no sé cómo llamar lo que estás haciendo. ¿Es ser valiente? ¿Temerario? ¿Pulsión de muerte? ¿Te parece buen lugar y buen momento? No aguanto la intriga y te escribo.

—Estoy enfrente tuyo.

—Ya te vi.

—Pero si no muestro la cara.

—Salís a dos metros. ¿Quién va a ser?

—El señor con cara de preocupado también usa el teléfono.

—El señor con cara de preocupado está fuera del radar.

Puedo ver parte de su sonrisa en el tercio de cara que le queda descubierta. El radar son los microgestos. Es un conocimiento casi

místico que nos precede y nos sobrevive. En la clandestinidad aprendimos a reconocernos a pesar de los otros. A interpretar gestos mínimos para no pifiarle. Porque una sonrisa de más al tipo equivocado puede ponernos en peligro. Ahora está de moda negarlo, liberarnos de las cadenas de la orientación sexual, fluir, pregonar el mundo sin etiquetas pero cuando solo había yires, baños y palos, la destreza para afinar el radar y detectar los agudos habilitó nuestro encuentro.

—No parecés muy preocupado.

—No.

—¿Indetectable?

—Hace rato.

—Si estás sentado es porque esperás algo más que la receta.

—Te hacés el detective.

—¿Preferís que te mande *nudes*?

—Vamos al baño.

—Ah, estás loco.

—Entro primero y te metés después.

—¿Es en serio?

—Nadie se daría cuenta. Mirales las caras. Están metidos para adentro, dados vuelta como una media. Demasiado preocupados por el bicho.

El *bicho*. Hace cuánto que no escuchaba eso. Los noventa produjeron dos expresiones ya extintas: “tener el bicho” y “tomarse un bicho”. Vivir con el virus, consumir éxtasis. Dos lunfardos, dos maneras distintas y a veces coincidentes de estar embichado. “El sida es una enfermedad causada por un retrovirus cuyo único huésped y reservorio es la especie humana”. Curiosa definición: si la enfermedad se desarrolla, en sentido biológico, somos huéspedes del bicho. En sentido coloquial, el bicho es nuestro huésped. Huésped significa, al mismo tiempo, dos opuestos. Habitar y ser habitado. En nuestro cuerpo, son lo mismo: tenemos al bicho y el bicho nos tiene. Creo que decirle así no fue más que una forma desesperada de lidiar con la crueldad, de hacer algo con lo que no se sabía bien qué hacer, o con lo que no se podía hacer nada. Otras propuestas fueron menos

simpáticas: portadores, víctimas, infectados; sidosos, sidáticos, sidóticos, sídicos.

—Es gracioso que hablemos por acá cuando estamos tan cerca.

—Sí.

—Podemos dejar de chatear y hablar en voz alta.

—¿Para qué?

—Así todos escuchan. ¿Tenés miedo de que escuchen?

Es que en el consultorio gobierna el silencio y rigen los susurros, entre revistas que nadie quiere leer y plantas de mentira. Cada tanto un timbrado o un teléfono interrumpen. Caras de circunstancia, inquietud en la patita, muecas que sujetan algún llanto atrancado, ojos sonrosados, el desvelo. En el consultorio gobiernan las siglas y las cifras: nomenclatura en clave que lejos de proteger la identidad, la escupe; la cantidad de copias, la “citometría de flujo” —que no sé qué es y ya la odio—; los recuentos, todo se cuenta y se recuenta, se compara en proporciones, se pondera; las unidades por mililitro, los rangos dinámicos, los valores de referencia. Aritmética de la infección, *la Terreur* del resultado.

En el consultorio solo hay trabajadores del Estado. La obra social centralizó en un solo equipo médico la totalidad de sus embichados. Entrar al consultorio es no saber con quién te podés cruzar, es enterarte y que se enteren. Por eso nadie quiere pasar ahí ni un minuto. A él no parece importarle.

—¿En qué sector estás? —me pregunta.

—Qué te importa.

—Dale, decime.

—No.

—No te voy a ir a buscar con una pancarta. Ni siquiera sé tu nombre.

—Gonzalo, sos el próximo —me llama la recepcionista. Le pedí que use mi nombre. Que te llamen por una sigla ya es retro. La única sigla que me gusta es el SAC.

Guardo el teléfono y voy para el fondo, ya conozco el camino. Él baja el suyo y me sigue con la mirada. Por primera vez nos vemos las caras completas.

El doctor Gallo solo atiende los martes. Es uno de esos médicos de la vieja escuela del Hospital Italiano, a los que les tocó vivir la epidemia en su peor momento. Que vieron morir a muchos y curarse a ninguno. Que tuvieron que inventar cuando no se había inventado. Que escucharon de la “peste rosa”, no como una ironía o un anacronismo, sino como un concepto dicho en serio por colegas respetables. Doctores que tuvieron que crear conciencias y a veces, cambiar las suyas. *Hemofílicos, usuarios de drogas inyectables, homosexuales, prostitutas, haitianos*, así, *sic*, era la lista; descartables para la bolsa roja de los residuos patogénicos. Así que al doctor Gallo ya no le asusta nada. Le podés decir que estuviste en una orgía *morbo y vicio* con un equipo de rugby y no te vas a sentir juzgado. Revisa mis exámenes. Anota cifras en una planilla. La vitamina D la tengo baja, me receta un suplemento, sol en frasquitos. “En verano sube sola”, me dice.

—¿Estás tomando la medicación todos los días?

—Menos los fines de semana. Es que me emborracho y vomito si la tomo.

—Probá un finde sí y otro no —sugiere. Así no perdés estos números, que están bien.

Ya me pasó una vez. Es como jugar al bingo con el diablo. Tuve un *blip*. Fue por saltarme la medicación. Es un aumento transitorio, ves el resultado y te asustás. Flasheás que se viene. Retomás la adherencia y pasa. En el consultorio, la paciente perfecta es Ms. Pac-Man: se traga las pastillas, combate sus fantasmas.

Salgo y me siento al lado. Me mira con un gesto de sorpresa y abre las piernas hasta que quedan en contacto con las mías. *Manspreading* del bueno. “Esteban”, lo llaman de la recepción.

—Te espero a que termines.

Esteban entra. Pido un turno para dentro de seis meses porque “mis números” dieron bien y es como meter dos dígitos a la cabeza en la quiniela. Me dicen que lo pida más adelante. No lo espero, salgo al pasillo.

—Me fui —le escribo en la app. Tal vez me bloquee.

En la escalera me cruzo con Iribarne. Una vez hicimos algo en el subsuelo del Ministerio, en un chaparral de computadoras demodé en el que no hay cámaras. Me saluda más amable de lo que hubiera esperado.

—No digas nada que me viste, eh —se despide.

Me voy para el vacunatorio. Hay viejos viejísimos y pedazos de familias. Cuando llego, Esteban está sentado y espera su turno. Tiene el pelo un poco largo, parece salido de un domingo en el Itaipark, como si hubiera despertado, hoy, intacto. Puedo entender por qué está ahí, no entiendo cómo llegó antes. Me siento al lado.

—¿Gripe?

—Neumonía, tercera dosis. Hasta los 65 ya estoy cubierto.

Esteban se queda en silencio.

—Trabajo en Secretaría de Deportes. En Dopaje —continuo la conversación como si nada. De nuevo abre las piernas hasta que nuestras rodillas se tocan.

—¿Y qué hacen ahí?

—Tomamos muestras.

—¿Los ves mear?

—Sí.

—Qué buen trabajo.

—No los veo realmente. Cuido de que no entre nadie, que no cambien la muestra. Cuando me dan el frasco, se tiene que sentir que el líquido todavía está caliente.

Es mi turno para la vacuna. Él sigue ahí. No entiendo por qué no lo llaman primero. Entro al cubículo y me dan el refuerzo: protege contra 23 tipos de neumococos. Afuera hay todo un bicherío dispuesto a aniquilarnos, un cardizal de microbios deseosos para los que solo somos materia orgánica, soporte vital extingible. Cuando salgo, Esteban me espera parado junto a la puerta.

—¿Vos ya te vacunaste?

—Sí —asiente, y se friega el hombro.

Camina seguro, como si supiera a dónde vamos. Tiene un vigor especial en el carácter, se siente como esas personas a las que nada

pareciera darles miedo. No me gustaría que se aburra y se vaya, así que me la juego.

—¿Vamos a un lugar?

—Vamos.

La 9 de Julio atardece sin sobresaltos, hoy se deja caminar. Es la única avenida de toda la ciudad con solo cuatro edificaciones: el Ministerio, el Obelisco, el hotel y la embajada. Mientras nos acercamos, debatimos sobre cosas que no importan. Son como chucherías habladas, objetos sin valor pero del lenguaje, baratijas verbalizadas que dan alegría; adornitos que se miran, se les quita la tierra y se vuelven a dejar ahí.

Llegamos al Ministerio, una mole racionalista de veintidós pisos, una antena larguísima y nueve ascensores. Lo estoy llevando al subsuelo, sí, el mismo en el que conocí a Iribarne.

—Vos seguime. Entrá como si nada.

Esteban me sigue. Entramos como si nada. Al guardia ni le importa mientras más o menos tengas cara de que podés trabajar ahí. Bajamos por escalera, los ascensores de 1936 no me dan confianza, y menos el que tiene un cartel escrito con fibra en el que se lee: "ANDA".

—Nunca había estado acá —me dice.

Pasillo. Pasillo. Una especie de depósito grande. Otro pasillo. Una habitación creada con placas de yeso que nadie sabe bien qué guarda. Una alarma de movimiento con Alzheimer. Sillas giratorias con el relleno contranatura y una ruedita quebrada, como las del changuito que odiarías en el supermercado. Computadoras de museo: 386, 486, una Pentium 100 que dió su vida por una subsecretaría que ya no existe. Disqueteras externas, un disco *zip* de 100 megas, en los que en algún momento parecía caber la existencia entera. Esteban agarra un mouse con bolita y gira la base: me encantaba hacer eso, sacary ver la perfección de esa bolita pesada y cautivante.

—La escondo acá —me dijo—. Solo vos y yo vamos a saber dónde está.

Un tubo incandescente con las puntas de wolframio al rojo vivo señala en línea recta el recoveco por el que vinimos: el cuchitril que

configuran un montón de escritorios en desuso, apilados, como sacos de arena en una trinchera.

No me gustaría que se aburra y se vaya, así que me la juego. Lo agarro del cuello y lo empujo con el cuerpo hasta la pared. Por fin nos besamos. No cierra los ojos, se los tapo con la mano. Tiene la frente suave y un poco transpirada de caminar. Me lleva la cara hasta su cara y la presiona para que no se separen, esa tensión es exquisita. Manos y cabezas se intercalan, variando inseparables, despegándose y volviendo, como en un juego de palmas. Se empieza a sacar la remera. Lo freno. Se la quiero sacar yo. Se la saco. Se agacha para redimir las zapatillas. Se las saca. Es peligroso pero lo sigo. Vamos despedazándonos, desplazando el deseo hasta el riesgo último, hasta que toda nuestra ropa se une al paisaje alunado de objetos en desuso. Parte de mis pies sobre sus pies, parte de mis manos, ya no tapo los ojos, la mirada se integra, se sostiene, se guarda, se pierde. Durante unos segundos me mira con dulzura y la adrenalina cede. Empieza a inclinarse y me lleva hasta el piso, que está frío y sucio, pero el movimiento es limpio y la piel escalfada.

Se ve que en un momento nos quedamos dormidos. Cuando me despierto, Esteban no está. Estoy solo y desnudo sobre un baldosón que alguna vez limpiaron con kerosén y arena. El tubo se apagó y la luz que llega es por rebote, luminarias mellizas que aún no expiraron. Me visto. Salgo. Le pregunto al guardia si vio irse a alguien, me dice que no. No sé en qué sector trabaja, no tengo su apellido ni su teléfono. En la app, igual que tantas veces, los mensajes se desvanecieron. En el consultorio no pueden darme ningún dato.

Solo la bolita del mouse sabe la verdad. ¿Seguirá escondida? El Ministerio ve desde el río hasta el Congreso, con sus portillos y tragaluces que en realidad, son ojos. Entro de nuevo. Pasillo. Pasillo. Depósito grande. Otro pasillo. Placas de yeso. Sillas rengas. Trinchera. El tubo volvió a encenderse, sus cumbres rojas agonizan. En el cajón en el que Esteban la escondió no hay nada. Me agacho. Busco por otros lados. El mouse del que salió tampoco está, me siento confundido.

Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres

Enfrente del viejo Ministerio —que alguna vez quisieron derribar—, persiste un edificio fantasma, un gemelo en espejo, rascacielos en espera, jamás construido.

EL HADA VERDE

Juan Manuel Burgos



Juan Manuel Burgos (1987) es marica, marrón y abortera. Vive en la ciudad de Córdoba, donde se formó en artes visuales y enfermería. Actualmente se desempeña como acompañante terapéutico, trabajador sexual y asistente de personas con discapacidad/diversidad funcional.

Entre plantas y recetas de cocina, a veces, también escribe.

Un pedacito de cielo sobre la rue Monge,
París, 31 de mayo de 2015.

*Au printemps, tu verras, je serai de retour,
le printemps,
c'est joli pour se parler d'amour.*

Ernesto:

Supongo que en esta oportunidad puedo llamarte así sin que te ofendas. Después de tanto tiempo, de tantas cartas, de tanto silencio: tu nombre, la importancia de llamarte por tu nombre de varón y no por el de tía. Es que llueve torrencialmente como aquella tarde en la que empuñé mi pluma por primera vez. Y además es domingo. Y esta mañana en el cementerio del Père-Lachaise visité la tumba de Oscar Wilde y con la boquita pintada le dejé un beso furioso, escarlata sobre piedra, como se acostumbra. No tenía idea de esta tradición, pero ya lo había ensayado tanto en la siesta de mi infancia que se me dio muy natural. Habitado por la agilidad que otorga el latrocinio, trepaba a la terraza de la casa de mi nona y, con el poderoso labial verde que coloreaba rojo —el tesoro máspreciado de mi botín de chucherías—, me untaba la trompa y hacía mi truco: escondido en la casilla bajo el tanque de agua estampaba un beso sobre el cemento caliente. Ensayaba, te decía, para cuando fuese animadora como Xuxa, mi marquita personal. Mi marquita, mi mariquita, mi malaquita. La audacia de mis primeros pasos. Sospecho que por eso te escribo, para animarme un poco. Para desmarcarme. Me conmovió tanto la escena —mis labios confundándose con otros cientos de labios anónimos, mi perfil dramático recortado contra la vegetación y acuciado por los maullidos de unos cuantos gatos, mi abanico

dorado apantallando las exhalaciones del sepulcro marica— que te me viniste enseguida a la cabeza, inevitable, te instalaste. También le toqueteé la pija, lustrosa y desgastada, a Victor Noir, persignándome, para que nunca me falten clientes y, antes de irme, le dejé una rosa roja al gorrión de París. Ni Proust, ni Chopin, ni Apollinaire me convocaron. Éluard y Jim Morrison me dieron curiosidad, pero una vez allí, meh, no me movieron un pelo. Últimamente ando así. Paso de la euforia a la anhedonia —del abanico al paraguas— con solo pestañear. Francia es ideal para eso y mis pestañas están más largas que las de Amanda Varela haciendo de *Madame Lynch*, figurate esa hermana-de-la-otra.

Sigo igual de insufrible que la última vez y de nuevo no sé por dónde comenzar. Tampoco tengo mucho papel encima, las páginas finales de una bitácora desprolija. Ayudaría tanto que definieses un tópico, una consigna aleatoria que organizase mi declamación. En fin, contextualizo un poco: estoy atrapado en un café, en una de las muchas *pâtisseries japonaises* que, no en vano, se han puesto de moda por estos lares. Pedí un sándwich *teriyaki* y un *petit gâteau chiffon* de sésamo negro (una *magdalena de trapo* de diecisiete euros, según el traductor de mi teléfono); el camarero me miró espantado cuando me preguntó en qué orden y le respondí que traiga todo junto. Dejó caer sobre la mesa, groseramente, un cuenquito con una pastilla o una galleta —no sé bien qué es, ni cómo se come— y cómo habrá sido la mirada de desaprobación que le eché, que volvió tras sus pasos, se esforzó por acomodarlo rápido y se retiró impostando una sonrisa cordial. No pienso hacerme malasangre. Tengo cita con un caballero sesentón, un psicoanalista al que nunca vi en persona, pero con el que hemos chateado mucho para organizar este encuentro. Es argentino, cordobés como yo, y está acá hace poco más de un año. Grabador aficionado, muy talentoso, vino a aprender una técnica de impresión simultánea que no es tan popular en nuestro país; técnica de Hayter creo que se llama. Íbamos a encontrarnos en el jardín lateral del Museo Guimet, que, según dicen, es perfecto para poner en práctica el elogio de la sombra (el de Tanizaki y el borgeano, superpuestos).

Hubiese sido elegante, pero con esta lluvia, qué querés. Imposible. Tuvimos que cambiar de planes y, antes de que volviese a sugerir un bar de osos o su apartamento, le propuse venir aquí para empezar. Es que él invita, de otro modo me quedaría sin probar estas maravillas. Lejos de mi vecino japonés y sus *delicatessen*, me he comprometido a continuar comiendo bien. Por eso no desestimo lo de terminar en su piso, pero antes quiero degustar lo mejor de la carta. De esta y de aquella —de la que te estoy escribiendo, también—, porque viste que en semejante jungla yo no te suelto una liana hasta que no estoy aferrado a otra. Me quejo de lleno, la verdad, el chico con el que estoy saliendo es un chef excepcional y un amante inusitado, incansable te diría. Él sí es francés, y me consiente en todo. También mi terapeuta me ha ofrecido sesiones por Skype, todas las que necesite y que no me preocupe por el dinero. Me miman, me ven un poquito decaído y me miman. Yo les correspondo, eh, y para que sus esfuerzos no sean en vano, en cuanto aparece la oportunidad, brillo. Como hoy en el cementerio, como brillaré de un momento a otro, cuando la lluvia cese y el galán de mi cita entre por esa puerta.

Vas a reírte, el *garçon* trajo el pedido y vertió agüita tibia en el cuenco, la galleta comenzó a hacer efervescencia, resulta que era un jaboncito para lavarse las manos y yo casi me lo morfo. Llegó justo, un minuto más y me llevaba la ambulancia escupiendo espuma por la boca. ¿Ves?, son demasiados globos para este aniversario y estoy a punto de enredarme en ellos —como Mirtha en ese video— si la producción no me acompaña. Me río en voz alta por lo del jaboncito, como si te lo estuviera contando cara a cara. Me reprimo unos segundos y vuelvo a largar una carcajada. Demasiado esfuerzo hago, ¡carajo, mierda! Me encuentro ansioso y hambriento. No sabés lo que engordé desde que despegó el vuelo. Si alguien me apuñalase ahora mismo, en lugar de sangre, brotarían queso y helado de pistacho de mi cuerpo. No reniego, venía demacrado y quedé con una figura hermosa, bajé rodando de Los Alpes a la Costa Azul —de Chambéry a Saint-Tropez—. En la cruz roja de Fréjus conseguí, por un par de monedas, unas blusas divinas que se ajustan a mis nuevas curvas y

un sombrero a tono para hacer el camino de la princesa Diana; ningún Santiago, sabés que lo mío siempre han sido los corazones. Y hablando de corazones, querido, qué galope: nunca hice tanto el amor en mi vida. Tan escenográfico, tan coreografiado, en tan poco tiempo y con una misma persona. Se volvió un deporte de riesgo metiéndole mano a 110 km/h sobre la autopista. Haciéndolo *squirtear* al volante. Lo que te imagines: en el baño del avión, en una estación de tren, en el tren, en el asiento trasero y sobre el capó del auto a un costado de la ruta, en el estacionamiento de un McDonald's, en el probador de un Carrefour. En las cuquetas del cuarto compartido de un hospital, en los rincones de una cabaña repleta de gente, en una fiesta de despedida de solteros y en la de casamiento. Frente a un campo de amapolas, bajo la nieve, dentro del mar, sobre la arena, a la vera del río, hacia un viñedo, desde un bosque. En la cama de infancia de mi novio, en la de sus padres, en el altillo, en el sótano, de parados en el descanso de las escaleras cuando el tintineo de una campanita nos avisaba que ya estaba lista la cena. No faltaron los centros turísticos. Contra una tumba del mil seiscientos en el camposanto de Saint Cassin; tras las tallas de madera del prestigioso órgano de la iglesia de Saint-Rémy, en Troyes; un encuentro furtivo —escondidos como criaturas traviesas— entre los andamios del área en restauración del Palais Idéal del cartero de Cheval (redundo si te digo que allí también te me viniste); casi descubiertas en el Cirque dolomitique de Mourèze y definitivamente descubiertas en las artificiales aguas rojas del Lac du Salagou: saludando con amabilidad a los oficiales que se nos acercaron y convidándonos un par de sándwiches, todavía desnudos.

Pareciera que exagero, que fuese una socarronería más para entretenerme, calentarte o provocarte algún tipo de celos, pero ni una cosa, ni la otra, ni la otra. Te juro que esta vez no se trata de efectismo. De veras ha ocurrido, así como te lo cuento, con esa intensidad; de hecho, lo estoy resumiendo y simplificando bastante para no ser tedioso ni pecar de engrupido. No tuvimos ningún pudor, ni ningún temor. ¿Cuándo me puse tan goma, me querés decir? Y todavía hay más: fluimos sin reparos, espontáneamente. Yo ya estaba entregado

desde que la policía aeroportuaria me retuvo por más de tres horas, sin dirigirme la palabra y sin razón aparente (o, justamente, por la apariencia), ni bien llegué; tras dicho recibimiento todo lo demás ha venido de yapa y ha sido orgásmico. Él, entre tanto, no ha parado de sacarle provecho a su *nouveau corps*, estrenando con orgullo el talante ligero que le otorga la mastectomía —un corte de carne argentino, preciadísimo—, como quien tiene permitido ser profeta en su tierra y no disimula ni un poquito el júbilo; poniéndole el pecho a las balas, como decimos allá. Viniendo a ofrecer su corazón. *Padam, padam, padam*. La cuestión es que cogimos tanto, Ernesto, y ni una sola vez coger se trató únicamente de sexo. Siempre (todo) fue hacer el amor en este viaje —bueno, hubo algo en el baño de una gasolinería con un extraño, pero fue tan exprés y desabrido que ni cuenta—. Y fíjate qué notable que nada de esto ocurrió en París. Al fin y al cabo, no es la capital del *amour* como promocionan las agencias de turismo; lejos del cliché, lo sabrás, es bastante odiosa y nada hospitalaria. Aunque abunden las flores, los chocolates y las parejas de viajeros prometiéndose fidelidad eterna mientras cierran candados y arrojan las llaves al Sena, nunca vi unas caras tan largas y desoladas coincidiendo todas juntas en un mismo sitio.

O tal vez el cliché sea este, ¿no?, venir a rezongar por lo hostil y antipático que resultó todo, mientras repartimos llaveritos punzantes de la *Tour Eiffel* como presente. *De toute façon*, ya contaba con que París sería difícil, imposible prever cuánto, pero salir ilesos nunca fue una opción. También sabía que no podía cancelar esta cita, bajo ningún concepto, por eso la dejé para el final del viaje. Bah, para el penúltimo tramo. Le prometí a Belmont (así se llama el francesito, yo digo que haciendo gala del monte de Marte más bello de la historia de la transexualidad masculina) que los últimos días antes de separarnos los pasaríamos junto a su familia, en Pont-Saint-Marie, lejos de este infierno. Insistió en acompañarme y no me salió decirle que no. Me arrepiento, llevamos tres días de pura errancia, de distancia física y emocional. De fatal desencuentro. La primavera me da alergia y, aunque lo conversamos mucho e hicimos nuestros acuerdos previos e

imaginamos todo tipo de escenarios y planes de evacuación posibles, a la hora de ponerle el cuerpo los resultados son calamitosos. Él también es turista en la capital y la pasa como el culo, se abruma un montón —me doy cuenta—, aunque no pierde nunca el entusiasmo, ni expresa fastidio. O lo disimula muy bien, o actúa por inercia y es un mecanismo defensivo hacer minuciosamente lo que se debe hacer en una metrópoli cultural. No sé, no lo conozco tanto, apenas dos semanas en Uruguay, un par de días en Buenos Aires y nuestro *Mayo francés* que en un par de horas fenece. Qué decirte, me espera un *Julio argentino*. Imaginate. Qué más, el teriyaki no está tan sabroso; o sea, sí, pero no estoy seguro de que lo hayan usado como adobo para la cocción, parece un agregado posterior; tiene un dejo a jengibre muy acertado, pero le falta el toque de mi vecino —el toque ueharesco— que, básicamente, consiste en añadir un trocito de ananá en la preparación que le otorga un sabor inconfundible y al mismo tiempo, como dejó anotado, libera unas enzimas que ablandan aún más la carne. Bueno, ahí está, dejamos correr un poco el telón y empieza a revelarse el misterio para ambas. Creo que de eso quiero hablarte antes de que el viaje termine y me vea hundida en la depresión más profunda, del señor Uehara y sus toques mágicos. De la lección más importante. También de Sasha, que con cuatro patas ya se perfila para ser el último de los samuráis. ¿Te acordás del perrito Sasha? Ernesto, en serio, permítame contarte una historia más de amor, démosle una última oportunidad a la nuestra.

Ahora, ¿por dónde sigo?, ¿de qué hilo tiro para continuar? Se me ocurren tres caminos. Nuestro clásico: te hablo sobre alguna telenovela que marcó mi infancia y voy mechando con los presentes, como haciendo un *striptease* escritural hasta desnudar por completo el asunto. Me pongo analítica: prosigo con la actualidad parisina y los acontecimientos de las horas recientes para dilucidar las formaciones preconscientes de esta carta y su fin último. La propuesta superadora de Rocío Jurado: *retomar desde la herida / atrevernos desde cero, sin reservas ni mentiras*. No, no, no, no, no. Le acabo de entrar al *gâteau chiffon*, no sabés lo que es esto, un manjar, una delicia. Un espectáculo.

Los ojos en blanco y hasta tuve que dejar de masticar para extender el placer de la textura en la boca. El sabor profundo, infinito. ¿Sabés lo que significa que algo te haga cerrar los ojos aquí? *Mon Dieu: Oui, absolument* es la capital del amor. Voy a pedir otro. Deberías venir a París solo para probar esto, es como bajonear porreada pero estando sobria, un subidón psicoactivo de ensueño. También voy a llevarle uno a la señora Tsuru, tengo que lograr que se conserve hasta llegar a Córdoba. Bueno, un poco de esto y un poco de aquello, teneme paciencia que ya llega. Sabés cómo funciona, que me toma un tiempo. Unos giros más y estoy. Y estamos.

Mi suerte cambió mucho cuando dejé de escribirte, y cambié para bien. No me ahorré ningún dolor. Sufrí, te extrañé, me extrañé a mí mismo en la escritura, me resigné un poco y otro poco fantaseé con recibir una respuesta. Pasé por una abstinencia horrible. Los domingos me temblaban las manos, me costaba conciliar el sueño y, en la vigilia, recordaba más y más detalles de las telenovelas sobre las que ya te había escrito y de algunas otras que nos quedaron en el tintero: *Inconquistable corazón; Por siempre mujercitas; Ricos y famosos; Milady, la historia continúa...* Más que eso, imaginé que aparecías, fascinado con mis cartas, que llamabas a mi puerta y me contabas que te habían llegado todas juntas, o que te habías demorado en abrirlas, pero que una vez leídas te dabas cuenta de que eran oro puro y querías conversar conmigo, primero a solas y luego llevarme de invitado a algunas de tus clases y paneles, que me entrevistabas para el suplemento chico de algún diario grande. Ja, qué delirio, el que nos puso *locas* sabía de lo hablaba. Ahora me divierte, pero en su momento... y... estuvo bravo. Sí, porque además de disimular la tristeza, tuve que disimular la ilusión que me asaltaba de a ratos, y eso fue mucho más áspero. Tampoco duró tanto, no te creas. Nos extrañaba, es algo normal, supongo. Escribirte era una forma muy poderosa de ser y de estar y eso se había terminado y el señor Uehara... lo leyó como una oportunidad e hizo de las suyas, me ayudó a que el duelo fuese provechoso. Un entrenamiento intensivo, algún día quisiera escribir sobre eso, sistematizar su pedagogía marica, sus enseñanzas. ¿Te acordás

cómo me instruyó para hacer masajes, que me indicó unos países y después me tuvo como cinco meses amasando y amasando y yo le preguntaba “¿Ya estoy listo?” y él me respondía “Todavía no, Juano, falta”, hasta que un día me harté y vociferé que no iba a hacerle más masajes y me dijo que, ahí sí, ya estaba listo, porque había aprendido a no dejarme explotar por un hombrecito alcohólico de metro cuarenta? Bueno, así continuaron sus lecciones y fechorías... que un préstamo en dólares falsos, que un servicio de catering para los *meetings* de algunas ONG prosexo y proaborto, que ikebanas y una galería de arte joven. ¡Ay, si estuvieras acá para compartir un cafecito conmigo! Me obligó a tomarme una licencia psiquiátrica del *call center*, me propuso matrimonio, fabricar aceite cannábico, administrar las propiedades de su madre, contratarme como cuidador domiciliario de la esposa de su amante... me ha hecho cada canallada que casi no concibo otra manera de aprender, y todas terminan llenándome de gracia: una alegría única, un don divino para obtener buena ventura.

Pero volvamos a mi novio, a esta actualidad punzante. Todo el tiempo quiere que tengamos planes, ir tachando la listita. No sé si lo hace por mí, porque cree que me halaga de esa forma, o porque no se banca lo que se viene. Ayer me llevó al museo de Orsay y no paraba de hablarme y de mostrarme cosas, de abrirme puertas, ofrecerme asientos y señalarme objetos, pero yo no podía con nada. Mareado, me detuve frente a él con los ojos en compota, me eché aire apantallándome con las dos manos como para evitar que las lágrimas me corriesen el maquillaje autopercebido, me disculpé y le pedí que me dejase solo. Necesitaba aire, espacio, silencio, indiferencia. Creo que sus ojos también se embotaron, aunque no me quedé para comprobarlo, di media vuelta y me fui a otra sala. Me encallé de cara al retrato de Émile Zola, de Manet, y allí permanecí por un tiempo —por una eternidad que no podría precisar—, perdido entre la figura y el fondo, dando una vuelta por mi cárcel. Una turba de vacacionistas asiáticos con sus máquinas de foto y sus celulares con flash me llevaron puesto. Salí del ensimismamiento con la cereza de que no me había equivocado: París es Japón. Sí, leíste bien, escribí *cereza*.

La cerecita de la torta, la excusa perfecta para instalar la idea, nada gloriosa, de una última carta a nuestro favor. Lo de que es domingo, lo del cementerio y hasta lo del diluvio de esta tarde, no han sido más que unos mojones para la profecía autocumplida. Ernesto, querido: ¿cómo no vas a haber leído mis cartas, me querés decir?; y, si las leíste, ¿cómo carajo hiciste para no responderme? ¿Qué era eso tan interesante que te ofrecía el mundo como para hacerte apartar la vista de mi cursiva perfecta, del mundo altamente superior que yo te estaba obsequiando con mi escritura? ¿Por qué el desaire? Eso me pregunté cada noche, durante varios días... meses, para qué mentirte, durante varios meses. No era un reproche, era una duda genuina que me perseguía y, aunque no te culpaba, tampoco podía perdonarte. Estaba clarísimo que habías hecho lo que te salió en el momento y que yo también estaba haciendo lo propio... solo que podría haber hecho tanto mejor las cosas si me hubieses contestado al menos una palabra. Como anunciaba otra de las lápidas que visité más temprano, no recuerdo si la de Simone Signoret o la de Cora Vaucaire: *Seigneur, je ne suis pas digne de te recevoir, mais dis seulement une parole, et je serai guéri.*

Enferma, no dudé en utilizar cada una de las palabras que te había escrito —porque de todas las cartas tenía fotocopias— para ganarme el beneplácito de los chongos más populares de La Docta, especialmente el de los más ruines. Busqué con desesperación el reconocimiento que me habías negado. Probé con amigos, amantes, adversarios, académicos, activistas y militantes. Dramaturgos, librerías, editores y gestores culturales, de esos que te hablan envueltos en su saco escrotal. Fonación desde los huevos, cordobeses poronga que me llenaron de elogios. Cada lugar tendrá su arquetipo, acá —allá, digo— son lectores de Merleau-Ponty con perfo de mercenarios medievales salidos de una serie de HBO. Un horror y unos placeres que me acuerdo y pestañeo. Me quedé con el más vainilla y amable de todos —con el único digno—, con el enano astuto de esta saga: spinoziano, skater, veggie, yogui, tatuador. Me obligué a enamorarme, y en las cuatro horas que me duró el enamoramiento le escribí una carta atroz, inmemorial. Mentira tras mentira fui desplegando

una telaraña de injurias, pero el afecto brotó tan genuino que, aunque muchos notaron la felonía, nadie se atrevió nunca a cuestionarla. Quedó un compendio bastante orgánico; algo pedante y desatinada esa epístola final, pero permitió un cierre e, incluso, cierta apertura. La oportunidad para renegar de vos, de tu actitud silente, con otro que sí me leyese. A ver, tampoco es que hablé mal, ni negué ninguna de tus virtudes, el asunto es que hoy no volvería a escribirla, intentaría otra cosa, algo menos virulento y más cuidadoso.

Pude eso. Jugué a la Yourcenar de pacotilla con este muchacho porque quería que me editase, que me prestase su doble apellido, su nombre de galán de telenovela, para tapar el escándalo de tu indiferencia con un escándalo mayor, más épico y pintoresco. Jugué a la escritora como jugaba a ser Delfina Taylor Monti de niño, con una funda de almohada en la cabeza. No llegué a contarte nunca de ese personaje, lo lamenté porque era una buena historia, la interpretábamos Florencia Raggi y yo en el noventa y siete. Te hubiese encantado, ambas queríamos ser princesas y nos debatíamos entre dos galanes. En la telenovela como en la vida misma, a los diez como a los veinticinco, supe desentrañar con tanta gloria ese papel que la presentación en sociedad fue todo un éxito. Convencí a dos compañeritos de entrar de mi brazo a la matiné escolar —a uno con argumentos, al otro con la amenaza de revelar cierto secreto que incluía el labial mágico—. Cosas de niños, decía mi madre. Y a la Yourcenar de pacotilla le correspondieron con una edición cartonera, de pocos ejemplares cosidos a mano, que repartió entre tus alumnos, tus colegas, tus festejantes y otro puñado de jovencitos que estaban a un pelín de conocerte.

Hubo interés en las cartas, tuvieron su público, y viste que la gente progresa paga bien el cartón, además les hice una decoración soñada a las tapas, unos *collages* con moldes de costurera, partituras antiguas y papel de arroz. Cuestión que con los morlacos que saqué, viajé. Primero por el interior del país, parando en casa de amigas, y después fui a Uruguay. Una historia hermosa porque allí conocí a Bel, por esas vicisitudes de ser marica, nada más ni nada menos que en la mansión de la mismísima Laetitia d'Arenberg —una aliada

fundamental en estos tiempos que corren—. Te contaría más, pero me solicitó discreción y semejante mujer, entenderás, merece mi prudencia. Volví a Córdoba y no soporté ni un mes, me asfixié. Organicé asuntos domésticos, hice otras setenta copias de las cartas, las vendí —esta vez entre allegados y amigos míos—, tomé algunos clientes de masaje tántrico, conocí el nuevo departamento de la señora Tsuru, cenamos la tarta de pescado favorita de Uherara viendo *Hiroshima mon amour* —que es filmografía obligatoria en la familia—, y a los tres días ya estaba en Buenos Aires, con la valijita lista, gritando “Vive la France!” en el aeropuerto.

A la salida del Orsay me perdí, estuve cincuenta minutos deambulando sin norte y sin detenerme, en blanco. De algún modo aliviado, con una serenidad frágil. Ya te podrás imaginar el susto cuando caí en la cuenta... Llegué al hotel de noche, tarde, casi no nos dirigimos la palabra con Belmont. Podría haber servido para acercarnos, pero supe enseguida que el espacio que —decía— intentaba darme, era una trampa. Su silencio mustio funcionaba como amenaza de guerra. Lo noté melancólico y ofendido, atrincherado en la cama mientras bebía ajeno, una combinación mayúscula. Olía a pólvora por todas partes, quería estallar pero yo no le daba oportunidad al chisporroteo. Indignado, me siguió con la mirada achinada por toda la habitación, vio que puse a llenar la bañera y, cuando comencé a desnudarme, sirvió con dificultad una medida de absenta para mí. “*Feé verte*”, dijo con el brazo extendido. Tenía las manos lastimadas, le acepté la copa, la dejé en la mesita de noche, me senté a su lado, volví a cargar la suya y se la di de beber. Después, le acaricié el rostro y le comenté que el dos habría actividades en Lyon por el reconocimiento del trabajo sexual, que podíamos ver la transmisión por internet o hacernos una escapada. Dijo que haríamos lo que a mí se me antojase, le bese la frente y aprovechó para mordisquearme las tetas con bronca, dejé que lo hiciese. Se ahogó y empezó a toser. Cargué por segunda vez su copa, me levanté y me fui al *toilette* con la mía intacta. No bebí ni un sorbo, tiré la medida en la tina con las demás sales y esencias. Me hundí en la espuma anisada y repasé mentalmente la telenovela.

Arrancaba justo así, con Delfina Taylor Monti disfrutando de un suntuoso baño, rodeada de jabones, velas y afeites. Llevaba el cabello recogido y se reconocía a sí misma en un espejo de mano. Acostumbrado a los culebrones en los que las protagonistas miserables ascendían socialmente —con esfuerzos, viento a favor y el mundo en contra—, transformándose en mujeres de alguien, esta propuesta me descolocó de mil maneras. Principalmente, porque ella era rica y podía ser aún más rica y, más que eso, podía elegir con quién sería más divertido compartir la riqueza. Creo que lo recuerdo con tanta claridad porque nosotros éramos pobres. En esa época teníamos, para ducharnos, un calefoncito eléctrico del tamaño de un tacho de basura que nos exigía estar listos en cinco minutos para pasarle la posta al que seguía, y todo esto a riesgo de electrocutarnos si tocábamos la pared con humedad. Y lo recuerdo porque, para peor, la mitad del terreno comenzó a hundirse sobre el pozo ciego y, con ella, buena parte del baño. Es decir que los pobres también podíamos ser todavía más pobres y tener que caminar quince cuadras hasta la casa de la tía que tenía gas natural, inodoro, bidet y lavamanos, para compartir nuestra desgracia. Por fortuna, televisor no nos faltó nunca e imaginación, tampoco. Tema aparte el de los baños, no sabés lo que me cuesta acá cagar en un pasillo alfombrado, empapelado y sin vanitorio. Mis suegros no conciben que en nuestras latitudes nos cepillemos los dientes en el mismo recinto donde defecamos; yo no concibo que tengan minicepillos y minipalitas de cinco, diez y quince centímetros para limpiar las migas, me parece una tecnología de la servidumbre espeluznante.

Así las cosas, la presentación de Delfina en sociedad acontecía en un baile esplendoroso en el que, además del buen gusto y de las buenas acciones —porque tenía un corazón de oro que compartía con el pueblo—, intercambiaba unos pasos de minué alternadamente con dos galanes hermosos e igualmente nobles, los hermanos De Valladares: Federico (Osvaldo Laport) y Máximo (Gabriel Corrado). No teníamos realeza en el país, pero sí familias patricias, y cada quién aportaba lo suyo. Mientras que Federico, el primogénito, se perfilaba como un hombre de negocios, experto en armamentística,

masculino, elegante y sobrio, Máximo optaba por vivir en el campo, era veterinario, carilindo, desenfadado, seductor y poco adepto a las tradiciones. Se los mostraba como figuras contrapuestas, pero eran más complementarios que Nati y Laly (Millie Stegman y Verónica Vieyra, respectivamente) en la novela que la antecedió. Perdón, es que no te puedo hablar de *Milady* sin hacer mención a la otra.

Naranja y media había sido un éxito y había dejado la vara muy alta, no solo en lo que al *rating* se refiere, sino con respecto a la imaginación sexoafectiva de la época; de algún modo, puso en disputa las tensiones entre poligamia y poliamor, y se ve que como ni Francella era un galán, ni las otras dos un ícono de feminidad, los guionistas se arriesgaron a dejarles vivir la trieja en paz. La suerte de las feas que pregonan las travas. Qué sé yo, mamá quería que se quedara con la morocha, papá con la rubia, la nona decía que al final todo iba a ser un sueño de él y su esposa, una tercera actriz; mi madrina que se terminaría quedando solo y la tía Mecha —tomo aire— que alguno de los tres iba a morir en un accidente. Yo quería que se quedara con las dos, y vitoreé ese final con aplausos histéricos. No sé cómo leerlo ahora, la verdad, tampoco eran una trieja. Eran dos mujeres enamoradas de un mismo hombre, tan enamoradas que aceptaban que este tipo pudiera amarlas a ambas (y a sus hijos con cada una) por igual. No se odiaban entre ellas, y eso era un montón. Si fue un triunfo del machismo en la reificación de las mujeres como propiedad valiéndose del amor romántico, o alguna forma micropolítica de resistencia, de fuga, al número dos, no te lo sabría decir, pero estaba claro que Juan Guerrero (Francella) era un canillita, un tipo de clase media como cualquier otro bigotudo de jeans y una chomba lisa, mientras que Delfina Taylor Monti era finísima, una fina entre las finas, única en su género, pura excepcionalidad inclasificable. Bueno, no del todo, ya que en la suerte de escala de Kinsey que me había inventado a los diez años para archivar mujeronas, podía ubicar a Florencia Raggi entre Gabriela Sabattini y Cris Miró.

En serio, la nona tenía un revistero y yo jugaba a ordenar, agrupar y reagrupar las tapas de las *Para Ti* según distintos criterios: de

cortas a largas, de rubias a morochas, de lacias a rizadas, por parecidos, por color de labios o de ojos o de blusas.

¿Creés que debería disculparme por haber divulgado las cartas?, ¿te afecta en algo, te condiciona u ofende? Eran mías, viste lo que dicen, que las penas de amor son penas de amor propio y que las cartas son más de quien las escribe que de quien las recibe. No sé, entiendo que tal vez te expuse al exponerme, pero tampoco quiero quedar como la *bunny boiler* de esta historia... aparte... tus silencios musicalizados con el aria de *Madame Butterfly*, ¿qué, no cuentan, Dan Gallagher? Ay Ernesto, Erni: *Encarnación*. ¿Viste esa película con Silvia Pérez? Es maravillosa —¿ya habíamos hablado de esto?—, esa figuración marica tan acertada y precisa. Esa tía imposible y posibilitante a la vez, incluso para tus investigaciones, para esa temporalidad que te ocupa: una feminidad encarnada entre los antiguos homosexuales y los jóvenes gays. El eslabón perdido, el de lujo. Como una continuación de *El mago de Oz*, una vuelta más de rosca: cuando Dorita descubre que no hay oro al final de ese arcoíris y que ni el trabajo ni el hogar son destino para ninguna, por más peronistas que pretendamos ser. Sí, estoy casi segura de que ya lo hablamos, pero si no la viste, por favor, vela. Y vení a festejar mis quince, robame un novio, arrasá con el pueblito, enseñame cómo. Se mi tía, que pasa el tiempo y no me canso de pedírtelo: dejame usar tu baño, por favor. Ya... Ahí voy, estoy juntando coraje y terminando el teriyaki. Divago. La lluvia tampoco cesa, pero ahí voy...

Fue para esta misma fecha, en abril, ponele, un sábado por la tardecita. Sasha se había escapado al mediodía cuando volvíamos de la feria, el señor Uehara me telefoneó para avisarme que estaba con él y con su madre. Me invitó a la casa, le propuse ver *Diana*, con Naomi Watts —mirá cómo hace sentido todo— y me dijo que justo esa noche no podía porque era su aniversario con el policía, pero que fuese un rato, así le hacía compañía mientras él cocinaba para celebrar. ¿Te acordás del novio policía, retirado, con la esposa con cáncer, que trabajaba como sereno en un centro comunitario y a quien el japonés tenía loco porque iba y le montaba escenografías con los elementos de

rehabilitación de los jubilados y las colchonetas de los pibes que hacen artes marciales, y manejaba el tablero de luces y todo el teje ese? Bueno, cumplían dos o tres años y tenían cita programada. Acepté enseguida y allá fui, con mis cartones y papeles a cuestas. Uehara había armado la *mise en place* en el tablón grande, lo había dividido en dos: tres cuartas partes para lo dulce y una para lo salado. A mí me había reservado la mesa redonda de la cocina. Verlo era un placer; la mesa organizada, una obra de arte que arrasaría en cualquier salón contemporáneo. Él, un *performer* soberbio. Cuando llegué, andaba con su cuadernito verde de acá para allá, pasando onzas a gramos y pesando todo en una balancita, porque la pastelería tenía que ser exacta. Nunca lo había visto tan concentrado y divertido, y mirá que lo vi cocinar muchas veces, y tallar maderas, y hacer origami, y armar ramos de flores protocolares, y preparar tintas con gotero, y doblar y encastrar prendas difícilísimas para que entren en la valija de mano de la señora Tsuru, pero esto era algo de otro mundo. Sonaba un álbum instrumental rarísimo, jazz de Etiopía o algo así: hipnótico. Me acuerdo que compartimos largos silencios, yo diseñaba las tapas del epistolario y el hacía simultáneamente una cazuela de pato confitado y una tarta de San Honorato. Francesísimo, más francés que los franceses; y la cantidad de pasos que llevaba eso, y los detalles a tener en cuenta: que la temperatura de los ingredientes y la de los recipientes, que el color, que el arom... Me caigo de orto, estoy shockeada. Creo que acaba de entrar Joan Báez, empapada, y que me sonrió, y creo que afuera, bajo el toldito, la esperaban dos personas más: tomadas del brazo La Tana Rinaldi y Jean-Louis Aubert, te juro que son ellas. De la Aubert todavía puedo dudar, pero de La Tana y Joan Báez, no.

Las vieras como las estoy viendo marcharse, las tres mojaditas, riendo y cuchicheando como amigas adolescentes que salieron al patio en el recreo. Las bastardas del curso, las reinas de la costa: *mierda*, *sorete* y *bosta*, así nos decían en el ambiente cuando salíamos montadas con La Mercuria y La Lucas. Claro que en Francia lo escatológico goza de otro estatus, si hasta hace un par de años caían heces del cielo en Saint-Pandelon y los vecinos de la zona auguraban

el apocalipsis. ¿Cuántas vidas en una vida?, ¿de qué final te estoy hablando? Cuando se estaban yendo saludé como un boludo, con las dos manos, alguien más se animó y saludó también. Desde afuera nos devolvieron el saludito, y fue tan grande la emoción que en un raptó de coraje quise pararme y encender la cámara del celular, pero La Tana me frenó con un gesto severo de brujita de gulubú, como diciendo: “Ni se te ocurra”.

Ay, Ernesto, quedé patitiesa, exhausta. El corazón me late fuerte. Vos sabés que yo sentí una presencia de señor entrecano, de loca vieja, una masculinidad de bruja, *la délicatesse d'un illusionniste*, qué sé yo, un aura —suena patético, lo sé, perdón, pero no puedo hacer como si nada— y pensé que mi galanazo había llegado, y sorbí té chai y concentré todos mis esfuerzos en ese instante y, como te prometí que pasaría: brillé. Arqueé una ceja, todavía enfocado en este cuaderno en el que te estoy escribiendo, me llevé el último bocado de magdalena a la boca, chupándome sensualmente una miguita del dedo índice. Después, levanté la vista, como perdida, haciendo un barrido rápido del lugar... y ahí di el gran salto, le arrojé una mirada fulminante, de telenovela, de esas casuales que en cámara lenta se convierten en una epifanía. Nuestros ojos se encontraron, se reconocieron, pero primero lo primero: primero la nariz, como Florencia Raggi —como Diana Spencer— y después el resto del cuerpo. Creo que el *acting* la impactó, y como ella misma se ha hartado de cantar, la vida fue eterna en cinco minutos. El perfume inconfundible: *Le Jardin de Monsieur Li*, de *Hermès*. Qué privilegio, qué belleza. Hasta eso, hasta el perfume viene a perfeccionar la historia. Todo cierra redondito, todo se abre cóncavo. ¿Qué flores brotarán de la tumba de Joan Báez? Qué regalo precioso, lloro como un niño.

Listo, no puedo estirarlo mucho más, estoy hipando. Incómodo. Vuelvo: mientras el señor Uehara armaba su torre de profiteroles sobre hojaldre, yo le hablaba ininterrumpidamente de la telenovela y de mi infancia. Él se reía sin dejar de hacer lo que estaba haciendo. Me senté en una banqueta alta junto al mesón, la señora Tsuru iba y venía a servirse un vasito de agua a cada rato y, en cada pasada, como

ella también la había visto, aportaba nueva data y algunas reflexiones breves. No quiso quedarse en la cocina con nosotros cuando se lo ofrecí, pero me dejó muy en claro que quería poder ir y venir todas las veces que se le ocurriese por su casa sin que la anduviéramos invitando a permanecer a nuestro lado, que en Japón eso era mala educación y eructar, un signo de gratitud. Me pareció entendible, aunque, según su hijo, lo hacía para que la correntada de aire le malograra la masa. Hablamos de los López Quintana, los Bertier, los Cassariego, los Bonavento, de todo ese universo de intrigas palaciegas que Lecouna decidió armar aprovechando el fulgor que la televisión del funeral de Diana había encendido en la audiencia. De Laport vistiendo Christian Dior y Corrado vistiendo Christian Lacroix, de los vestidos de Benito Fernández y Silvia Pesci, de las torpezas en los arreglos florales. Para la señora Tsuru, los chongos, Federico y Máximo, representaban a los hijos, Guillermo y Enrique, lo que tiene mucho sentido porque del príncipe Carlos y de Dodi Al-Fayed no tenían nada. Repasamos escenas; tarareamos *Te coronó*, el tema que interpretaba Mauricio Guirao poniendo una vocecita rasposa como la de Banana Pueyrredón o Sergio Dalma en las primeras estrofas, y haciéndola estallar en el estribillo cuando se revelaba su vozarrón de tenor; hablamos del majestuoso prendedor de brillantes con el que se asesinó a varios personajes, de los paseos en yate, de la belleza incuestionable de Ginette Reynal y, entremientras, fui testigo del guisado que burbujeaba y de la torre que se levantaba cubierta de nata sobre nosotras.

Por supuesto, le dedicamos una hora entera a quien guardara todos los secretos de la historia, la más influyente de las aristócratas: La condesa Regina de Valladares, una tía feroz en esa familia de madres ausentes y de padres blandos. Sin lugar a dudas, Susana Campos logró dar vida a la más enigmática y mejor resuelta hermana-de-la-otra de la historia de las telenovelas. Compitiendo a la par con la Asunción Olazábal, que interpretó Luisa Kuliok para *Más allá del horizonte*, pero con la virtud —ya iba siendo hora de reconocer en la maldad, virtud— de que esta tía era malísima, una

villana sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa para lograr su cometido y aun con todo o —justamente, por todo eso— la queríamos con vida. Algo pasó en la mirada de la teleaudiencia que le fue imposible no enamorarse de tamaña villana. Imaginate si no éramos la prueba de ello, el niño maricón sin baño coincidiendo con la gori-lona japonesa. Y es que ese regalo nos fue dado a todas, porque en el último capítulo —tras ser descubierta, confesar sus crímenes y prometer entregarse—, cuando los tres protagonistas se encontraban desayunando en la mansión, les anunciaban que camino a tribunales, había habido un accidente automovilístico y que el auto en el que trasladaban a Regina de Valladares se había estrellado e incendiado atravesando un túnel. Que el cadáver estaba completamente calcinado, pero que podían reconocerla porque sobrevivieron al fuego algunas joyas personales, especialmente el prendedor de brillantes. La pantalla se dividía en tres, el verdadero triángulo del amor: de un lado Máximo y Regina detenían el auto al costado de una ruta campestre para hacer el amor; al centro, un avión levantaba vuelo llevando a Federico a vacacionar al exterior; finalmente, en el tercer rectángulo, de la completa oscuridad surgía el rostro de Regina sonriendo vivaz. La japonesa suspiraba extasiada, el señor Uehara se apantallaba con el abanico dorado que tengo en el morral. Qué gloria, era la primera vez que no te extrañaba, que no necesitaba escribirte, ni contarte nada, estaba listo para volver a dormir a casa.

Cambiamos la música, salimos del jazz, pusimos *Seguir viviendo* de María Jiménez. La señora Tsuru agarró una revistita de sudokus, dio las buenas noches y se encerró en su cuarto. Uehara me pidió que lo esperase unos minutos, se sacó el delantal, se cambió la camisa, abrió la heladera, sacó dos latas de cerveza, aceitunas, leberwurst, un trozo de queso; de la alacena tomó maní y unas papitas fritas, una tira de pan y un Mantecol. Los contó con los dedos para no olvidarse de nada, metió todo en una bolsa de tela y ante mi cara de desconcierto explicó: “Ah, ¿esto? Es que a Raúl le para la pija el Mantecol”. Pero sabía bien que no era esa la explicación que yo estaba pidiendo. “Ah, ¿esto otro? —dijo señalando todo lo que había cocinado—, esto es

para vos, para quién más iba a ser, si entre el colesterol y la diabetes esta mujer sabe que no puede comer nada...". Me explicó un poco más: "Es un policía, un guardia de seguridad, cómo le voy a dar semejante comida. Cuando quiera cortarlo, a lo mejor, pero tampoco haría tanto esfuerzo. Es mi aniversario, yo quería cocinar para celebrar, pero eso qué tiene que ver con él. A él le compré una picada que sé que le gusta". Yo no paraba de llorar, ni de sonreírme. Me quedé a dormir ahí y creo que desde esa noche nunca más volví a sufrir por vos. La cena me hizo pensar que tal vez todas esas cartas que te escribí con tanto amor y que esperé que respondieras, amargado o dolido, simplemente no eran algo que pudieras digerir, y eso fue todo. Una torpeza mía, un plato de tallarines caseros ofrecidos a un celíaco. No sé. De verdad no quiero molestarte, nunca quise. Hoy, estos días, necesitaba escribirte, pero ya no necesito que me leas. Nunca más. Al poco tiempo de esa cena, el señor Uehara murió. Estábamos a punto de mudarnos juntos, de reabrir la florería familiar, me tocó ocuparme de algunos trámites, de vaciar su casa, de avisarle a la policía, al policía... pero no es una historia que quiera contar ahora, en lo absoluto.

Además del abanico, tengo en el morral un poco de sus cenizas. Marta, ese es el nombre cristiano de la señora Tsuru, decidió arrojar una parte en Claromecó, porque allí tiene familia y, como su hijo no iba a visitarlos seguido, lo consideró una forma de resarcimiento. También me pidió que le entregara otra parte a Raúl, si lo conocía, porque ella no pensaba conocerlo y cuando se enteró de que me venía de viaje me dijo que su hijo siempre había querido conocer París, pero que por llevarle la contra, para mortificarla, nunca había aceptado que le pagara los pasajes, aunque conmigo seguro hubiese querido viajar y no sé qué más. Me dio otro tanto de cenizas y nuevas órdenes.

¡Ay, esos amores que nos dejaron chupando las paredes! Desconozco cuántas cenizas más le puedan llegar a quedar, pero no creo que el asunto vaya a terminarse acá. Me encargó otras cosas que necesita del *free shop*, le faltó decirme que con el vuelto me compre unos chicles. Me tiene de muchacho de los mandados, nos queremos. Cómo no querernos, a estas alturas. Nunca le di las cenizas a Raúl,

Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres

supongo que porque es policía, guardia de seguridad y todo lo que ya sabés. Se las voy a dar a quien sí las pueda recibir, a su primer amor. Entre los kilos y kilos de papeles del señor Uehara estaba el nombre del tipo que acaba de sentarse frente a mí.

*Je reprendrai la route, le monde m'émerveille,
j'irai me réchauffer à un autre soleil.*

En el afecto y en primavera,
ahora que paró la lluvia.

J. M. B.

TIGRA

Alejandra Ruth Toronchik



Alejandra Toronchik es porteña y, desde muy chica, trabajó como periodista y editora en distintos medios gráficos, radiales y televisivos (*Clarín*, *Tiempo Argentino*, *Superhumor*, Canal 7, entre otros); además, incursionó en la televisión y el cine como camarógrafa y productora (Televisa, Gea cinematográfica, etc.). Después de dieciocho años en el diario *Clarín*, decidió que ya era tiempo de ser feliz y desde hace unos años se dedica a la dramaturgia y la narrativa y a dar talleres de escritura.

El otro día llamé al amor de mi vida por teléfono. Llamé y corté. Desde la puerta de casa. Fui con la excusa de regar las macetas, sin que nadie me diga nada. Marqué despacito y corté rápido. Me gusta eso de lo rápido y lo lento, como cuando te enamoras así, fuerte, como si fuera un dolor que te ataca rápido y que te va matando despacito, y para siempre. Igual que decir “él es el amor de mi vida”, que también es para siempre. Que no va a cambiar. Aunque llames cien veces y cortes. Aunque del otro lado atiendan el teléfono, sabiendo que estás ahí, y no te hablen y vos no hables y te quedes con el teléfono en la mano y el otro también, como un animal acechando. Me gusta esa frase de la tele cuando dicen “un animal acechando”: uno que te muerde el cuello y te tumba contra el suelo, y te come el corazón y todo lo demás que tengas adentro.

Ayer llamé también. Llamo todos los días. Llamo y corto. Apenas escucho su voz en el teléfono y es como si se me llenaran los oídos de algo, como si se me taparan las orejas y tengo que cortar. Tengo que apagar el teléfono. Lo dejo en el bolsillo de atrás del jean mientras apuro dos pasitos y ya estoy en la esquina. Camino hasta la avenida, por las dudas. Voy tomando velocidad porque sé que tengo las mejillas rojas y me transpira la nuca. El tiempo justo, camino. Cruzo la calle y ahí es cuando se me pasa el temblor, y me alegro de nuevo de que no haya muerto. De verdad me alegro.

Tengo que cumplir el recorrido: dar vuelta a la manzana, cruzar, pasar por el kiosco, saludar con la mano y doblar a la derecha. Entonces, ahí, típico que me agarra la loca: me parece que me fui demasiado, que estoy lejos, que un poco más y me pierdo para siempre, justo como el amor, que es para siempre. Entonces, corro. Corro como el bambi del documental, pero me imagino tigre. Corro, y me salen unas garras de felina salvaje que corre por la selva, en cámara lenta como *en Maravillas de la vida silvestre*. Corro y siento el pelo golpeándome sobre los hombros y cruzo la calle, salto y ¡pam! Estoy en casa. De vuelta. Entonces, abro la puerta, entro por el pasillo y grito, sintiendo mi corazón de tigra salvaje:

—¡Listo! ¡Ya regué todo!

—¿No escuchaste el teléfono? —me dice él, levantándose de la siesta con el cinturón desabrochado, el cinturón de hebilla puntuda, color plata—. El mismo idiota que llama y corta todas las tardes. Y yo me hago la sorda y entro directo a la cocina, preparo el mate para llevárselo antes de que se enoje y pongo una cucharadita de raticida con el azúcar.

Mañana llamo de vuelta.

TREN

Silvana Noemí Liello



Silvana Liello nació en San Fernando, provincia de Buenos Aires. Estudió en el Colegio Nacional de Vicente López. Administra una pyme desde hace años. Participó en los talleres literarios de Marcelo Caruso, José María Brindisi y Mariana Docampo. Publicó textos en la revista digital *Escritores del Mundo* y poemas en el espacio *@metapoesías* de Daniel Rafalovich. En el año 2016 los cuentos “La Santa” y “Subir una escalera” fueron seleccionados para formar parte de la antología *Huellas digitales* (Outsider). En la actualidad forma parte del proyecto literario *Huella Botánica*, dirigido por Fernando Form.

El tren está detenido sobre un puente. Se detuvo a la tarde, temprano, después de la siesta. Alguien dijo algo sobre un desperfecto y un repuesto que debía llegar de la ciudad. Ignoro qué ciudad. Ignoro también el nombre del río que pasa debajo del puente. Intento un nombre: río Negro. Te pregunto si ese es el nombre del río. Vos te encogés de hombros. A mí me cuesta creer que vos no sepas algo. Nos reímos. Muchas cosas nos causan gracia. Ignorar el nombre del río es una más de esas cosas. Sobre todo el nombre de un río que estudiamos en la escuela y vos fuiste promedio de cuadro de honor.

Estamos sentados en los escalones del vagón. Tomamos cerveza. Tenemos una latita cada uno y no es la primera. Hablamos con seriedad de cosas tontas, y de cosas importantes como si no lo fueran (tu casamiento, tu ida al sur, el nacimiento de tu hijo).

No entiendo bien qué fue lo que motivó tu repentino viaje a Buenos Aires (un lío con los documentos, creo) pero todavía lo estoy disfrutando. Lo que sea: me acuerdo que abrí la puerta y eras vos, llovía y tenías el pelo mojado. Me dijiste: llamé a tu vieja y me dio la dirección. Te hice pasar. Me pediste una toalla y hablamos de los escasos metros cuadrados del monoambiente que alquilo y de mi mal gusto en temas de decoración. Me encontraste algo más flaco: se nota que vivís solo, Alejandro. El comentario me causó gracia. Pero sobre todo me gustó escuchar mi nombre al final de la frase. Ese Alejandro en tu voz, impregnada ahora de una masculinidad nueva. Escuchamos

discos viejos y tomamos vino (un malbec que me trajiste de regalo). Después me hiciste levantar la persiana para ver la tormenta. Afuera el cielo se partía con cada relámpago y las letras del cartel luminoso del hotel de al lado se reflejaban en la cama y la pared. Terminamos cogiendo sin nombrar lo que hacíamos, como cuando éramos pendejos. Pienso que después de todo ese fue el último año de la dictadura y todavía había palabras que estaban desaparecidas.

Ahora encendés un cigarrillo. Me preguntás si me acuerdo de esa vez que salimos del colegio y fuimos hasta la costa. Decís: caminamos como cuarenta cuabras. Hay momentos que se me grabaron en la memoria con la terquedad de un fósil. Y ese es uno de mis preferidos. Te doy detalles: la cerveza de litro que habíamos comprado en un almacén antes de cruzar las vías muertas y después no sabíamos cómo abrir. Nos sentamos a ver el río en una zona de escombros, como restos de una demolición y vos terminaste destapando la botella con una de las llaves de tu casa. La noche era fría y oscura. No recuerdo haber visto la luna. Lo hicimos ahí, entre las piedras. Te digo esto y vos clavás los ojos en este otro río cuyo nombre desconocemos. Las luces del puente se reflejan en el agua. Pienso que diez años después de la dictadura todavía hay palabras que no han vuelto del exilio. También pienso que lo que no se nombra no existe.

Antes, durante la tarde, tomamos café viendo transcurrir la llanura como un incendio verde y quieto del otro lado de la ventanilla. Vos me preguntaste si todavía insistía en ser un mal poeta. Yo sonreí y te dije que sí, que iba a morir intentándolo y ese acto iba a ser el mejor verso de mi vida. Entonces fuiste vos quien se rió y me invitaste a cenar en el vagón comedor.

Ya es tarde (cerca de las diez) y el tren sigue quieto. Yo estoy feliz porque he vuelto a entrar en tu mirada después de mucho tiempo. Alguna vez, en un futuro no tan cercano, cuando yo sea capaz de expresar mejor mis sentimientos, te confesaré que en esos años de la escuela yo solía entrar en tu mirada como en una casa con las puertas abiertas, una casa siempre dispuesta a recibirme. Sin embargo, después de tu matrimonio yo sentí que esas puertas, por primera

vez, se habían cerrado. Ahora, en esta noche quieta, frente a un río cuyo nombre ignoramos, tus ojos vuelven a abrirse cada vez que me mirás y es como sentir la calidez del hogar después de haber pasado un tiempo a la intemperie. Estas cosas no te las digo. Ni siquiera soy capaz de traducirlas en palabras, es, más bien, una sensación que me invade despacio, como el efecto de la cerveza. Y hace que las cosas me lleguen de manera diferente y yo me sienta por encima de la realidad. Y la realidad tiene de pronto contornos suaves, y yo me muevo por ellos con la sutileza de un gato. Lo que va a pasar después, en un futuro (ahora sí) cercano, vos y yo, ya lo sabemos. No hablamos de eso. No. Pero lo sabemos. O lo intuimos.

Esta noche hablamos con fingida gravedad de cosas tontas y con cierta ligereza de cosas importantes y nos reímos porque estamos sentados en los escalones de un vagón tomando cerveza y tus ojos están tan abiertos y hay un río sin nombre donde se duplica el brillo de las luces y somos imprevisiblemente felices e inconscientes, como lo fuimos hace un par de noches en mi departamento. Pienso esto mientras terminás el cigarrillo y crece un rumor de voces y motores y el tren se pone nuevamente en movimiento.

Volvemos a nuestros asientos. Vos sacás algo de la valija que está arriba del portaequipaje. Yo miro por la ventana como pasan las luces y el río. Todavía tengo la latita en la mano. Ignoro qué habrás hecho con la tuya. Estoy por preguntártelo pero entonces vos hacés algo inesperado. Te ponés un buzo, te acomodás en el asiento, metés la cabeza en la capucha y la apoyás en mi hombro con una naturalidad que supera la sorpresa propia y ajena. Yo he dejado de mirar las luces y el río y contemplo tu perfil, tan cerca, enmarcado por el borde de la tela. El buzo es azul marino y tiene el escudo de una universidad norteamericana. Me distraen unas voces infantiles. Del otro lado del pasillo, dos chicos nos señalan y se ríen. Ocupan el asiento de la ventanilla y deben tener dos y siete años. Algo les causa gracia. Tal vez tu aspecto de duende vencido. La madre intenta calmarlos. El mayor susurra un secreto en la oreja del hermano. Algo que el pequeño repite en su media lengua. La madre los reta ahora con mayor firmeza y me

mira, como intentando una disculpa. La mujer es joven y tiene los ojos tristes. Yo sonrío como si nada, esta noche, tuviera importancia.

La gente se ha reacomodado en los asientos y el vagón va entrando en una lenta y prolongada calma nocturna. Vos dormís, o al menos mantenés los ojos cerrados. Siento un poco de frío, pienso en la campera que dejé en el portaequipaje pero no quiero moverme para no despertarte. Vuelvo a mirar por la ventana. Afuera todo es oscuridad y silencio. Pienso: es un pozo de sombras la noche.

También pienso en lo que pasó en mi departamento. Llovió hasta la madrugada. Cuando nos despertamos, a la mañana siguiente, todo estaba mojado y brillante. Después de desayunar fuimos al Botánico. Paseamos por senderos cubiertos por piedritas naranjas. Nos movíamos como sombras entre las plantas. Recuerdo, sobre todo, las formas de las estatuas, emergiendo como imágenes oníricas desde la clorofila. El grito mudo y estático del mármol cagado por los pájaros entre las hojas. Había algo siniestro y hermoso en esa combinación espectral. Algo que hace que permanezca inalterable en mi mente. Hay cierto tipo de horror que puede llegar a ser bello. Algo que nunca alcanzará la simpleza de lo lindo. Hace falta la profanación de lo sucio, de lo maldito, para elevarlo. Ese momento del Botánico tiene eso, por eso es especial: breves expresiones artísticas en un espacio restringido y selvático, en medio de la ciudad. Me parece que el amor necesita también de esa síntesis que lo salve de sí mismo y de la tonta alegría de los amantes. Todo esto lo siento, más bien, como una agitación que no sobrepasa los límites de mi cuerpo, una combustión interna, en la que se alternan imágenes y sensaciones, sin que nunca se logre formar una sola palabra que sea capaz de nombrarla. Todavía soy muy joven para eso. No tanto como cuando nos rateábamos del colegio. Pero aún no llegamos a los treinta y va a ser necesario que pasen algunos años antes de que yo pueda, un día, entender esto que ahora siento como un movimiento interno, mudo e incesante, mientras miro el reflejo quieto de mi cara en el vidrio.

Abro los ojos. No sé cuánto dormí. Todavía tengo la latita de cerveza en la mano, a punto de caerse. La dejo debajo del asiento. Todo

está oscuro y silencioso. Ha refrescado bastante y siento ganas de ir al baño. Vos te diste vuelta, me das la espalda ahora. Tenés las piernas dobladas sobre el asiento, en una posición casi fetal. Esto hace que pueda levantarme y salir al pasillo sin tocarlo.

Saco la campera del portaequipaje y me la pongo.

Cuando me acostumbro a la penumbra del vagón puedo distinguir los bultos de los pasajeros sobre los respaldos reclinados, todos quietos y callados. Algunos tumbados sobre bolsos y paquetes. Camino. Abro la puerta y paso a otro vagón. Y es como entrar al mismo, la escena se repite: silencio y quietud. Sin embargo, alguien siempre se mueve. Tose o ronca. Y esos sonidos nocturnos solo sirven para reafirmar el traqueteo del tren, que crece como un tipo nuevo de silencio apelmazado por los vahos que expelen los cuerpos en reposo. Antes de dejar el último vagón escucho un rumor de ropas y el sonido característico de un cierre que se sube. Luego, tal vez, pasos, pero muy leves, siempre detrás de mí. No me detengo. Tampoco me doy vuelta. Sigo. Ahora no escucho nada. Paso frente a los camarotes y llego al baño. El frío es cada vez más intenso.

Cuando estoy en el baño alguien intenta abrir la puerta. Salgo y me encuentro de frente con un pibe de unos dieciséis o dieciocho años. Es muy flaco y alto. Tiene una campera de colores vivos, de esas que se usan para esquiar, y el pelo atado. Nos miramos unos segundos. Creo que tiene ojos verdes. Él se turba, después de todo es un chico, y me dice: perdone señor. Yo me hago a un lado y camino por el pasillo de vuelta hacia los camarotes. Sé que él se ha quedado en la entrada del baño. Siento sus ojos en mi espalda. Podría volver. Perdone señor. Sonrío. Pienso que debo tener diez años más que él. Pero, sobre todo, pienso en vos, que estas durmiendo en posición fetal, en el asiento reclinado del vagón.

Vi tu cuerpo contaminado por el resplandor verde, tirado entre las sábanas, desnudo como un alarido. Frágil y expuesto. Tu cuerpo por momentos naranja y de nuevo verde y otra vez naranja, según cambiaban las fases del neón. Era de madrugada y yo percibía que iba a dejar de llover en cualquier momento y el día se me iba a venir

encima como una cría hambrienta de luz. Antes de despedirnos paseamos por el Botánico. Todo estaba mojado. Me dijiste: quiero que vengas conmigo. Yo miraba las formas del mármol y sabía que no iba a poder negarme.

Ahora estamos en un tren y vos dormís a mi lado.

El tiempo y la distancia son una misma cosa a veces, y lo que parecía invencible se rinde de pronto y cae como un gigante abatido por una piedra en la frente. Deben ser más de las cuatro. Vos te movés. Buscas una posición más cómoda. Te ponés boca arriba y estirás las piernas. Yo volví del baño hace un momento y no puedo dejar de pensar.

El tren se mueve como un animal cansado entre las montañas. Un animal a punto de extinguirse. El vagón comedor está lleno. En la mesa paralela a la nuestra reconozco al chico que me encontré anoche en el baño. Está en compañía de una mujer mayor y otra más joven, como de su edad.

Estamos a menos de media hora del final del recorrido.

En una de las estaciones intermedias bajamos a tocar la nieve acumulada en el andén. Hacía mucho frío y el cielo estaba encapotado. Más temprano, hablamos del día de las pintadas en el frente del colegio. Vos me reprochaste mi falta de compromiso y yo tu costumbre de exponerte, de esa manera tan estúpida, ante cualquier tipo de autoridad.

El chico de la mesa de al lado habla y mueve las manos. De vez en cuando nos mira. Todos sus movimientos son delicados, pero no espontáneos, se puede seguir una sintaxis en la continuidad de los gestos. Todo su cuerpo habla para quien esté dispuesto a entender. Le dice mamá a la mujer mayor. Imagino que la joven debe ser la hermana. Los tres tienen un aire de familia.

El tren abandona la zona montañosa y de pronto aparece la plenitud del lago en la ventana. Del otro lado, a lo lejos, los altos picos nevados y al pie, el caserío, que se extiende en desorden, bordeando la costa. Hay gente que se amontona, con bolsos y paquetes, ante las puertas. Vos y yo permanecemos sentados. Tus ojos han adquirido una extraña profundidad.

El tren va deteniendo su marcha. La estación es una construcción de piedra y madera. En el rectángulo de la ventana aparece el andén y una rápida sucesión de puertas y ventanas con arcadas y carteles. También pasa una balanza y un reloj circular colgado de una viga. Nos detenemos. Hay una pizarra con horarios y tarifas y un pequeño altar con una virgen detrás de una reja. Entonces la veo, entre la gente que espera, ella, de pie, con el chico en brazos.

EL PATIO DE LOS ÁRBOLES

Carolina Biscayart



Carolina Biscayart nació en Mar del Plata y vive en la Patagonia desde 1985. A pesar de aquel viaje, siempre lleva consigo el mar y la literatura.

Es magíster en Matemática y trabaja en la Universidad Nacional del Comahue; también es astróloga y facilitadora en constelaciones familiares. Es autora de los libros de cuentos *Invenções* (Ediciones en Danza, 2008) y *El amor, solo una idea* (Ediciones del Dock, 2012), y de algunos libros de poesía: *La trama que sostiene los jardines* (EMB, 2016), *El inevitable trazo de las horas* (Ediciones en Danza, 2017) y *Un lugar para los huesos* (El suri porfiado, 2019).

Vi una mariposa que moría y resucitaba, que moría y resucitaba, así toda la noche, creo, todo el tiempo. Cuando creía que la había vencido ella volvía a abrir las alas, a vivir.

Marosa di Giorgio

Julia se había colgado en la habitación contigua. Horas antes comía vorazmente mandarinas a mi lado. Yo no quería abrir la puerta, no podía. Prefería como última imagen la de Julia escupiendo salvaje, semillas a la tierra. Si sigo acá, en un par de años veré este nuevo arbolito crecido, decía riendo, ¿mandarino se llama el árbol que da mandarinas? Comiendo esa fruta se veía indómita. A veces ella pertenecía a esa selva inexplorada, y otras, encajaba en las formas con toda obediencia. Suave, silenciosa y con una motricidad muy fina pese a la medicación. Le gustaba dibujar. Los dibujos eran proporcionados, con mucho detalle. Luego volvía a su costado salvaje. Lanzaba colores intensos sin respetar las líneas del dibujo. Lo hacía sentada en el banco de hierro de espaldas al edificio ya grisáceo, de ventanas chicas y enrejadas. Rejas para no escapar, para no saltar. Ella igual se escapó, colgándose con dos mitades de sábana, con nudos perfectos que solo sus manos habilidosas podían hacer. Escapó o se fue, o se murió realmente. En el momento que comía mandarinas seguramente ya tenía esa opción en la cabeza. Cuánto tiempo lleva cortar una sábana, hacer nudos, apilar muebles para trepar hasta casi el techo. ¿Sería por esa idea que estaba más animada?

Afuera de la habitación se escuchaban ruidos, algunas voces. La noticia me la dio mi compañero de cuarto sin ningún tipo de emoción. Mientras lo decía, se prendía el último botón de la camisa. No era un

tipo agradable, ni cuerdo; claramente nadie lo era ahí, por qué iba a creerle. Se oían pasos apurados en el pasillo, iban y venían.

Una piedra se me había instalado en la garganta, y sin dominar el cuerpo, comencé a balancearme sobre la punta de mis pies, acunándome. Cuando reaccioné, corrí y me pegué a la ventana para oír solamente los bocinazos que venían de la calle, y en ese ruido, recordar lo que viniera de Julia en el sopor del momento. Y así su presencia llegaba a mí como un vaho, como un sueño. Caminaba en círculos en el patio y pronunciaba algo, como un mantra. Es para no pensar, me dijo cuando le pregunté por lo que hacía. Recuerdo que miré alrededor para saber si alguien más estaba viendo, tal vez sea desacertado, pensé, y no recuerdo cómo se lo dije. Ese tipo de expresiones retienen a las personas acá por más tiempo. Sí, recuerdo haber dicho, que para que no se le atribuyera a un gesto mayor locura en ese lugar, el gesto correcto era la quietud. El mayor autocontrol se evidenciaba en la inmovilidad. Nadie me retiene ni de este lado ni del otro, dijo Julia, solo quiero librarme de las horas. Me olvidé de mí y le pregunté si podía acompañarla caminando en círculos y me respondió que no, que quería caminar sola. Si querés nos sentamos un rato acá, en el pasto, dijo.

Yo entendía claramente lo que decía sobre las horas, pero admiraba su movimiento; yo soy torpe y por momentos rígido. Ese andar circular ahí, donde estábamos, era como un baile. Yo me percibía atado, sentía mis pies enterrados como raíces, pero no era un árbol; lejos de eso, yo era un poste.

Nunca supe qué fue, ni qué nombre tenía, lo que llevó a Julia a ese lugar. Lo que sí sabía es que aquel despliegue cotidiano en el patio era un ritual que yo no me animaba a interrumpir, porque cuando dejaba de andar, se le ensombrecía la cara. Lo mío siempre habían sido adicciones. Sabía que todo estaba mal, que moriría si seguía, pero que no había vida si no entraba en esos lapsos adormecido, subiendo feliz, en medio de imágenes. De otro modo no había imágenes. Ninguna.

Un poste sin ningún movimiento era yo hasta que vi a Julia dibujando círculos con sus pasos, en su acto diario de salvación, mientras

recordaba a mi perra, la que abrazaba de chico, y se dejaba, moviéndole la cola a mi intento de amor, para después, rebalsando de nervios, trazar otros círculos así, pero mucho más rápidos, que dejaban una zanja marcada en la tierra. Una zanja donde nunca habría jardín.

Julia me llevaba a la niñez atada a mi perra. Me deslumbraba su pelo rojo, sus pecas y sus ojos redondos que casi siempre mantenía cerrados y en los que, cuando los abría, yo entraba calmo, como si entrara en una playa inventada y solitaria, lejos de la mirada del mundo. Ella era una imagen, y yo empezaba mi metamorfosis, y dejaba de ser poste para sentirme un poco árbol. Siete meses habían pasado y una imagen por fin llegaba a mi cabeza, una imagen real. Sí, la estaba viendo dando vueltas cerca del banco del patio, y me dejaba ser parte de los momentos en los que ella aquietaba su cuerpo y parecía perder el miedo.

Las conversaciones sobre tratamientos, sobre cómo habíamos llegado a ese lugar, sobre el pasado, eran un fracaso. Esta vez sentía que todo debía ser distinto, que nada llegaría por el lado normal. Elegí preguntarle por los pájaros, ¿preferís ese o ese?, dije señalando a un gorrión y a una calandria. Ella apunto al gorrión, le pregunté por qué. Porque también sobrevuelan la noche, contestó, y hablan más bajo. ¿Hablan?, murmuré y me dio risa. Ella también se rió, para mí todos hablan, insistió encendida. Sus mejillas ostentaban aún más pecas, tomaban color, y sus manos habían atrapado varios tréboles entre la hierba. ¿Y vos?, me preguntó. Para qué hago preguntas de las que no sé la respuesta, pensé. Me da igual, dije, son pájaros, pero sentí que vos sabías más que yo de los pájaros, continué. No, no sé, dijo Julia, solo creo. Y lo que creo no me sirve de mucho, dijo bajando la mirada. Luego buscó mis ojos, los que yo intentaba correr del centro. Intentaba sin poder. Ahí dio justo con su mirada, y me quedé callado, aturdido. Ninguna transfusión sanguínea de tantas había logrado mejorar mi bienestar hasta ese punto.

Por esos días, ya no podía dormir. Había tomado todas las pastillas permitidas para el caso, pero sin resultado. Esperaba la hora de salir al patio, al jardín. La esperaba repasando letras de canciones, las

rockeaba mal y triste, me faltaban frases enteras, se habían borrado. ¿Cuánto se habría eliminado sin aviso de las líneas de la mente? Quería buscar las letras, leerlas otra vez, pero a esas horas no se podía usar internet. Yo no cantaba. Recitaba, y respiraba como parte de una composición trágica.

Llovía mucho. Salí de mi habitación y fui al salón. No encontré a Julia. Estaba débil, no tenía fuerza física pero continuaba bien despierto, desde hacía ya más de veintisiete horas y todos sus minutos. Jugué a las cartas, a la canasta, que no era complicado, pero jugar era como haber culminado un descubrimiento científico. Mi cabeza estallaba, pensar una jugada era demasiado. Sentía que una forma del viento que era mi vida, subía y subía sin detenerse, como un huracán, y que en unos minutos más, mi cuerpo desconectado caería como plomo al piso. Justo cuando pensaba que tal vez eso era bueno, me acerqué a la ventana y la vi. Julia empapada daba sus vueltas circulares, sin tréboles ni pájaros, rompiendo en figura el frío de la mañana. El agua la hacía más menuda. Ella, lejos de toda ley de gravedad, no cambiaba su postura ni el ritmo de su paso pese al clima. Su cuerpo liviano se movía rápido, huía de todo. Huía en círculos.

Salí y me senté a mirarla. Te vas a mojar, me dijo, y además me desconcentrás. ¿Me voy?, le pregunté. Eso es tema tuyo, me dijo, que yo me desconcentre es tema mío. Esa mañana hablamos de sapos y de charcos, de la película *Magnolia* donde miles de sapos caen del cielo, y cuando uno se abre a esa posibilidad, llega el destino de sapos reventados en el piso a dar la alerta. Contamos muchas historias de lluvia, éramos chicos en esas historias, pero se nos hizo bonito recordar, tanto que la lluvia fue como una manta.

Nos llamaron, teníamos que entrar. Mientras caminábamos hacia la puerta con el enfermero delante, seguramente harto de tantos como nosotros, en un impulso la besé. Ella no alcanzó a asustarse, pero corrió un poco la cara. Besé una parte de sus labios y su mejilla. Me vino entero su olor a fruta. Ella tenía olor a verano en plena lluvia de mayo. Julia, extrañada, caminó hacia su cuarto. Me miró antes de irse, me miró bien.

Yo no podía conmigo. Ella salió de la habitación, seca, vestida de blanco. Yo seguía con mi vestuario de poste mojado. Ella se quedó sentada en un sillón mirando el jardín. Ahora, fuera de sus círculos, estaba pensando quién sabe qué. No reparó en mí, no reparó en nadie, pero yo sabía que podía interrumpirla. Sin embargo, no lo hice. Me guardé su imagen, una imagen que me comía por dentro como un ácido dulce.

En aquel lugar los grupos éramos poco entusiastas, tratábamos de vivir jugando juegos que siempre detestamos, simplemente debíamos hacer algo más que solo nada. Tomábamos la merienda como niños después de la escuela. Siempre en algún costado, una escena descontrolada que el personal atendía. Mirábamos impávidos como si se tratara de una película. Gritos, patadas, sostener en el piso apretando brazos y piernas, alguien aproximándose con una jeringa. Queríamos no ser el próximo. Nos escindíamos de la rebeldía que traíamos, de manifestar nuestra insanía. La escondíamos, aunque estuviese a la vista, aunque no entendiéramos cuál era el sentido de transcurrir, aunque no supiéramos qué era lo que está mal ni qué era el bien.

Yo extrañaba la guardilla, ese olor ácido metálico mezclado con vómito. Extrañaba los ojos de los entenados que nos mirábamos cómplices, que nos sosteníamos en el lugar en que la vida no llegaba completa, llegaba mutilada.

Miraba las muñecas de Julia. Escarbadadas varias veces. Eran surcos a cuchillo. Sus hermosas cicatrices me atraían. Me atraía el mundo oscuro que estaba mirando, bajo la luz reticente del sol en el jardín, que sugería caprichosa un arco iris todavía difuso, todavía irreal.

Julia me atraía tanto que prefería distraerme. Verla me hacía pensar en el afuera, en tomar cervezas en un bar, bajo lámparas apenas amarillas que hicieran brillar distinto su pelo y le dieran más permiso a su sonrisa. Cancelaba esos pensamientos de inmediato por peligrosos. Verla era verla. Sus hombros pequeños no estaban vencidos hacia adelante por la medicación, ni había en los músculos de su cara ese peso mórbido. Su piel se veía radiante. Parecía una muñeca de cera.

Ahora lloraba. Dejaba caer sus lágrimas sin pudor. No las secaba. Las lágrimas seguían sus gestos, su cuello, se metían en el escote. Yo

imaginaba mi lengua en el hilo de agüita salada. Pensar en mi lengua me agigantaba, no estaba tan perdido si tenía una lengua.

Dudaba demasiado en acercarme. Ella era un holograma y podía desaparecer en cualquier momento. ¿Por qué uno siente que se salva cuando salva a otro? Yo solo quería salvarla. No conocía su dolor, no sabía de la historia que jamás me contaría. En ese salvataje precioso me olvidaba de mí, al fin me olvidaba de mí. Eso es estar enamorado. Olvidarse de uno por completo, perderse en la armoniosa imperfección de alguien más. Julia era incompleta y bella.

Me quedé agazapado detrás de las mesas, sentado en el piso con la espalda apoyada en la pared; la pared tenía esa textura suave a la yema de los dedos que da la pintura al aceite. Ella se levantó, las lágrimas se secaban con el viento de los pasos. Respiró hondo y caminó hacia mí como si me hubiera visto durante todo ese tiempo. Muero por un cigarrillo, dijo. Yo sonreí, como si una droga nueva y benévola me corriera por la sangre. Eso no es tema difícil, dije, y me paré de un salto. Julia me siguió hasta la puerta del cuarto que estaba bajo vigilancia. Éramos peligrosos los unos para los otros en soledad, abrazábamos los mismos fantasmas, y nos entendíamos soberbiamente en nuestra destrucción.

Esperame abajo del árbol grande, le dije. El árbol grande no precisaba mayor descripción. Era una *sequoia* solitaria, erguida, majestuosa. Lo más lindo de la clínica. El falso símbolo heroico de esa extraña cruzada.

Cuando salí, ella estaba mirando los retazos de cielo bajo las ramas. Le di el cigarrillo ya encendido. Pitaba con ganas. Todo gesto en Julia era magnético para mí. La forma de soltar el humo, cómo mordía el lado interno de su dedo índice justo cerca de la uña, cómo arqueaba levemente su espalda hacia atrás cuando se relajaba.

No hace nada de frío, dijo, todos los días deberían ser así. Ser prudentes, no molestar la piel. Yo sentía que ella estaba en otro lugar, donde yo no estaba, pero intuí que me invitaba. Me acerqué, le saqué el pelo de la cara, la miré pidiéndole permiso. Ella no pidió ningún permiso. Hundió su nariz en mi cuello y me besó ahí. Luego me buscó

los labios, todo se volvía húmedo y tibio. Yo quería morir ahí, en ese mismo instante. Julia me separó, vos tenés algo que me interesa, dijo. Me interesa saber que alguien me mira, siguió. Te miro, murmuré, y volví a besarla. El tronco de la *sequoia* era capaz de ocultar todo deseo, toda desnudez, toda saciedad. Ese árbol era cómplice de las cosas vivas. Yo ya no existía, todo era ella, y estaba bien así.

Los días del árbol grande eran algunos, los días del mandarina eran otros. En esos días su hambre era desmesurada. Ahí hablamos del mar, de los leopardos, de hacer casitas con fósforos, jugábamos a decir palabras con a, imaginábamos que recorríamos Amsterdam en primavera.

Los otros días eran los de los círculos, mientras yo mantenía la distancia correcta a su tristeza. En ese pasto de tréboles escondidos, ella dibujaba en silencio. Todas las imágenes eran suyas.

Yo seguía en la habitación. Una mariposa golpeaba contra las paredes, se rompería si continuaba en esa inercia. Luego quedó un rato quieta sobre el marco de la ventana. Sus alas eran rojizas manchadas. ¿Qué hacía ahí una mariposa de color? Temía que mi deseo transformara una vulgar polilla en otra cosa. Luego se posó en mi boca, sentí un cosquilleo, no dejaba de ser un insecto de patas finas y dobladas. Pero la vi de cerca, muy de cerca, y sus alas eran ciertas. No iba a abrir la puerta, no, de ningún modo. Uno conoce a los desconocidos que ama. Los conoce profundamente como si hubieran compartido el mismo útero antes de mirar el mundo. Yo ya sentía un movimiento leve, una pena de fin de otoño, un anuncio lejano de hojas verdes. Me había convertido en un árbol más.

LA AMISTAD

Héctor Facundo D'Onofrio



Facundo D'Onofrio nació en 1990 en Buenos Aires. Publicó dos libros de poesía y escribió un libro de cuentos aún inédito. Cree —y por eso escribe— que hasta lo más horrendo puede ser dicho bellamente.

*B*usco chicos bien flaquitos. Raquíuticos. Que las costillas se parezcan a las patas de una araña. Entre 18 y 22 años. A lo sumo, 23.

Apenas leí eso, le di súper corazón. Hacía solo una semana que usaba Tinder, pero ya me había aburrido de las típicas fotos con un mar caribeño de fondo o a la sombra de la Torre Eiffel, y de las descripciones banales y descontracturadas. Con el súper corazón, me aseguraba que a ella le llegara mi interés y que tuviera, al menos, la curiosidad de devolvérmelo. Si bien yo tenía treinta y pico y algo de panza, y claramente no entraba en su target, el súper corazón era un buen señuelo: ¿por qué le daría súper corazón a un perfil que manifiestamente indicaba que buscaba chicos de edades y características que yo no tenía?

El perfil de Vanina tenía una única foto que dejaba entrever el costado derecho de su rostro detrás de una nebulosa de humo de cigarrillo. Su piel pálida, su nariz grande, el pelo negro en rodete, un aro pequeño en su oreja. Jean y remera negra con volados. Decía tener cuarenta y cinco años. No fue nada de eso lo que me llamó la atención sino la suerte de anuncio que había escrito en su descripción: su búsqueda de jóvenes raquíuticos. Me pareció algo oscuro, distinto.

Tardó exactamente dos horas en devolverme el corazón: hicimos *match*. Tardé yo, después, quince minutos en pensar un saludo para no echar a perder el señuelo que había, hasta ahí, funcionado bien. Fui

sincero a medias: le dije que tenía treinta años y que no era para nada raquítrico sino promedio. Pero en vez de decirle que me había intrigado su perfil por lo que ella buscaba, opté por decirle que buscábamos lo mismo: chicos bien flaquitos, raquítricos, de dieciocho a veintidós. Es más, le dije que había conseguido varios por ese medio.

Tardó dos días en responderme. A esa altura, yo pensaba que había fallado en el intento de intrigarla. Pero no. Me respondió escribiendo bien. Respetando la puntuación, la ortografía, cierta estética. Me dijo que estaba casada. Que no tenía ningún otro interés en las redes sociales más que el de sacarse cada tanto las ganas de eso que alguna vez fue fantasía y que luego comprendió como fetiche, como mimo, como escape: chicos raquítricos, de dieciocho a veintidós, para montárselos. Subirse encima hasta sentir que los quiebra a la mitad. Las costillas puntiagudas debajo de sus piernas, de su cola. Y nada más.

Me dijo que, si ambos queríamos lo mismo, podíamos hacer un pacto, un negocio: conseguirnos mutuamente el material. A ella no le gustaba repetir. Si bien tenía dos o tres muchachos con los que se había visto algunas veces, no quería que la asiduidad rompiera el anonimato, la discreción. Prefería la novedad, aunque confesaba lo dificultoso que le resultaba encontrar muchachos con esas características.

Enseguida comenzamos a hablar de por qué nos gustaba lo que nos gustaba (es decir, lo que a ella le gustaba y yo hacía como que también). Su indagación en cómo cogía yo con esos muchachos me intrigó notoriamente. Ella buscaba el detalle. Y yo se lo proveía. Le decía que la sensación de un culito apretado casi sin cachetes y la posibilidad de sentir la silueta de mi pija moviéndose en sus panzas como un extra-terrestre o un bebé era todo lo que necesitaba para pasarla bien.

Cuando noté que ella también quería contar, le pregunté. Me contó que de chica era muy gorda y que casi no sentía sus huesos. Se apretaba la piel para encontrar el roce con algún ángulo, con el filo codal de su osamenta, pero no lo lograba. Todo era pura masa blanda, piel, grasa acumulada durante años. En el colegio se burlaban de ella. Enumeró, al decírmelo, catorce apodos. Confieso que, mientras me lo contaba, algunos de ellos me causaron gracia. En su fiesta de quince,

por ejemplo, encontró pegado sobre el espejo del baño de mujeres del salón de fiestas una cartulina con una imagen de un cepillo dental Colgate de cerda fina y al lado una foto suya con la inscripción *Colgate de cerda gruesa*. La pasó realmente muy mal. A los diecisiete tuvo su primera vez con un compañero dos años más chico que le rogó por favor que no le contara a nadie lo que habían hecho. Ella le obedeció. Guardó el secreto incluso cuando él se sumó a la burla generalizada. El muchacho era muy flaquito y ella, al acariciarlo, sintió por primera vez la textura afilada de los huesos. Me dijo que cree que allí empezó su fascinación. Después me dijo que en realidad empezó varios años antes, cuando vio por primera vez a Pipo, el esqueleto que tenían en el laboratorio de la escuela. Pasaron los años. Terminó el colegio y estudió Nutrición. Se recibió con honores y se casó con un compañero de la facultad: su actual marido, a quien dijo amar profundamente. Su marido había pasado una adolescencia similar a la de ella. Había sido muy gordo y los compañeros del secundario lo volvían loco. Ambos decidieron, durante el noviazgo, hacer dieta. Bajaron muchísimos kilos, no sin un enorme esfuerzo, y ese pasado de peso quedó atrás. En la profesión, me dijo, les va muy bien. Les fue muy bien desde el principio. Cada uno se especializó en distintos tipos de tratamiento. El consultorio de él se llena de pacientes que buscan adelgazar. El de ella, en cambio, se llena de pacientes que quieren engordar.

Nunca le contó, en veinte años, que cada tanto se da un permitido. Dice que es lo único de ella que él no sabe. Y que no se lo dice porque lo ama: sería decirle que la calienta algo que él ya no tiene (una determinada edad) y algo que nunca tuvo (delgadez, extrema delgadez). Me dijo, poniéndose reflexiva, que amar implica correr el riesgo de vivir las fantasías al margen del ser amado o resignarse a no vivirlas. Dijo que lo entendió con el tiempo. También con el tiempo, se armó su prolija dieta: intentaba, al menos una vez al mes, comerse un pibe raquíutico. Al principio, cuando todavía no existía Tinder, los buscaba por redes sociales. Antes de las redes sociales los buscaba en los chats. Y antes, cuando eso no existía, confesó que cometió la falta ética de insinuársele a pacientes anoréxicos. Lo hizo solo dos o tres veces y muy al

principio, cuando era más joven y ya había dejado de poder sostenerlo en el puro plano de la fantasía. Dijo que ahora ya no se le ocurriría.

Empecé a disfrutar cada vez más de hablar con Vanina. Algunas tardes, si ambos estábamos calientes y su marido no había llegado todavía o estaba de viaje por algunos días, volvíamos a hablar, con lujo de detalles, de los encuentros con algunos muchachos raquíuticos. Ella me contó de un paciente anoréxico al que hizo esperar en el consultorio, con la excusa de una receta, hasta que se fuera la secretaria y el resto de los pacientes. Se lo montó sobre el sillón de la sala de espera, su panza apoyada contra las costillas de él, hasta el final. Parece que al muchachito le quedaron temblando las piernas. Me contó también de otro al que citó en un hotel de Caballito, un mediodía de viernes, en su rato libre entre el consultorio y el hospital. A algunos —cuya delgadez consideraba peligrosa y nada saludable— les ofrecía ayuda y tratamiento.

Yo le inventé un par de escenas parecidas: le hablé de muchachos de dieciocho, de diecinueve, de veintids. Le dije, en su mismo tono reflexivo, que el amor era algo que esperaba encontrar en una mujer y que por eso en Tinder buscaba mujeres.

Algunas noches en que coincidían nuestras soledades, nos hacíamos virtualmente compañía mirando cada uno la misma película, al mismo tiempo, y comentándola por chat. A ambos nos gustaban las películas de terror y a ambos nos costaba dormir después. Pasábamos la noche en vela, contándonos anécdotas de ruidos nocturnos e inexplicables que nos habían asustado de chicos. Para poder relajarnos y dormir, aunque sea un rato, esas noches terminábamos masturbándonos mientras nos contábamos escenas —supuestamente reales las suyas— con chicos raquíuticos.

Fue después de casi cuatro meses de charla sostenida y secreta cuando me dijo que había conseguido un muchacho nuevo. Se llamaba Fabián, tenía veinte años. Medía 1,87 y pesaba sesenta kilos. No lo conoció por Tinder sino por casualidad: estaba delante de ella en la dietética, haciendo fila para pagar. Le dijo que era nutricionista y que, si quería, le podía pasar algunas ideas para engordar o un plan

acorde a su altura y a su peso. Así consiguió su teléfono. Yo la felicité por el nuevo hallazgo y le dije que después me contara cómo le había ido. Ella me respondió con una risa y me dijo que no iba a hacer falta que me cuente porque yo iba a estar ahí. Había arreglado con el muchacho un encuentro con los dos. Me salió una carcajada en monosílabo. Fue un *ja* que duró tres o cuatro *a*. Digamos que duró una redonda. Tardé unos instantes en empezar a escribirle la respuesta. Primero pensé en confesarle toda la verdad: me interesaba ella y no el muchacho ni ningún muchacho, raquítrico o no. Pensé en sostener la mentira con otra mentira: no me gustan los tríos, el sexo para mí es de a dos. Por último pensé en hacerle el aguante, como lo haría un amigo. Le dije que sí. Que cuando quisiera. Mañana a la noche, me dijo, es el último rato que tengo disponible porque el viernes llega mi marido.

Estuvimos toda la noche del miércoles consensuando algunos pormenores: ella le había inventado otro nombre al muchacho y le dijo que estaba casada con un policía muy peligroso y que por esa razón tenían que verse en un hotel lejano de su casa (eligió uno en Belgrano). Me dijo, también, que los encuentros —en lo que a ella respectaba— duraban muy poco: los acariciaba a la altura de las costillas, a veces también a la altura de los omóplatos, se las chupaba un rato y se los montaba hasta acabar. Yo, por mi parte, seguí con el invento: le dije que tampoco me tomaba mucho tiempo. Los penetraba, les apretaba la panza a la altura en que sentía el movimiento de mi pija y acababa. Nos juramos lealtad.

A las ocho y media de la noche del jueves, nos saludamos en la esquina del hotel, frente a las vías. Nos dimos un gran abrazo: fraternal, sororo. Ella dejó su auto unas cuadras más atrás ya que, tal como habíamos acordado, entraríamos con el mío —los tres juntos— al acceso directo de la habitación.

El muchacho llegó puntualmente a las nueve. Largo como un junco, enjuto, caminaba en zigzag al son del viento, obstinado, indoblegable. Tenía el pelo negro peinado a la manera de un emo y la tez pálida. El arito circular en su oreja derecha brillaba como un

holograma. Hola, dijo. No nos dio la mano ni nos dio un beso. Hola, dijimos. Caminamos los tres hasta mi auto. Vanina subió adelante, él subió atrás. Entramos al hotel y estacioné en la cochera de la habitación. Bajamos furtivamente. Yo no sabía muy bien qué decir y mucho menos qué hacer, pero fingía una gran naturalidad. Ya en la habitación, Vanina apoyó su cartera sobre una mesita de luz y le indicó a Fabián que se pusiera cómodo, que se duchara si lo necesitaba o que pasara al baño. Fabián, mudo, caminó hasta el baño y cerró la puerta. Pude escuchar la apertura del grifo y el agua de la canilla caer. Antes, el crack del envoltorio del jaboncito de mano. Vanina me pidió ayuda para sacarse las botas. Me arrodillé frente a ella y tiré con fuerza. Nos sonreímos. Cuando Fabián abrió la puerta del baño, Vanina se acercó a su cartera y sacó plata. Acá está lo tuyo, le dijo a Fabián. Hay dos mil. Contalo. Fabián lo agarró y guardó en su mochila sin contar. Te juré que no voy a contar nada, le respondió. Ella sonrió. Yo la miré sorprendido. En ningún momento pensé que el pibe estaría ahí por plata. Vanina no dejaba de sorprenderme. Había en ella un brillo, algo que me hacía quererla.

Todo lo que hicimos con Fabián fue rápido. Vanina le pidió que se desnudara. El muchacho obedeció. Se quitó el jean negro y la remera negra y el bóxer negro. Me impresionó su delgadez. Cuando se sentó para sacarse las medias parecía una boa enroscándose en repliegue: todo su cuerpo doblado, lo suficientemente elástico para no quebrarse, fibroso en los bíceps y en las piernas, lampiño y brillante, ya erecto. Vanina empezó a desvestirse también y yo la seguí. Ella no sacaba los ojos de él y yo hacía que lo miraba a él pero la miraba de reojo a ella: tenía el cuerpo de alguien que había sido gordo. Era delgada ahora, pero carnosa.

Cuando terminé de sacarme la ropa ella ya estaba acostándose al lado de él. Le acariciaba las costillas, le pasaba la lengua por cada una, le estrujaba la clavícula. Cada tanto me miraba y se corría como dejándome el lugar para que yo también interviniera. Yo le hacía un gesto con la cabeza indicándole que siguiera y, mientras tanto, me masturbaba mirándola: sus piernas anchas, su culo gordo. Tenía que

ingeniármelas para hacer de cuenta que lo miraba a él y que se me pusiera dura. Mirándola a ella, la cosa enseguida funcionó.

Vanina se sentó sobre él y subió y bajó deslizándose por su pija, sin que la penetrara aún. Me buscó con la mirada y armó la escena. Me indicó que me acostara, boca arriba. Lo hice. Me dijo que me ponga un forro y lo hice. Le indicó a Fabián que se sentara sobre mí, dándome la espalda. El pibe se embadurnó el culo de vaselina y se sentó. Me costó bastante concentrarme y bastante más que la pija entrara. Era la primera vez que la metía en el culo de un tipo. Yo no dejaba de mirarla a ella.

Cuando entró toda, el pibe empezó a cuacuar como un pato. Yo sentía que se iba a quebrar. Vanina le abrió las piernas y lo inclinó hacia atrás pegando su espalda a mi pecho. Se sentó sobre él, es decir sobre los dos, y lo empezó a montar. Sus tetas grandes rebotaban y, de tan flaco Fabián, ella podía sentir en su panza, desde adentro de la panza de él, las embestidas de mi pija. Me concentré en esa conexión y comencé a moverme al ritmo de ella. La empecé a mirar, ya sin disimulo. Y ella me miraba también. Nos movíamos, cada uno a un lado de Fabián, tocándonos a través de él, sacudiéndonos en la misma montaña rusa, comiendo de la misma porción, hermanados. La cabeza de Fabián inclinada hacia atrás y a la derecha, la mía y la de Vanina enfrentadas, sus ojos contra mis ojos, su boca contra mi boca. No nos besamos, no cedimos al roce de los labios, no. Mantuvimos las bocas cerradas por el resto del banquete. Mantuvimos nuestra complicidad. Entremedio de los dos, el pato cuacuaba.

MIKU

María Paz Schechtel



Paz Schechtel nació en Azul en 1981.

Trabaja de abogada pero desde chica ama leer y escribir. Le encanta estudiar y asiste a talleres de lectura, escritura y tarot. Ganó algunos concursos y le publicaron los cuentos. Ahora escribe una novela corta y trabaja en la edición de un libro de cuentos.

S ale del trabajo cuando el cielo de Tokio comienza a desteñirse y se mezcla entre el gentío. Pero aunque camina, como el resto de los oficinistas, bajo ese cielo gris, un sol lo traspasa. Aminora los pasos cuando la fachada de la tienda de electrodomésticos se le presenta, imponente, como quien se encuentra a punto de saborear un plato exquisito y desea retrasar el momento del goce. Recorre el pasillo de la planta baja, repleto de estantes con micrófonos e instrumentos musicales. Va hasta el cuarto piso. Camina entre las góndolas hasta ubicarse frente a la repisa de los dispositivos *Gatebox*: unos aparatos negros, vidriados, del tamaño de una licuadora, que en el medio tienen un holograma de color azul fosforescente con la imagen de ella: Miku. Eternos dieciséis años, moviéndose y cantando en medio de un campo de flores amarillas y lilas; como uno de esos muñequitos de nieve que adornan las esferas transparentes en donde se miniaturiza un paisaje y las escamas caen, lentamente, a través del agua.

Primero le mira el cabello larguísimo y turquesa, dividido en dos colas de caballo con moños. Luego se detiene en su pollerita plisada y en las medias que le cubren la mitad de los muslos. Extiende una mano para acariciarla, embelesado. Y justo en el momento en que ella se coloca una mano a la altura del pecho, él abre la cajita que lleva en el bolsillo de su camisa blanca. *Casate conmigo, Miku*. Y su voz traspasa espacios y dimensiones. Ella se contonea más, sube y baja los brazos,

flexiona sus largas piernas mientras mueve, también, su corbatita, en el medio de una brisa que hace volar pétalos lilas y amarillos.

Su madre está sentada en un cojín frente al televisor. Lo escucha cuando deja los zapatos en el armario pero no se mueve de allí hasta que la cucaracha entra en la boca de la mujer más joven. Dos participantes soplan los extremos de un mismo tubo transparente que contiene un insecto. El conductor y el público se deshacen en gritos desaforados, en tanto la cucaracha, con el cuerpo hacia arriba se desliza de una punta a la otra del tubo. Finalmente, una bocanada de aire provoca que el insecto acabe entre el paladar y la lengua de la otra. Su madre, como el público que ha asistido a ver la competencia, también se ríe de la perdedora.

Rodea la mesa y toma la fuente con el salmón. Tras servir una porción a su madre, habla. Había considerado empezar a decirle que ya había pasado los treinta, sus decepciones amorosas con Dai y Fumiko, los parámetros sociales establecidos para la felicidad. Sin embargo, opta por teclear su móvil. La foto turquesa de Miku ocupa la pantalla. La madre acerca sus ojos rasgados, entonces recuerda la colección de muñecas, iguales a las de la foto, en la repisa de la habitación. La chica turquesa de felpa; la chica turquesa en miniatura con un vestido de tul blanco, dentro de una caja de plástico transparente. La misma chica, sentada, parada, en distintas estatuillas de porcelana.

La cantante de voz chillona que, ahora recuerda, también cubre la pantalla de la computadora de su único hijo. Baja la vista y remueve un trozo de pescado. No hace falta que él le muestre los anillos. Adivina sus intenciones en su sonrisa de dientes alineados, en el brillo de los ojos detrás del marco cuadrado de los lentes. No dice nada, sin embargo continúa escrutando la foto en el teléfono, como si fuera la primera vez que la ve, como si no hubiera intentado, cada vez que repasaba los estantes, hacer tambalear alguna muñeca. Y con toda la rapidez de la que son capaces sus piernas sexagenarias, corre el panel y lo deja solo. Él la adivina sacando su futón y no puede pensar en otra cosa que en calentarle una bolsa con agua antes de acostarse.

Sale antes que su madre se despierte y cruza el parque, bordeando el lago. Cada tanto se detiene a mirar los nenúfares blancos y rosados que motean las aguas verdosas. Continúa a pie hasta la tienda de electrodomésticos. Un empleado de mediana edad, con camisa y jeans celestes, lo recibe con entusiasmo. Lo conoce porque ya lo ha visto merodeando los pasillos, observando los dispositivos de muñecas Hatsune Miku. Pero esta vez, él no se limita a contemplar, se acerca hasta el mostrador y le muestra los cientos de yenes que ha venido ahorrando para la ocasión. El muchacho los cuenta y luego se aleja del mostrador por una puerta vidriada. Regresa al rato con una caja negra y azul envuelta en papel celofán. Después, ambos se dirigen a una oficina en donde completan un formulario con nombres, domicilios y nacionalidades. Quince minutos más tarde, deja la tienda con una bolsa de papel madera bajo el brazo y se dirige al trabajo.

Al día siguiente, alrededor de diez personas, entre compañeros de trabajo y amigos, lo reciben en un santuario. Él, enfundado en un kimono negro, con el dispositivo encendido en el que fosforece la muñeca entre sus brazos. La mira, extiende una mano y acaricia el vidrio. El holograma turquesa resalta la negrura de su atuendo. Entonces, el empleado de la tienda *Gatebox* se acerca con paso solemne y le extiende el certificado de unión interdimensional. Y como no puede evitar pensar en su madre, se distrae acariciando también el moño de raso violeta que ha adherido al aparato. Enseguida se escucha música instrumental. Bebe tres sorbos de sake y se une de esta forma a Miku, en cuerpo, mente y espíritu.

Al llegar a su casa, se saca los zapatos y los coloca en el armario. Se dirige, en puntillas, hacia un extremo de la cocina. Allí, junto a un enchufe, ha colocado una mesita en la que apoya el dispositivo. Tiene un pequeño parlante, un sistema de reconocimiento facial y de movimientos y una tecnología que permite accionarlo desde el celular. Unas horas más tarde, agarra una de las muñecas de la repisa, la de felpa y se acuesta junto a ella. Ya de madrugada, la frota por su carne desnuda, mientras le promete, en susurros, un futuro de fidelidad, una eterna familia de dos.

Al levantarse ve a su madre sentada junto al techo inclinado del alero. Sus dedos temblorosos sostienen la taza de té, el cabello entrecano le cubre el cuello. Miku nunca envejecerá, piensa, mientras se dirige a la mesita para activar el dispositivo. El holograma azul se enciende y Miku, con voz chillona le da los buenos días. A continuación, le informa las noticias y el estado del tiempo. Él se coloca de espaldas a su madre, sirve dos tazas de té, deja una de ellas junto al dispositivo y sale rumbo a la oficina. Cuando comienza a alejarse, Miku actualiza el estado del tránsito, le desea un buen día en el trabajo y ensaya unos alegres pasos de baile.

Esa tarde no ve la hora de llegar a su casa. Cuando al fin lo hace, abre la puerta, se quita los zapatos y se acerca al aparato. Una luz verde titila y Miku comienza a bailar. Le da las buenas tardes. Él sube el volumen hasta que por fin, la voz estridente de Miku neutraliza el sonido del televisor frente al cual se encuentra sentada su madre. Luego se dirige a su habitación y escoge una de las muñecas. Esta vez, una de silicona con solero blanco. Le coloca unas gotas de perfume Iseey Miyake y le dice a su madre que esa noche cenarán afuera. Cuando se aleja, se desactiva el dispositivo. Antes, Miku le ofrece un resumen de las noticias más importantes del día y le sugiere llevar paraguas porque se avecinan precipitaciones.

Elige ramen para ella y sashimi para él. Cada tanto, le acomoda el cuello del solero y le acaricia la cara. También mira la pantalla de su celular para chequear su dispositivo. Una joven rubia de remera escotada y pollera corta negra, sentada en una mesa junto a la vidriera (probable turista de paso), les toma una foto.

Antes de que le sirvan el postre se levanta para ir al baño. Al volver se percata de que una luz amarilla titila en su celular. Intenta chequear el dispositivo que está en su casa, pero la señal se pierde. Sale al balcón para tratar de encontrar mejor conexión pero advierte que ha comenzado a llover. A lo mejor la tormenta arruina la comunicación. Apura su porción de dorayaki. Cuando le ofrece su parte a Miku se le derrama un poco de la pasta de judías sobre el solero blanco. Aunque intenta limpiarlo con una servilleta, la mancha marrón continúa,

precisa, a la altura de los volados, como una cucaracha en medio de un montón de azúcar. Repasa los labios de Miku con la misma servilleta y emprende el camino de regreso.

Las gotas de lluvia se reflejan, azules, en el asfalto iluminado por los esplendores de neón. Bajo el paraguas se recorta su figura en un saco de gabardina beige. Enroscada en su brazo izquierdo, Miku también se protege de la lluvia. Cuando atraviesa el pequeño jardín de su casa, toma el manojito de llaves y chequea la pantalla de su teléfono, la señal no ha regresado. Abre la puerta y enciende la luz, mientras se va acercando a la cocina con la muñeca de solero blanco todavía bajo el brazo. La señal de reconocimiento de movimientos debería activarse. Se regocija al imaginar la sutileza de su voz, su cálida imagen del otro lado del vidrio. La ha programado para que recite un haiku.

Se acerca más pero el dispositivo continúa en penumbras, entonces enciende la luz. Lo primero que ve son los zapatos de su madre en el armario. El televisor se encuentra apagado y los cojines perfectamente alineados junto a la mesa. Un cono de luz proveniente de la lámpara del pasillo se proyecta. Lo sigue, aferrando a Miku a su cuerpo. Tiembla un poco y se olvida de quitarse los zapatos. Comienza a ver las manchas de barro que van marcando el piso. Camina hasta la cocina, hasta el rincón en donde se ubica la mesita. Primero ve el cable, desenchufado. Lo que sigue después le causa pavor: pedazos de plástico negro desparramados por el piso. La imagen turquesa quebrada en tres. Los azulejos salpicados de azul iridiscente.

No llega a ver el resto de las Mikus en serie. Los ojos despedazados. Los pelos arrancados. Los restos de goma espuma esparcidos entre trozos de porcelana. Un vestido de tul rajado: entreverados los retazos de tela turquesa con los restos de pescado recién tirado en la basura.

Los compañeros de trabajo van hasta su casa, una vez que su madre autoriza las visitas. Pérdida momentánea del habla, dice, lacónica, cuando lo encuentran con los ojos fijos, como dos pájaros posados en un punto indefinido de la pared. Los más observadores

advierten que de su puño cerrado, entre las sábanas, asoma un pedazo de tela, como un pañuelito blanco con algo de marrón borroso.

Después de que se van, la mujer suele destapar una urna que reposa en la repisa, junto al futón de su hijo. Entonces, un fuerte olor a incienso inunda la habitación.

ORQUÍDEA

Emilene Teresita Núñez Campos



Emilene Teresita Núñez Campos nació en 1985 en Asunción, Paraguay. Inmigrante, feminista y militante de los derechos humanos. Escribe cuentos y novelas y da talleres de feminismo, teoría *queer* y biopolítica. Profesora y licenciada en Español Lengua Materna y Lengua Extranjera (UNC), Gestora Cultural (UNC) y doctoranda en Semiótica (UNC).

Cuando entro a un bar me gusta poner cara de suicida. ¿Se entiende? Cara de que me estoy por matar. Levanto una ceja, la izquierda, un poco, y bajo tenuemente la comisura del costado derecho de mi boca. Nada de ojos acuosos. La mirada del suicida es seca. Y sus gestos son incoherentes. Más bien deformes. Su cara no se puede leer. Un suicida es más incomprensible que un genio, solía decir mi viejo, y esa es una de las cosas que más extraño de él: sus frases sobre los suicidas. Solía decir, también:

“Un suicida no se siente de carne y hueso. Se siente de plástico”.

O: “Para las noches de lluvia prefiero a los suicidas europeos”.

O: “Nada es más fácil para un suicida que la risa”.

Entré, pegajoso, al bar. Con cara de suicida. Me senté en una de las mesas del fondo. Era abril, viernes a la noche. Llamé al mozo. ¿Quién iba a pensar que, finalmente, yo encontraría a mi gran amor justo un en una noche así, tan turbia, tan mugrienta? Un viernes de morondanga, una noche de morondanga.

—Buenas —dijo el mozo.

—¿Cómo estás? —le respondí.

La humedad desesperaba. Volvía las calles resbaladizas, las paredes burbujeantes. Era una de esas noches que, como solía decir mi viejo, no las quiere ni el olvido. Mirabas el cielo y te juro que te daban ganas de vomitar.

—Una Imperial de litro —pedí. El mozo tardó.

Pasaron quince minutos. Me impacienté. Pensé: “Me voy”. Y estaba por levantarme cuando Orquídea entró al bar. No era de esas personas que entran a los lugares así nomás.

—Hola, amor —le gritó a un mozo. Y avanzó por el pasillo central con sus destellos azulados, su vestido negro, sus botas altas, su casi metro noventa. Al pasar por mi mesa, me miró.

—¿Tenés un cigarrillo?

—Sí.

Tomó uno y se lo llevó a la boca. Busqué mi encendedor, pero antes le pregunté:

—¿Se puede fumar acá adentro?

Yo: —Sí.

El mozo se acercó con mi Imperial. La saludó.

—¿Te quedás en esta mesa?

Ella me miró:

—¿Puedo?

—Sí, claro.

—Genial —y se dirigió al mozo—. Una Heineken, por favor.

Volvió a mirarme a mí.

—¿Te gusta el mojito?

—Sí, claro.

Volvió a hablarle al mozo:

—Y dos mojitos. Tienen hierbabuena, ¿no?

—Sí.

—Excelente. Cargá todo a mi cuenta, por favor.

Orquídea se sentó, sonriente. Le calculé unos cincuenta y cinco años. Sus ojos eran muy verdes. Se parecía, mucho, a Raffaella Carrà.

Esta vez, el mozo regresó de inmediato con un vaso y dos platitos con maníes salados. Serví.

—Por los encuentros inesperados —dijo, como si lo recitara. Como si ya hubiera dicho esa frase cientos de veces. Y luego de un largo trago, me miró—. ¿Por qué estás triste?

Yo no quise contradecirla, pero lo cierto es que esa era, para mí, una buena noche. A la tarde había acertado un pleno a las tres cifras en la quiniela, y estaba contento. Había ganado el equivalente a unos cinco mil dólares. De todos modos, no quería contradecirla.

—La vida no es fácil —respondí.

—Ufff, claro que no. Pero la tristeza no es la solución nunca.

—Ojalá pudiera no estar triste.

—Y, si no le ponés buena energía, va a ser imposible. Yo, por ejemplo, hoy debería haberme volado los sesos, o debería haber saltado por el balcón, y sin embargo, acá estoy, con este vestido hermoso, con mi perfume preferido, y charlando con un morocho muy lindo que va a dejar de estar triste en un rato, gracias, quizás, a esta boca.

Me reí. Pensé en confesarle: “No me gustan las mujeres”, pero quise seguirle el juego.

—A mí la belleza me abrió muchas puertas, no te lo voy a negar —me dijo de pronto—. Fui Reina de la Vendimia, Miss Argentina, me cansé de ganar concursos de belleza, pero sin embargo, no me quedé con eso. Quise vivir de mi inteligencia. Y estudié. Dos carreras. Habló seis idiomas. Si mañana se me quema la cara y me transformo en un monstruo, profesionalmente no me ocasionaría ningún perjuicio. Mis clientes seguirían requiriendo igual de mí. Ojo, no vayas a pensar que tengo ganas de quemarme la cara. No te asustes, trato de ponerle un poco de humor, solamente. Creeme: ya hace años, muchos, que dejé de tener ganas de quemarme viva.

El mozo trajo los mojitos y la cerveza que Orquídea había pedido. Preguntó si necesitábamos algo más y le respondimos que no.

—Tomé mojitos en muchas partes del mundo —ella probó un sorbo de su vaso—, pero en ningún lugar lo hacen tan rico como en este bar nefasto. Es una delicia, probalo.

Lo probé. No me pareció nada del otro mundo. Ni siquiera me pareció rico. Pero, igual, yo no sabía nada de mojitos, y de todo lo que quedara por fuera de los mojitos, tampoco.

Me preguntó a qué me dedicaba.

—Paseo perros —mentí.

—Qué lindo. Amo a los perros.

—Yo prefiero a los gatos. Pero bueno, no puedo ser paseador de gatos. ¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿A qué te dedicás?

—Soy psiquiatra y epistemóloga.

—Ah, qué bien.

—¿Sabés lo que es la epistemología?

—No. Me lo explicaron varias veces pero nunca entendí. Los mismo me pasa con la antropología, con la sociología y con la semiótica. Me parece todo lo mismo.

Se rió.

—Me encantás —dijo, y me dio un beso en la mejilla—. Pedite algo para comer, si querés. Yo invito.

Pensé: “¿Quiere que sea su chongo? ¿Cómo puede ser que una mujer con tanto mundo no se dé cuenta de que no me gustan las mujeres?”. Pensé: “Ma’ sí”. Y llamé al mozo y pedí un bife de chorizo con puré. Y pensé: “¿Querés un chongo que te viva? Ahora vas a tener un chongo que te viva”.

El bar en el que estábamos quedaba sobre Rivadavia, a dos cuardras de Once. Los vidrios estaban tan sucios que la gente que pasaba por la avenida se veía como manchas, destellos opacos.

Comí el bife de chorizo con puré y ella dijo:

—Estás muy flaquito. Pedite otro.

Yo no estaba muy flaquito en absoluto. Al contrario, tenía unos diez kilos de más. Por eso que me dijera “muy flaquito” me levantó el espíritu. Llamé al mozo. Pedimos otro bife de chorizo, esta vez con papas fritas, otra ronda de mojitos y otra Heineken de litro.

—Me gusta cómo masticás—me dijo ella—. Parecés un asesino. Me sorprendió:

—¿Te gustan los asesinos?

Se quedó pensativa, como si realmente la estupidez que acababa de preguntar mereciera una respuesta seria.

—No, pero creo que me excitaría que vos mataras a alguien frente a mí. Verte matar a..., a un hombre más grande y fuerte que vos. Me gustaría ver eso, creo.

Tragué la carne. Me metí tres papas.

—No, en realidad, creo que no me gustaría —agregó como si no hubiera terminado su reflexión—. Sería horrible verte matar. Prefiero esto, verte comer.

Acabó su mojito de un solo trago:

—Qué lindo que comés.

Le convidé una papa frita. No quiso.

—Quiero que comas vos.

Y entonces, pasó algo extraño, que jamás me había pasado antes con nadie. En un momento pensé: “Ojalá me diga que estoy muy flaco”, y apenas terminé de pensarlo, ella me dijo:

—Estás muy flaquito.

Y pedí más bife de chorizo. Y dos cervezas más. Y otros cinco mojitos.

Aquel encuentro fortuito había tomado, para mí, el siguiente esquema: hablábamos del tema que fuera, yo de pronto pensaba: “Ojalá me diga que estoy flaquito”, ella, al segundo, me decía: “Pedite otro bife, dale, con lo flaquito que estás”. Pedíamos más comida para mí, más bebida para los dos.

—¿Vos qué pensás de la plata? —me dijo de pronto.

—¿De la plata?

—Sí, del dinero.

—Ah... Pienso que es... Es... Un mal necesario.

—No, en serio. Es una pregunta seria y requiere una respuesta seria.

—Lo que pasa es que no sé qué pienso del dinero.

—¿En serio me lo decís?

—Sí.

—Te hacía más inteligente. Pero, en fin. Sos muy flaquito, y eso me vuelve loca. Pedite más papas fritas.

—No, basta. Ya está. No me entra más nada.

—Qué pena. Tengo un montón de plata, muchísima, y quiero gastarla toda en bifés de chorizo con papas fritas para vos.

—¿Y vos? ¿Qué pensás del dinero?

—Que si no existiera seríamos todos invisibles. Pero dejá, no tengo ganas de explicarlo, y lo importante ahora es otra cosa.

—¿Qué?

—Si vas o no a acostarte conmigo —se acercó para besarme.

—Sí, obvio que voy a acostarme con vos.

—Qué lindo.

Me besó. Con tanta torpeza que nunca pudo encontrar mi lengua. Ahí me di cuenta de que ya el alcohol comenzaba a quebrarla.

—¿Vamos?

—Sí —llamó al mozo—. Cobrame, corazón.

Eran más de las dos cuando comenzamos a caminar por avenida Rivadavia hasta su casa.

—¿A dónde estamos yendo? —dijo.

En ese momento pensé, por primera vez: “Me voy”.

—A tu casa. Dijiste que vivías acá a la vuelta.

—Ah, sí. Por Hipólito Yrigoyen. ¿Y vos vas a venir conmigo?

—Sí.

—O sea que vamos a garchar.

—Parece, sí.

—Pero si vos sos puto, ¿o no?

Cruzó la avenida. La seguí.

—Por supuesto que soy puto. Putísimo.

—Yo los odio a los putos.

—¿Por?

—A mí me cagaron la vida. Mi primer marido se fue con un puto. Un asiático puto. Laosiano, creo. Mi segundo marido, también me dejó por un puto, pero no asiático. Polaco. Jovencito. Y mi tercer marido, aunque parezca mentira, se fue con otro puto. Un peluquero. Si salís con un puto, que no sea peluquero ni bailarín. La gente tan obvia me asquea.

Se detuvo en un kiosco.

—Hola, Manuel, ¿cómo estás? ¿Pueden ser cinco?

El hombre le entregó cinco latas de litro de cerveza.

—¿Querés un chocolate? —me preguntó.

—No.

—Dale —y le dijo al kiosquero—: un Cabsha.

Me entregó la golosina, la bolsa con las cervezas y seguimos camino. Ella se detuvo porque no podía guardar el vuelto que le había dado el kiosquero. Buscó su billetera. Sacó varios billetes grandes, y me dijo:

—Tomá.

—¿Para qué me das?

—Tomá, putito.

—Bue.

Y luego tiró la plata al suelo.

—¿Qué hacés?

Se arrodilló en el suelo y empezó a juntar los billetes. La ayudé. Cuando quise ayudarla a levantarse, me dijo:

—Soltame.

—¿Te vas a quedar ahí tirada?

—¿Y cuál es el problema? Es obvio que vos no te das ninguna idea de con quién estás. Yo no soy cualquier persona. Así que no esperes que haga lo que hace cualquier persona.

Se puso a avanzar en esa posición, en cuatro patas. Pensé: “La dejo acá. Me voy”.

—Una vez un tipo quiso matarme. No quiero dar nombres. Pero no pudo. Me salvé. El tipo era un psicópata, pero no sabía con quién se había metido. Terminó en cana. Cuando salió, quince años después, una tarde fui a buscarlo. Le dije: “Me quiero ir a matar a Mar del Plata. Quiero que me acompañes. Que no trates de convencerme de nada. Y si al terminar el quinto día allá, no me maté, listo, podés matarme y hacer con mi cuerpo lo que se te antoje”.

Se detuvo.

—Parate, dale.

—Está bien, pero porque vos me lo pedís. A mí me importan tres carajos que estos pelotudos me vean así. No son nadie. No son nada...

La levanté.

Dimos cinco o seis pasos y nos topamos con un bar que tenía algunas mesas en la vereda. Ella fue directo hacia allí y se sentó.

—Ya es tarde —le dije.

—¿Qué va a ser tarde? Y quedate tranquilo, porque de acá nos vamos a garchar. Antes, una cerveza más y termino de contarte lo del tipo ese. El psicópata.

Se acercó el mozo. Pedimos una cerveza de litro y un bife de chorizo con puré.

—Contame —le dije.

—Ah, sí. No, fue eso que te conté. Me fui a Mar del Plata cinco días con ese tipo. Él estaba las veinticuatro horas conmigo. A la noche, iba al mar, para hacerlo estilo Alfonsina, pero no me animaba. Terminaba pidiéndole ayuda y él me sacaba del mar. Al final, la mañana del quinto día, me levanto y lo veo colgado de una viga del comedor. Fue horrible. Nunca, nunca en la vida me sentí más traicionada, y eso que me traicionaron mucho.

—¿Es en serio lo que me decís?

—¿Qué cosa?

—Lo del tipo este, que se suicidó.

—No, cómo va a ser cierto. Ese tipo no existió. Ah, sos más boludo de lo que spoilea tu cara.

Me levanté y fui al baño porque sentí que me dolía el pecho. Necesitaba vomitar. Vomitar y tirarme a dormir. Intenté ponerme a llorar pero no me salió. Cuando volví, Orquídea estaba hablando con un muchacho.

—Mirá qué casualidad —me dijo ella—. Un alumno.

Luego agregó:

—Se llama Diego y es coso como vos.

—¿Coso?

—Sí, puto.

Me reí. Diego se rió. Y así fue que nos conocimos, en esa noche endiablada, Diego y yo.

—Si me acompañan a mi casa, la podemos seguir ahí —dijo Orquídea.

Y sí, obvio. Fuimos.

Dos años después, pocos días antes de que la cirrosis acabara con ella, Orquídea nos dijo:

—Presentarlos a ustedes fue lo único bueno que hice desde que me separé. Los veo y pienso: bueno, para algo sirvió que mi corazón esté tan, tan, tan roto.

CORTAPLUMAS

Ezequiel Villarroel



Ezequiel Villarroel nació en San Salvador de Jujuy en 1983. Es docente y escritor. Publicó libros de poesía, entre los que destacan *Libro de lluvia*, Premio Provincial de Poesía “Néstor Groppa” (Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de Jujuy, 2015), y *Casa rodante*, segundo premio en el Certamen de poesía de la provincia de Jujuy (Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de Jujuy, 2019).

1

Cruza la puerta y mira alrededor. Se acomoda un mechón de su pelo mientras hace un globo con el chicle y viene hasta la última fila. “Correte”, me dice. Tiene una cara de orto terrible y eso la hace más atractiva. “¿Y?”, me apura. Me levanto lo más rápido que puedo, le dejo mi asiento junto a la pared y me quedo del lado de afuera. Toman asistencia. Digo presente. Los demás también responden, menos la chica nueva.

—¡Iris Rivadeneira! —repite la preceptora.

La chica levanta la mano y mastica.

—Tire eso o se lo hago tragar—dice la preceptora.

Ella se lo traga. Se sostienen la mirada. Son segundos eternos de suspenso. La profe de Historia entra, nos saluda, y mientras la preceptora sale, traza una línea de tiempo con los diferentes períodos: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna, Edad Contemporánea.

Iris Rivadeneira no me mira ni me habla, tampoco toma apuntes. Saca algo rojo del bolsillo de su delantal. Es un cortaplumas Victorinox parecido al que mi viejo me regaló hace mucho, pero con más funciones. Creo que lo perdí en alguna colonia de vacaciones o en algún picnic con mi familia. Saca la lima y les da forma puntiaguda a sus uñas con esmalte negro. La guarda, desdobra la navaja y raya su nombre, en mayúscula, sobre la mesa: IRIS.

2

Con los chicos del curso le pusimos la Darki:

Premio para el que haga reír a la Darki.

¿Alguien pudo hablar con la Darki?

Vos, que te sentás al lado, qué onda con la Darki.

¿Le gustará coger a la Darki?

Pero yo estoy en bolas, igual que mis compañeros. No soy el chico más popular, ni el más conversador del curso.

3

Al final, la que rompe el hielo es ella:

—Qué lindas pestañas tenés. No me había dado cuenta.

Me quedo duro, no sé qué mierda responderle.

—Regalámelas.

La cara me arde, como si tuviera fiebre. Me cuesta voltear, así es que miro fijo al frente.

—Ey, te estoy hablando —dice y me toca el hombro—. Dije que tenés lindas pestañas.

—Gracias —le respondo sin apartar la vista de la pizarra.

—¿No me vas a mirar?

Volteo. La calentura se expande en todo mi cuerpo y ella sonríe.

4

Hay pocas cosas que sé de Iris: se quedó dos años y la expulsaron de su otro colegio.

Me conversa con frases cortas y en voz baja. Con el resto del curso habla lo justo y necesario. Los únicos momentos en los que dice algo largo es cuando los profesores le exigen dar lección. Somos parecidos en ese aspecto, aunque lo mío tiene que ver con cierta timidez hacia las chicas. Lo de ella es otra cosa, creo que nos ve como unos pendejos inmaduros. Sea como sea, pegamos buena onda.

5

Salimos al recreo. Iris me agarra de la mano y apoya su cabeza en mi hombro.

—Quiero tus pestañas, dice.

Me da un beso en la cara y me pide que le compre un pancho:

—¡Dale, porfis!

Caigo como un nabo, me como la fila del buffet y suena el timbre. El mes pasado hizo que le regalara mi corbata Ante Garmaz; hace una semana, una lapicera Parker; y ayer un canguro Nike, de color gris, que apenas usé dos veces.

6

Los chicos del curso dicen que está muerta conmigo, pero yo arrugo por su imagen de chica rebelde y mayor.

—Si la idealizás tanto la mina se va a hacer la buena. Cortale el rostro y vas a ver cómo te busca —me aconseja Seba Márquez.

—Además, si a la mina le gustan tus pestañas, aprovechá. A nosotros no nos da ni bola. Yo que vos me tiro de una —me alienta Facu Alfaro.

Las opiniones de mis amigos me convencen. Vuelvo a mi asiento y la encaro:

—Necesito hablar con vos.

—¿De?

—De algo importante. ¿Podés a la salida?

—Entonces no es tan importante.

—Es importante, pero puede esperar un poco.

—Ok.

Nos vamos juntos y mientras bajamos hacia la parada de colectivos, Iris me insiste para que le diga eso que tengo que confesarle. Pasan dos de sus colectivos y yo doy vueltas como un trompo, hasta que me amenaza con subir al siguiente si no hablo. Suelto todo.

—Estoy enamorado de vos.

—Mirá que te puedo lastimar.

—No importa. Me la banco.

7

Entro al curso, después de un fin de semana zarpado. Mis compañeros se secretean entre ellos y me miran de reojo. Soy un goso, me enganché a la Darki y lo mejor es que se sienta a mi lado. Salimos de la mano y nos vamos para el parque. Buscamos una banca y ella se acomoda encima de mis piernas. Me besa y me muerde los labios tan fuerte que me causa dolor y excitación al mismo tiempo.

“Te tengo una sorpresa”, dice. Y me desabotona la manga de la camisa, la dobla hacia arriba y saca la navaja del cortaplumas. La hunde en mi carne, aguanto el dolor y me deja una línea en el antebrazo.

—Te dije que podía lastimarte.

Miro mi piel y me siento como un animal marcado.

Bajamos hacia la parada. Llega su colectivo y mientras las personas hacen fila, Iris rodea sus brazos en mi cuello, vuelve a besarme y mete su lengua con un movimiento circular. “Comprá forros para el finde”. Y sube. Me toma por sorpresa, pero me siento el chico con más suerte del colegio.

8

Como no tenemos dónde coger, decidimos versearles a nuestros viejos. Ella les dijo que va a quedarse en lo de una amiga y yo que me voy de campamento con mi grupo.

Nos encontramos en la peatonal, a la altura del casino, y vamos al supermercado. La espero en la entrada, con la carpa y la bolsa de dormir. Ella sale con dos fardos de latitas de cerveza, las acomodamos en las mochilas y nos vamos para la parada de la línea 9, sobre la calle Leandro Alem, esquina Santiago del Estero. Esperamos un rato y tomamos el colectivo a Los Nogales.

—¿Estás ansioso? —me pregunta en medio del viaje.

—Un poco —le digo.

Pero la verdad es que estoy desesperado y quiero que esto suceda lo antes posible.

Nos bajamos en la parada del puente negro, casi pasamos de largo. Las únicas luces que se ven son las de algunas casas alejadas. Extendemos la carpa y unimos las varillas, la levantamos y clavamos las estacas. Abrimos dos latitas de cerveza y ponemos las otras en el agua fría del río, rodeadas por piedras para que la corriente no se las lleve. Nos levantamos, la atraigo hacia a mí y la beso. Caminamos sin despegarnos hasta donde está la carpa. Adentro, Iris prende la linterna y la cuelga de las varillas cruzadas. Me hace cosquillas, jugamos a meternos mano, pero ella es más rápida.

—¡Me rindo, me rindo! —le digo porque estoy a punto de mearme. Se sienta sobre mí y empieza a moverse con la ropa puesta.

—Mmmmm cómo está eso —dice.

Mete su mano, hace apenas dos movimientos y acabo.

—Perdón, es que...

—No importa, la noche está pañales —me interrumpe.

Salgo de la carpa y vuelvo con otras dos latas. Las tomamos y nos ponemos en bolas. Esta segunda vez duro mucho más, puedo seguirle el ritmo y no acabo.

Las latitas se acumulan de a poco alrededor nuestro. Las aplastamos con nuestros cuerpos en movimiento. Entre el mareo y la poca luz, Iris me muerde el cuello y tengo una dureza firme dentro de ella por sus movimientos intensos. Suelta un grito apagado, se sale de mí y me muerde el pecho, baja en dirección a mi cintura y se detiene un poco más abajo. “¿Te gusta?”. Gimo y le repito que me encanta. Me pasa la lengua, me succiona y me aprieta fuerte de las bolas, hasta que suelto un grito y un chorro espeso. Nos quedamos acostados sobre la bolsa de dormir. Ella voltea a mirarme: “Regálame tus pestañas”. Me río.

—En serio te lo digo.

—Son tuyas.

Busca su pantalón, saca del bolsillo el cortaplumas y despliega la tijerita.

—Cerrá los ojos.

—¿Para qué?

—Vos cerralos.

Los dejo un poco abiertos, pero ella se da cuenta.

—¡No hagás trampa!

Me roza uno de los párpados y escucho el zig-zag.

—Abrilos.

Me paso la mano y mis pestañas ya no están.

—Te toca a vos traer las cervezas —dice.

Me levanto y voy sin vestirme. Afuera hace mucho frío. Vuelvo a entrar y su figura borrosa me apunta con la linterna.

—¿Me darías todo, aparte de tus pestañas?

—Todo —le digo.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

Agarra un mechón de mi cabeza y lo corta con la tijerita. Se lo lleva a la altura de la boca y hace como que tiene bigote. “¿Qué tal me queda?”. Me río de su ocurrencia.

—¿Te animás a más?

—Obvio —le respondo.

Despliega el tirabuzón, me agarra de la mano, lo apoya en mi palma y lo enrosca. Quiero sacarlo, pero ella me aprieta con más fuerza. Chupa mi dedo índice y da otra vuelta.

—¿Me amás? —pregunta, mientras desenrosca el tirabuzón.

—Sí...

—¿Cuánto me amás?

—Mu-cho...

Saca la navaja, la pasa por mi tetilla derecha y hace un movimiento rápido. Tengo frío, dolor y calentura al mismo tiempo. Acerca su boca y comienza a lamer la herida. Toma un poco de su cerveza y me pasa la latita. Siento la mezcla del aluminio, del alcohol y de mi propia sangre. Me agarra del lóbulo, lo estira y pasa la navaja con fuerza. Lame el corte, mientras me respira en el oído. El cuerpo me tiembla y acabo por tercera vez.

—¿Vos hacés todo por mí? —pregunta.

—Sí...

—¿Sí? Sí qué.

—¡Qué sí... hago todo por vos!

Me da otro sorbo y su cara se vuelve más borrosa. Es una silueta casi blanca con un punto rojo al costado. Recupero la visión por un instante, ella acerca el cortaplumas a mi mano y lo apoya en mi meñique izquierdo, hace presión con la palma de su otra mano, pero la navaja no avanza. Cierro los ojos, contengo las lágrimas y soporto todo lo que puedo.

—¿Me amás? —pregunta.

Me cuesta saber si hasta aquí llegó mi amor o si me queda un poco más de fuerza. Los labios me tiemblan, algo cruje en el medio de la noche y se rompe.

IRSE DE ESA MANERA

Natalia Milocco



Natalia Elisa Milocco nació en Sastre, en el interior de la provincia de Santa Fe, en 1981. Psicóloga y psicoanalista, escritora y aprendiz. Colaboradora en contratapas en el suplemento "Rosario/12" del diario *Página/12* y en el suplemento "Impreso del Oeste" del diario *La Capital*.

2012

Es enero y llueve en San Pablo. Eso es normal, lo anormal es el sol. Te espera en el aeropuerto con la calidez de un amigo de toda la vida. Es de los que podrían clasificarse como amigos heredados. Como las cosas que se heredan después de la muerte de alguien. Quiere que conozcas la ciudad inmensa e infinita, tenés que esperar unos días antes que llegue Marian y seguir el viaje. Una semana dijeron, nunca pensaste que sería mucho. Te va a llevar al barrio japonés, esta lleno de japoneses te va a decir, y te va a contar la historia de las corrientes migratorias en Brasil. Vas a comer algo mezclado en una cazuela de hierro, años más tarde vas a saber que eso se llama ramen.

Por la noche vas a conocer a la familia, los padres, hermanos, la abuela está enferma, en pocos días se muere. Después de la cena te invita al living, te habla con amor de tu amiga, te habla de su diario, te dice que te envió una copia, decís que sí pero no lo leíste, no pudiste, dice que mandó todos sus gorros para que eligieran uno para cada una. No decís que no fuiste, ni vas a ir a buscar ese retazo de tela que te hace pensar en las cabezas peladas.

Te pide que leas ese diario convertido en una pieza de museo, leés un pasaje y es insoportable, no quisieras llorar, quisieras que todo sea alegría, la alegría sí es brasilera, Charly no sabe nada, pensás. Todos miran mientras vas leyendo, quizás esperan una lágrima, tu cara se retuerce, va cambiando de color, y se nota el esfuerzo por no romperse.

Te dice que te va a dejar en el departamento donde vivió con ella, que él casi no pasa, no sabe si hay algo para comer al día siguiente. Pide perdón de alguna manera, que está viviendo con su novia nueva, que te va a dejar sola ahí, que seguro te va a venir bien un poco de soledad, no sabe que todavía crees en los fantasmas. Te muestra cómo funcionan las cosas, dónde está la cama y dice que ella pasaba ahí todo el día, que ya no se quería bañar, y si lo hacía no se sacaba la ropa, que no podía ver su cuerpo, que fue difícil el último tiempo, solo miraba series con gente enferma.

Te muestra un almohadón que hizo hacer con fotos de los dos, en todas se ríe y tiene pelo. Te lo ofrece para dormir y te va a dejar ahí hasta el día siguiente, no dice a qué hora va a volver. Su hospitalidad es tan grande como su tristeza, se va rápido, se escapa del lugar, no te da tiempo para preguntar ni decir nada.

Vas a quedarte sentada en el mismo lugar donde te dejó, en ese sillón negro debajo de una ventana desde donde se puede ver un mar de luces. Vas a intentar hacer zapping, pero solo se ven canales de venta de productos en portugués, algunas radios, pero nada más. La conexión a internet oscila, siempre se va, como él, se esfuma.

Intentarás, claro que lo vas a hacer, pensar en otra cosa, pensar en las vacaciones, que estás en otro país y cuando hablan otro idioma es suficiente para sentirte distinta, sentirte nueva. Llevaste los apuntes de la clase de portugués, vas a repasar los verbos, buscarás ampliar tu vocabulario. Evitarás ir al baño, solo las necesarias dirás, porque para ir al baño hay que pasar por su habitación, crees que de algún modo sigue ahí.

2011

Te avisan por mail que Eddy está viajando, “quiere vernos a todas” dijo una, el “todas” empezó a fragmentarse y a convertirse en células de tres o cuatro, él no lo sabe ni va a saberlo, el “todas” hará un esfuerzo y fingirá unicidad. Las va a reunir alrededor de una mesa como si fuera la última cena, hace tiempo que las ronda la sensación de lo último.

Les va a contar que se enamoró de una chica rubia y de ojos celestes, lo va contar con detalles, lo va contar con final feliz, él sintió que ella lo rescató de la tristeza. Sentirás que su acto de amor es inmenso.

2009

Sentada en el cordón de la vereda, vas a sentir el calor del día, aunque ya es de noche. La gente comenzará a llegar, no saben cuando llegará la ambulancia. Hablarán de la hora de aterrizaje, que algo pasó con el vuelo. Alguien una vez te contó de una muerte en el extranjero y que tuvieron que ir por el cuerpo, nunca lo pensaste pero los muertos también viajan y pagan pasaje. ¿Pagan pasaje?

Vas a escuchar a alguien decir: “No puedo creer que una de nosotras esté ahí”. “Ahí” es adentro de un cajón. No podrás pensar la palabra “nosotras”. Vas a levantarte y caminar. Vas a buscar a alguien que te abrace, alguien que sepa hacerlo, que sea enorme, alto, para que todo tu cuerpo te quede adentro de otro. Hay gente que nunca viste llorar, ahora vas a verlo.

Llegará el momento de entrar, de poner un pie delante de otro y llevarte hasta el lado del cajón, no te va a salir decir “mejor no”. Alguien va a contar los detalles que tuvo él, le eligió la ropa, nunca pensaste que alguien debe pensar en eso, y quiso llenar el cajón con las mil y una grullas de colores que ella hizo junto a dos amigas, buscando un milagro.

La vas a ver pálida rodeada de papelitos de colores, y con olor a flores, ese olor a flores espantoso que traen los muertos, y vas a escribir un poema con esa imagen, un poema que solo le va a gustar a la gente que no lee poesía: *los mil y un pájaros de colores migraron juntos ese mismo día.*

2009

Alguien va a decir que se está muriendo, establecen momentos para hablarle y despedirse. Vas a pensar en llamarla, te darán el teléfono del hospital. Vas a iniciar tontamente una conversación:

—Hola Ce, soy yo.

Ella no va a preguntar quién es “yo”, va a decir:

—Quiero dormirme para siempre y no puedo. Me dieron algo, pero no sirve, no me duermo.

La vas a escuchar llorar y dirás: tranquila, ya vas a poder dormirte. Y ella soltará el teléfono, de fondo se escucharán sus quejas y su har-tazgo, vas a escuchar que les pide a todos poder dormir para siempre. Vas a sentir que no sabés hablar con alguien al borde de la muerte.

2008

Alguien te va a preguntar “¿Cómo está tu amiga?” en la parada, esperando el colectivo, vas a decir lo que ves, por primera vez: “Creo que se va a morir”. Cuando prestás atención, detrás tuyo crees ver a un familiar, vas a sentir cómo en tu interior se derrumba algo. Te sentirás culpable por decir la palabra “muerte” pegada a su nombre, vas a enfermarte para pagar la culpa, con dolor de garganta y mucha fiebre, vas a desaparecer por unos días.

2008

Hace calor, dijeron reunirse a la hora de la siesta a tomar tererés, todas las siestas las pasan en la casa de su mamá, ella está de visitas. Todos piensan que va a ser la última, pero nadie lo dice. Está demasiado pálida y flaca, le cuesta caminar. Alguien habla de nombres para hijos, ella también habla de eso, las palabras sobre futuro son como dagas que apuñalan tu cabeza.

Dicen dar vueltas en auto, ella no quiere que nadie la vea así, quiere salir cuando tenga pelo otra vez.

Festejan su cumpleaños haciendo karaoke, ella también canta. Todos se olvidan por un rato de la muerte.

2008

Esperás noticias. Alguien va a decir que no la operaron, ni la van a operar, tiene tumores hasta en la cabeza y parece que en algunos lugares más. No hay mucho por hacer. Te vas a olvidar de esa sentencia.

2007

Está de visitas y va a pedir que vayas sola. Quiere hablarte, quiere decirte cosas, confesarte algo. Te va a hablar de sus miedos, que visitó curanderos, brujos y pastores evangelistas. Va a decir que recién está pudiendo hablar de sus miedos, que los miedos estuvieron siempre, va a hablar de algo de lo que nunca pudo hablar, mientras lo haga lo va a mantener en secreto. Nunca pensaste que te iba a elegir para esta confesión. Va a establecer hipótesis, cree que la enfermó su esfuerzo por ocultar su miedo a angustiarse. Vas a buscar en el archivo de tu cabeza cosas para decirle, solo te falta una materia para ser psicóloga y pagás un montón de dinero a un psicoanalista, sentís que ella está esperando que digas algo. Crees en el chamanismo, pensás que debe existir una palabra que anule el daño. Si esa palabra existe no está en tu cabeza.

2007

Cadenas de mails, conversaciones que serían mejor tener en un chat, pero no, ella no va a hablar por chat. Va a hacer chistes sobre su teta con cáncer. Es muy buena haciendo chistes negros, pensás, crees que lo está llevando como nadie, esa creencia te anima.

2006

Escuchás comentarios, pensás que son puteríos. Está enferma, alguien dice: “¿No leíste el mail?” Decís: “Vi las fotos”. Aún no te das cuenta de tu capacidad para no enterarte.

2006

Un mail con muchas respuestas, vas a perderte entre los comentarios. Solo vas a bajar un archivo con fotos: Celina con pelo corto. Pensás que ser extranjera la volvió distinta, le queda bien el corte, parece una modelo de L'Oréal París.

2006

Vino de visitas. ¿Por qué vuelve tan rápido? Te sentís ridícula por tus palabras de despedida, pensaste pasar más vida sin verla, le regalaste un cuaderno cuando se fue. Está flaca, pero de una delgadez sensual, parece haber nacido para una pasarela solo que quiso dedicarse a los laboratorios. Le insistís en eso, a ella no le importa, viene a ver a un médico.

2005

Está preparando las valijas, Eddy está con su papá, hace caras porque lo pasea por el pueblo como si fuera un regalo exótico. Hablan de música brasilera, ella sabe que te encanta, te pregunta por tu novio, sabe que las cosas están más o menos, todo el tiempo te confundís el nombre y nombras a otro. Ella se ríe del lápsus y te promete guardar el secreto. Eso era un secreto también para vos, pero ella lo adivinó primero.

2004

Vuelve de su viaje y lo trae al Negro. Ella prefiere decirle Negro en lo íntimo, no necesita explicarlo, ella va a quedarse con ese nombre. Eduardo, todos le dicen Eddy allá. Alto, moreno, bien fachero dijo ella, con unos collares hechos de cordones negros, parece haber traído la playa entre sus pelos y la sonrisa blanca pegada, sus ojos miran todo con sorpresa, quiere hablar español. Ella le va a decir que diga lo que estuvo practicando y él va a sentir entusiasmo, nervioso, va a buscar *coragem* y lo va a decir: “Hola, soy Eddy y soy un boludo”. Vas a estallar de risa, la risa va a ser como un volcán, como bombas de estruendo y él va a entender y se va a reír sin parar del chiste que ella preparó durante meses. Y va a decir algo que sí sabe, “qué hija de puta”.

2004

Entrás a un ciber, hay horarios para juntarse en el Messenger. Algunas dicen estar estudiando para los finales, algunas no van a

volver al pueblo, avisas que vos tampoco. Celina llega tarde a la conversación, dice que estaba chateando con “el Negro”, dice que la charla estuvo muy caliente, que tuvo que disimular, se ríe diciendo “jajajaja-jaja”, hablan de sexo virtual. Dice que está enamorada, nadie le cree. Vos sí le crees, pensás que a ella le tocó la historia del príncipe azul y encima es brasilero, decís que es un príncipe perfecto por eso no es azul, es fluo, verde fluo. Todas se ríen. Muchos “jajaja” mal escritos, muchas jotas y mayúsculas. Otra dice: “no Tali, es un príncipe con todos los colores fluo”, alguien dice “un príncipe fluo bien noventa”, “bien Locomía” dijo otra, “Locomía quechuparico” dijo otra, todas se ríen apretando tan fuerte el teclado que se mezclan las letras.

1999

Es viernes a la noche, te vas a tomar un colectivo lleno de adolescentes excitados y algunos con acné, si llegan antes de las 12, la entrada es gratis. Ella quiere ir siempre a ese boliche porque sabe que va el chico que le gusta. Tiene nombre de viejo, puede llamarse Raúl, Alberto o Hugo. Los bucles caen sobre su cara, sus labios gruesos y mullidos, ella se iría a vivir ahí, dijo una vez. Lo persigue, lo asedia, se divierte con su vergüenza, le tira papelitos y durante la semana lo llama por teléfono sin decir su nombre. Esa noche no va a estar, por eso a ella se le va a ocurrir encarar a los más feos, reírse un poco de su falsa esperanza, y dejarlos ahí todos ilusionados, eso te divierte. Van a seguir jugando toda la noche, bailando mal, imitando a gente que no sabe, lo van a hacer al lado y no se van a dar cuenta. Te vas a reír hasta que te duelan las mandíbulas o se te escape el pis. Y vas a decir “paren que me meo”.

1998

Vas a viajar a Buenos Aires por primera vez y sin padres a la fiesta de egresados de Marian. Vas a cantar y gritar por seiscientos kilómetros. No vas a ser la única. Vas a sentir compasión y pena por el chofer de la Traffic. Se van a perder en la Panamericana, vas a decir con voz

de dibujo animado “me parece que estamos dando vueltas en círculos”, van a reír sin parar por eso.

Celina va a caminar por avenida Córdoba, ya amaneciendo, despampanante, moviendo sus caderas adolescentes, los autos amirorarán la marcha, sonarán bocinas y ella va a sacudir sus manos como si la vereda fuera una pasarela. Se va a dar vuelta, haciendo “shock” con su pelo, imitando a Susana Giménez, va a encarnar en un segundo a la Coca Sarli, a Moria y también a Cris Miró, les va a guiñar el ojo y seguirá avanzando sacudiendo su vestido celeste, que es como una piel sobre la piel, va a llevar sus manos debajo de la nuca y hará volar sus rulos rubios y abundantes como si fueran olas. Vas a reír y la vas a amar, vas a amar su extraño y delicado magnetismo.

UNA PARTE DEL LEVANTE

Nicolás Daniel Guglielmone



Nicolás Guglielmone comenzó a estudiar dibujo, escritura e improvisación musical de modo asistemático e ininterrumpido, desde que su abuela regó la alfombra de su casa con fibras y hojas en blanco, una tarde de 1995. Ahora vive en la ciudad de Córdoba, trabaja de tatuador, corrector literario y músico. Este es el primer cuento que le publican. Está muy contento.

Disculpame. ¿Me puedo sentar acá? Qué calor que hace, no se puede estar. ¿Tendrás hora? Gracias. De paso, qué buena remera que tenés puesta. Justo venía escuchado en el celular el último disco. No está tan bueno, dejame decirte. No hay como los discos suyos de los setentas, esos se zarpan. Pero bueno, seguí leyendo, no te molesto más. ¿Cómo? Sí, es este el bondi. Te deja a unas cuadras del Hospital Privado. Después tenés que doblar por la esquina del kiosco para llegar a esa calle. Es una avenida grande, te vas a saber ubicar. ¿Vas a visitar a alguien? Dejame abrir un poco la ventana. No te molesta, ¿no? A ver, está como atascada. Uy, perdoname. Es que justo dobló el bondi. Te junto los apuntes. Qué interesante, che ¿es para la facu?, ¿estudiás? No, yo no estudio: trabajo. Pero me encantaría estudiar, me encantaría. Cine o artes plásticas. Andá a saber si después consigo trabajo de algo de eso, pero sería mi sueño. Ah, y me encantaría estudiar teatro también, me encanta todo lo que es actuar más que nada. ¿Que qué peli vi hace poco? Ninguna, no estoy encontrando el tiempo como para sentarme tranquilo y ver alguna. Pero justo me acordé de una, cuando te vi a vos. Me acordé porque sos muy muy parecido a uno de los actores, es así rubiecito como vos. No me vayas a malinterpretar, en la peli son todos muy afeminados, y vos no parecés afeminado, para nada. En absoluto. Si querés te cuento, falta bastante para mi parada. No me acuerdo el nombre de la peli, pero el protagonista es un marinero novato, con su musculosa a rayas, su

sombrecito, todo trabado. Putísimo. La vi hace mucho igual, por Europa Europa; a veces se copan y pasan películas que están buenas. O que por lo menos no duermen. La cosa es que el marinero se quiere hacer culiar a toda costa por un negro enorme, todo forzado. Hay un asunto, un problema que no me acuerdo cuál era, pero que tienen que resolver sí o sí. Deciden resolverlo tirando los dados. Apuestan no sé qué cosa: si el putito perdía, el negro se lo cogía; si no, el asunto terminaba ahí y el marinero seguía su camino. Tiran. El negro saca poco. Después tira el putito marinerito. Saca cuatro, ponele, y ya con eso ganaba. Pero cuando tira los dados y ve lo que sacó y se hace el boludo, se pone entre el negro y los dados, para que no vea, y los da vuelta. Para perder; así de obvio era el chabón. A todo esto el negro era obvio que se lo quería coger, y tampoco le molestaba mucho la situación. Pero igual como que se enojaba, y lo agarraba al marinerito y se lo apoyaba todo. Contra una mesa de pool, me acuerdo. Y en un momento le baja los pantalones al putito, la cámara no muestra la parte del desnudo. Es más como artística la toma, ¿me entendés? Es que no era porno la película. Todo está muy estilizado, maquillado, muy de puto, no sé cómo decirte. Pero no era porno, entonces no te muestran el desnudo. Pero igual se ve muy claro; solo se ve eso en realidad. La cara del negro ocupa la pantalla entera y se ve cómo escupe un gran salivazo destinado al centro de la raja del culo del putito. Como que baja en cámara lenta, se escucha el ruidito al caer. O eso ya me lo estoy imaginando yo, viste cómo es. ¿Te estoy incomodando? Decímelo, no hay drama. Es que me gustó mucho esa peli. No te puedo creer, nunca nos dijimos nuestros nombres. Alberto, soy. Me llamo, digo. Sí, ya sé; no es un lindo nombre, pero lo podés decir en inglés y suena mejor. José Luis, me encanta. Los nombres dobles me encantan. Ah, pero qué apellido extraño tenés. ¿Es vasco? ¿De dónde es? Te cuento una cosa, igual. Ya que hemos intimado, te digo que me caés muy bien. Igual, ahora tengo un problema. Es que no sé qué hacer con esto. Y sí, qué querés que haga. ¿Me va a decir que nunca te pasó? No se me baja, estoy en jogging y hay mucha gente. Hace como dos paradas que me tendría que haber bajado, en realidad. Paradas, jajaja. Suelen ser

mejores mis chistes, ¿eh? Es que me copé con el relato. Pero no, en serio. Mirá, se me ocurrió una idea. Podemos caminar un rato hasta una placita que hay cerca una estación de servicio, ¿te va? Nos bajamos ahora, después de la curva. No te preocupes, estamos acá nomás del hospital, yo te indico cómo llegar después. Además, no terminé de contarte el final de película. ¿Conocés el barrio? ¿Sos de acá, de la ciudad? Sí, nos bajamos en la próxima. Ayúdame, que no me vea la gente, me da mucha pero mucha vergüenza. Vos andá adelante, yo voy pegado a vos. Uuuuh, no te la puedo creer. Hoooola, Silvana, ¿cómo estás? Sí, sí, tanto tiempo. Te dejo, llamame a la peluquería y hablamos, disculpá, es que estoy apurado. Besos. Ay, pero qué vergüenza. Naaadie, era una vieja que va siempre a la peluquería. Insoportable. Encima yo con vos y el amigo acá. Vení, agarramos por acá. No conocés, ¿no? Yo sabía, no te veía cara conocida. Yo tomo ese bondi todos los putos días, no me queda otra. Es lindo acá, está bastante cerca del centro, pero hay tranquilidad también. Y vos, ¿qué onda? Sí, ya sé, es una pregunta bastante general. Bah, la pregunta más general que existe capaz. Pero digo qué onda, dale, me entendés. Dah, me vas a decir que nunca estuviste con un tipo. ¿En serio? No, no te creo... ¿Tímido? Sí, bueno, eso ya me di cuenta, pero taaan tímido al final no sos, hace como dos horas que estamos hablando. Pero si tanto problema te hacés, capaz que tendrías que probar otra cosa, no sé. Por acá es, doblemos y ya está la plaza. Digo, entrar de otra forma. Mirá, a ver si me explico mejor, ¿sabés qué hacía yo antes? Iba a jugar al fútbol. De verdad te digo, no te rías. Así como me ves, me defendía bastante. Hace un par de años que ya dejé de ir porque me esguincé, pero cuando tenía algún tiempito entre la pelu y la vuelta a casa jugaba. O cuando pintaba nomás de aburrido que estaba, salía a dar vueltas por el barrio. Tenía como un tour armado y pasaba por todas las canchas de fútbol 5 del barrio. Y sí, nene, antes era así. Ahora porque hay internet hasta en las paradas de colectivo y tenés programitas que son pura y exclusivamente para encontrarse y garchar. Antes había que patear y patear, dar vueltas, hacer señas, qué sé yo, ingeniártelas. Está linda esta plaza. Tirémonos ahí al solcito. Che, ¿vos qué estudiabas,

periodismo? Ah, es un ping pong de un solo lado este si no, nunca decís nada vos. Algo, algo interesante debe haber en esa cabecita tuya, algo te debe haber pasado. ¿Nunca nunca nadie te tiró onda? No puede ser, no hay chances. Por ahí sos muy volado y no prestás nunca atención a lo que te está pasando. ¿De qué signo me dijiste que eras? Claro, de aire. Vivís en la nube, nene. Tenés que bajar un poco. Seguro que un montón de tipos te guiñaron el ojo y vos ni cuenta te diste. Claro, así de fácil es. A ver, probá... Pero vos guiñas como epiléptico, no sé, muy muy rápido... No, así no, lo más rápido que puedas, si no parece que tenés algo raro, no parecés trolo. Mira, así... Bueno, sí, ahí va mejor. Tiene que ser casi imperceptible. No, obvio. Para mí está todo bien, ¿eh? Soy bastante liberal en ese sentido: la vida de cada uno es sagrada. Sí, no... Pará, yo no dije eso. Yo lo que digo es que es nada, es una idea nomás. ¿Me vas a decir que nunca se te ocurrió? Pero solo la idea, ¿nunca se te cruzó por la cabeza? Es probar nomás, como intentar algo nuevo. Como andar en rollers, qué sé yo. Probar un postre que nunca habías probado, o que creías que no te gustaba pero en realidad con el tiempo descubriste que te habías quedado con la *idea* de que no te gustaba. ¿Me entendés? Bueno, che, no te persigás, no estoy tratando de convencerte ni nada. Bueno, jeje, un poco sí. Aguantame que quiero mear, voy a esa YPF. Bancá... Qué baño horrible, por Dios. A mí una vez un tacherero me dijo que macho es el que prueba y no le gusta. ¿Si era puto? Qué sé yo, no le pregunté. La charla era bastante interesante como para hacer una pregunta tan obvio. ¿Para vos los tachereros son todos iguales? Sí, eso obvio, pero... No, no me parece. Puede ser... Mira, no sé, pero capaz que el tipo tiene ideas copadas pero tiene que parar la olla, no le da para andar por ahí haciendo lo que quiere, onda leer a Marx, el *Página*. No es que defienda a todos los fachos hijos de mil putas que existen, pero para ser progresista hay que tener tiempo también. Eso lo decís porque sos estudiante, ya vas a ver cuando te tengas que bancar vos solo. Ay, discúlpame, el señor trabajó, ¿cuánto tiempo? Medio año en un *call center* para comprarse una viola y dice que... Bueno, bueno, no te calentés, no ves que te jodo. Pero está bien, aprovecharé que sos pibe, tus viejos te deben querer un montón seguro.

Pero no podés ser tan boludo tampoco. Un tachero puede ser, no sé, un artista, o un tipo con una gran capacidad para hacer muebles o estatuitas de duendes súper delicadas, medio naif pero re lindas, qué sé yo. Pero, ¿sabés qué? Por ahí no se le dio: lo cagó el mejor amigo, iban a poner un emprendimiento de birras artesanales, la mujer le metió los cuernos con el otro chabón que parecía un copado, se empezaron a acumular las deudas y el negocio se pudrió. O tiene un hijo con esclerosis múltiple y el tiempo no le da para andarse inventando una nueva forma de vida, se dejó amilinar, y ahí anda con el culo en el asiento todo el día para comer. Ah, pero vos te quedás con lo que más vende, lo que pide la platea. Ya te dije, soy liberal, qué te importa si el tipo era o no era, puede hacer de su culo un... ¿Que qué le dije yo? Ah, te quedaste enganchado. Y bueno, sí, yo le dije que cagón no era. No le dije mucho más tampoco, en realidad creo que me sacó la ficha al toque. Pero igual me hice rogar. No, no. Obvio que no, en esa época estaba de novio, no me daba para andar de levante. Y bueno, no me creas. Nos estamos alejando del punto, de todas formas. No sé cómo explicarte. Es un poco como un virus, ¿viste? Algo que arranca como una cosa muy chiquita, muy pequeñita, pero que se queda ahí dando vueltas en tu cabeza. Una pregunta, una idea o una imagen que se te queda pegada. Por ejemplo, yo no puedo dejar de pensar en vestuarios. En serio te digo... Pero esto no es una idea ni una imagen, es más bien un olor. Porque sí, por ahí te cruzás con alguien y te quedás tildado, ¿viste? ¿Hay onda o no hay onda? ¿Me miró un segundo de más o me estoy comiendo un viaje? Y ahí te empezás a comer el bocho y si tenés ganas te mandás y le escribís mensajes o lo buscás y qué sé yo. O te contás a vos mismo la historia de ese día, todas las noches, antes de ir a dormir y hacés conexiones medio extrañas y entonces idealizás y te acordás de los detalles y de la luz que justo le daba en el hombro a contraluz cuando te pasaba la birra y decía tu nombre, que tenía la barba crecida de unos días y que el sol le hacía como unas formas extrañas que contrastaban con lo negro de la barba y eso te hace acordar a cuando eras chicos y tu tío te llevaba a dar vueltas en auto y te preguntaba “¿Cómo andás, pendejo, ya la pusiste? ¿Ya estuviste con alguna chica?” y te

acordás del olor a tierra y viento que entraba por la ventana... No, idiota, mi tío era una masa, mirá si me va a tocar, enfermo. Encima te reís y me cortás el mambo. Me entendiste, ¿no? Igual, eso depende de uno, si estás muy de la mente, así sacado con el chabón y no podés dejar de pensar... Justo a eso iba. Vestuarios: olor a desodorante y a jabón, es tremendo, me lleva mentalmente a un vestuario. No precisamente al vestuario de nenas, no hace falta que te diga. Pero es tremendo, son olores que me llevan a ciertos lugares. ¿A vos no te pasa? Escuchame, ¿querés que vayamos a mi casa? Mis viejos no están, se fueron a las sierras. No queda nadie en esta época. Por eso te pude fichar, si había más gente por ahí no te veía. ¿Vamos? Podemos comprar algo en un kiosquito que hay por acá. Y acá estamos, qué loco. Mirá si en una de esas vos ibas con los auriculares puestos. O yo no me animaba a hablarte. O estabas sentado con alguien al lado. Ya ni me acuerdo qué te dije en el bondi, cómo te empecé a hablar... Es por esta calle... Pero viste cómo es, a veces uno se da cuenta, es raro. Yo le saco siempre la ficha a la gente. Siempre, ¿eh? Igual, esa remera, te digo, ayudó bastante. Me gusta. ¿Dónde la compraste? A ver qué talle sos. Justo, ya te la puedo hacer, ¿eh? Y tenés un tatuaje también. Bueno, después me lo mostrás. Y acá agarramos por la derecha... Yo me quiero hacer un tatuaje también, una frase. Pero no sé bien cuál todavía... Y acá estamos. Encima mis viejos no se van nuncanuncanunca. No los soporto más. ¿Vos qué tenías que hacer al final? No me dijiste, creo. Si no querés contarme está todo bien. Por ahí tenés un novio. O una novia, por qué no. Está todo bien, yo sé entender. Qué sé yo, cada uno tiene su historia detrás, y la lleva a todos lados con uno. No te podés escapar así nomás de donde venís, de lo que sos. Pero sí uno puede olvidarse, aunque sea un rato, no sé, divertirse un poco. Ahora que no están estos viejos forros hasta puedo fumar adentro, total ventilo después... Yo también tuve mis historias con minas, pero tranqui. Nunca me gustaron mucho. Igual, las lesbianas son increíbles. Sí, sí, en serio te digo. Tengo unas lesbianas amigas que me dejan que las vea coger, está todo bien. En general me calientan más los chicos, así de una te lo digo. Te lo firmo ya. Me gustan más los

pibes que las minas, pero estas dos son un espectáculo digno de ver. Esperá que compro puchos. ¿Querés algo vos, una coca? Son unas zarpadas, te digo... Maestro, un Phillip común, ¿puede ser? Si las ves te recontra calentás, erección asegurada. Es como que podrían estar garchando todo lo que quisieran. No tienen fin, las hijas de puta. Se hacen de todo. Cosas con los pies, vibradores, tienen una pija de goma. Son las únicas chicas que me han calentado, te digo la verdad... Gracias, che. Te debo los cincuenta. Mañana te los traigo, ¿dale? Acá nomás es. Falta una cuadra. ¿Viste la cara de papazo bárbaro que tiene el kiosquero ese? Pobrecito, mi alma. Me da lástima ya. Y es obvio que se la come, falta que se enteren él y la madre. ¿Que cómo sé? ¿No viste cómo se puso todo tenso cuando me escuchó hablar de las tortas? Dije pija de goma y se le cayó el vuelto casi. Tuvo como una microcontusión interior... Qué van a ser delirios míos. ¿Paranoico, yo? Estás en pedo. Si fuese paranoico no te hubiera ni insinuado dónde vivo, ¿mirá si me robás o algo? ¿Tenés fuego? Gracias. A ver, vení. Dale, si total no nos ve nadie. Qué rico, Lewis. Joseph Lewis. En inglés los nombres siempre son más graciosos. ¿Sabés inglés vos? Es re fácil. Bueno, los adjetivos van siempre antes del sujeto. Igual que como hablan los tangueros o los poetas viejos. Dicen la verde pradera, la pesada herencia. Después es re fácil, tenés que estudiar nomás. Debería ser traductor yo. O subtitulador de pelis, no sé qué hago cortándole el pelo a las viejas chotas. Mirá, te tiro otras traducciones: Roberto Planta. ¿Sabés cuál digo? De una. Alto cantante, alta banda. ¿Dónde guardé la llave? Y el bajista era Juan Pablo Juanes. El violero, Juancito Página. Bueno, a veces no son taaan divertidos. Pero Rogelio Aguas está buenísimo. ¿Te gusta el rock de antes? Tengo unos vini-los de mi viejo, podemos escuchar si querés, están zarpados. Y después, de ahora, pero no por eso en vida, tenés a Amanda Bodega. ¿No caés? Esa te la dejo picando. Pasá, nomás. Por acá, vamos al patio un rato. ¿Tenés sed? Está hermosa la tardecita. Che, nunca te terminé de contar el final de la peli... No, no tengo mascotas. Qué loco, es lo primero que me preguntás desde que empezamos a hablar. Bah, desde que yo te empecé a hablar. Está todo bien con los tímidos como

vos, siempre y cuando sean así de bonitos. Tenía un gato pero se me perdió hace unos días, pobre. Me hiciste acordar, estoy destrozado. Ya hace tres semanas que no vuelve. Manolo, se llama. Todavía guardo algunas esperanzas de que vuelva. Pero bueno, cambiemos de tema. ¿Qué querés hacer? A mí me está agarrando un poco de hambre, la verdad. Podemos ver de pedir algo o... Mmm, buena idea, ambientar un poco. Vení, está en el estudio. Cuidado que está oscuro por la escalera. Vení, dame la mano. No, no es músico, nadie en la familia toca nada. Pero el piano era de un amigo de mi papá que murió hace poco. Nadie de su familia lo quería, así que mi viejo lo trajo para acá. Igual, yo no sé nada, pero me parece que está desafinadísimo. No me digas que tocás, me caigo de culo acá mismo. Pará que prendo la luz, no vas a ver un pomo. Está oscureciendo, no lo puedo creer, qué román... Nada, no dije nada. Vos tocá nomás, yo voy buscando algún vinilo para escuchar después. Pero primero voy al baño que no doy más, ya vuelvo ¿eh? ¿Estás tocando? Qué genio, no lo puedo creer. Lo cantamos juntos, esperame. ¿Tomás alcohol, no? Creo que queda un vino. Los forros, los forros, ¿dónde estaban? Mirá el vino que me encontré, che. ¿Tomás, no? A pleno, ahí te sirvo. Seguí, seguí tocando, por favor. ¿Te sabes "Odisea espacial"? Jajaja. Es que así viene escrita en el vinilo que tengo. Claro, antes te traducían las canciones de los artistas extranjeros, para que la gente que no sabía inglés, por ejemplo, no como ahora que sabe todo el mundo, este... sepa los nombres de las canciones. De esto también tengo algunos ejemplos divertidos. Aaah, te quedaste pensando. ¿Y, quién era? De una, Amy Winehouse. ¿Cómo traducís bodega, si no? Casa de vinos, claro. Y Amanda, bueno, es un poco de libre albedrío, ya que estamos. Pero brindemos, brindemos. Por la felicidad, como siempre. Trilladísimo, ya sé. Pero no por eso menos importante. ¿Vos por qué brindás? Por las casualidades, mirá vos. Qué interesante. Y sí, lo de hoy: encontrarnos, terminar acá, fue una gran casualidad. ¿Pero vos lo decís por algo más?, si puedo preguntar... Dale, sí, contame. Ah, así que no ibas al hospital, así que me chamuyaste cualquiera. Está bien, por ahí caigo un poco denso a veces, invasivo, me lo han dicho. Está bien, te entiendo.

Dejame hacerte una confesión: yo siempre uso un nombre falso cuando me encuentro a algún pesado. Elías Johnson me hago llamar jajaja. Es ridículo, pero se lo creen. Pero dale, seguime contando... Jodeme... ¿En serio me decís? Pero todavía estás a tiempo para ir, es temprano. Si vos sentís que tenés que ir. De verdad te digo, yo entiendo que tengas un compromiso así. Jodeme que te arruine el día. Bah, no a vos sino a tu... ¿Estás seguro? No me quiero quedar con ninguna sensación contradictoria ni nada raro. Quiero que estés acá porque vos lo sentís. Pero no nos pongamos así de románticos, por favor... Mirá que si me chamuyás me doy cuenta. Hermoso lo que me decís, re loco además. Porque yo en realidad hoy salí antes del laburo. En realidad ya no laburo más ahí, desde hoy digamos. Me echaron. Posta, sí. Pero bueno, ya está, no tuve suerte. No, no me siento tan mal. Tendré que encontrar otro laburo, qué sé yo... No me quieras hacer sentir mejor. Además, si sacaste esa frase de alguna película ya voy a saber de cuál. Cieeerto, no terminé de contarte el final de la película. Igual, te digo la verdad, no la terminé de ver porque era medio bodrio. Re lenta, no pasaba nada. Había unos cuerpazos divinos, pero hablaban mucho. A mí me embolan cuando tienen esas conversaciones inentendibles, así como francesas, qué sé yo, de intelectual pedorro. Sí, se quieren hacer los interesantes y les sale mal. Aparte, si me mostrás a un negro lubricando un culo con saliva, todo en cámara lenta, como sensual e interesante, ¿me entendés?, después me clavas monólogos pedorros: ¿quién te entiende? No da cuando hablan mucho, así al pedo, como por demás. Bueno, sí, jeje. A mí me gusta hablar. Y mucho. Gracias por el piropo ¿eh? Guacho atrevido. Si querés que me calle, me callo, solo tenés que pedirlo. A mí me gusta el silencio también, de vez en cuando. Podemos poner un vinilo para ambientar. Claro que podés elegir, ahí en la repisa, el que quieras...

EL SONIDO DE LOS DADOS REVOLCÁNDOSE

María Zulema Lázaro



Zulema Lázaro nació en Buenos Aires, en el barrio de La Paternal, en 1966. Es escritora y profesora de castellano, literatura y latín. Antes fue heladera, cadeta de un bazar, vendedora de libros, vidrierista en la boutique de su tía, mientras de noche frecuentaba Quiero Lola, Bunker, Morocco, Contramano, El Dorado, Nave Jungla, Mediomundo, Bajo Tierra, Paladium, Caix, la Age Of Communication y otros ámbitos de la movida de los ochenta y noventa de los cuales es una sobreviviente. Integró la antología *Buenos Aires no duerme* (Eudeba, 1998). Tiene publicados en el sello Milena Caserola los libros *Barbarella*, *El vaguito* y *RePuesta*.

El sonido de los dados revolcándose entre sí dentro de un cubilete era el de nuestras siestas. Tía jugaba con Elenita y las hermanitas Bencardini y el cubilete largo, marrón, forrado en cuero grueso, me calentaba. Me traía a Cacho que agitaba su pene y le ponía la tapa en el medio de su pobreza a un centenar de amantes que tenía. Pero había momentos en que no me daba ni pelota. Cuando jugaba Argentinos y las tardes de timba en lo de don Falucho. Cuando se ponía con las fichas de dominó ni siquiera fumaba. Las fichas lo hipnotizaban cegándolo con su brillo. Por más caprichosa y taimada que me pusiese no me daba ni la hora. También lo enajenaban los mazos. Qué bien quedaba en su mano un terceto de cartas formando un intento de abanico. Los naipes lo calentaban como a mí cuando me daba la comezón de concha que solo aliviaba la secuencia de sus dedos, su lengua y su implacable pija. Implacables ojos de diablo premerca clavados sobre mi esencia. Imposible separármelo, solo tirándole fuerte del mechón del flequillo conseguía que dejara de ensañarse como si yo fuera un hincha de Estudiantes de la Plata. Si no le tiraba del pelo seguro iba a pasar como en esa siesta en que no nos podíamos separar porque habíamos quedado engrampados, abrojados, abotonados como perros.

Los timberos no se mezclan. Los grupos de damas hacia Donato, los grupos de caballeros y niños hacia el ala derecha de la Pater, zona denominada la Isla del Espinillo por los pastizales. La casa de don

Falucho estaba tapada con arbustos y hojas de gomero. Entraba con las noticias de la agencia de juegos Pacito, que iba y venía pedaleando por la calle encasotada que une Paternal con La Chacarita. La agencia estaba abierta las 24 horas. Sentada en la falda de Cacho, cada dos jugadas me enlazaba a su cuello y le susurraba:

—Helado, comprame helado. Dame guita y voy con las Gómez a la Tucán.

—Pibi, esperá que me levante que vengo tomuer.

—Helado para chupar, Cacho.

—Pendeja, esperá que me recupere. Ya viene otra mano y repunto. Siempre esperando el desquite de otros, ahora caguen, se vino el mío —y mostró los naipes españoles. Barajas para cepillar líneas, para sacarse el pollo del premolar o para jugar arriba de mi cuerpo desnudo al solitario.

Un día se levantó de la mesa, sacó un facote de billetes y me dijo:

—Andá al negocio de Raquel, la moishe de avenida San Martín, y comprate una solera para mí. Decile a la Bobe que después le hago la otra entrega, decile que no lo pagamos en tres, lo pagamos en dos veces.

Tan feliz estaba que con la última luz de la tarde les caí con un matambre relleno de huevo picado y aceitunas que le afané a mi viejo. Compré medio kilo de figacitas de manteca y les hice una bandeja de sandwichitos que los muchachos festejaron. Cacho me comió a besos quince minutos y me dijo:

—Andá, zalamera, andate a la timba de la Titi que vas a aprender mejores cosas que con estos viejos de mierda.

Me pegó un chirlo, un chirrito es la felicidad de la cassata de la fonda de avenida Beiró.

Papá, cuando descubrió que me había robado el matambre, me increpó:

—Decime que te lo morfaste para después vomitarlo. Prefiero eso a que se lo hayas llevado de pura calenturienta a ese desgraciado del Cacho. Ustedes sigan jodiendo, sigan jodiendo que vas a parir un chico mogólico meta porquería a la que se dan.

Papi para ganarse alguna propina les hacía de mucamo en las reuniones de póker o canasta de Tía y amigas. Las “chicas” le daban la cañota, pero había que seguirles el ritmo a esas pebetas que se iban a dormir a las seis o siete de la mañana. Meta pedir agua con gas las paisanas, unas té frío con limón, whisky con hielo las pitucas. Todas le daban propina a Papi cuando se desparramaban en los cuartos para irse a dormir. Papá juntaba las servilletas, salía a sacudir a Donato los tres manteles, el de la mesa redonda, el de la mesita enana y el de la mesa dominguera de ravioladas.

Cacho jamás me regaló bombones pero sí gladiolos del cementerio cuando le tocaba reparto entre los sepultureros de las secciones que dan a la calle Rodney. Yo digo que no se plasma el universo latente que tallamos. Escribir sobre tanto sentido, tanto recorrido, tanto jugado con el Cacho sería el acto de injusticia mayor que pudiera cometer. Cacho jamás me regaló bombones pero sí su hermosa ranchada. Él me pinchaba una docena y dos unidades a la luz de la luna en la Facultad de Agronomía o en el Club Arquitectura.

¿Y dónde está todo? Todo está guardado en la cocina de mi tía o en los vagones del tren La Paternal-San Miguel-Pilar. Cuando nos tomábamos nada más que el tren para amarnos a pura hostilidad vagón de acero. De aquella época no me queda nada que me dé la vergüenza de ahora.

Del presente me horroriza la sucesión de imágenes vergonzantes. Ahora sí me da la reverenda vergüenza. Cómo puedo escribir si sigo recibiendo rechazo y enmohecimiento como mujer. Ya nadie me quiere deglutir como hembra. Enmohecimiento. Doy pistas a los hombres para que me amen. Debo andar dando indicios porque los acabo como Raid. Me duran menos que un pancho.

Genero rechazo porque psiquis y cuerpo es un binomio envirutado de medicación para esta minusválida mental. Que no me jodan mucho en los laburos, que me mando otra licencia. Ya saben en el Rawson, ya se la creyeron la de que estoy piantada. ¿Estoy piantada? Necesito pitar un poco.

“A ver tus dientitos, Lucre, qué hermoso esmalte, hija”. “Hija, te traje la corona refulgente”. “Hija, aprendé esta palabra: *deslumbrante*, tu madre era despampanante como Nélide Roca pero sin tetas”. “No, la corona mejor yo”. “¿Y yo que pinto, mamá?”. “Lo que se te ocurra”. “No, mi amor, ¡cómo te voy a dejar! ¡Cómo que me voy a ir a vivir a un sanatorio! Hija, ni loca que esté”. “¿Papá? ¿Qué te dice tu papá?” “Pa habló con una señorita de la Suis Médica y lo escuché”. “¿Qué escuchaste, princesita?”, “‘Entonces le cubre internación psiquiátrica?’ dijo, ma”.

“Ma, ¿los milagros se compran?” “Ojalá”. Mi tía era un milagro: “¡Avivate! ¡Avivate más, piojita! ¡Apiolate, apiolate, que sos una dormida! ¡Fuera, si no te despabilás, te van a morfar cruda!”. “Si yo tuviera tu físico no tendría problemas, piojita. Mirá qué hermosa cara, qué hermoso pelo de dieciséis. Ninguna arruguita, ninguna canita”. “Hermosa, preciosura del alma mía”, me decía a los dieciséis. “Chuchi, chuchita, ¿dónde estás? Aparecé, qué ya llegué del Once... Chuchi, chuchita, ayudá a tu tía con los bolsones. Hay una sorpresa. Te traje un conjuntito composé tableado escocés que es una locura. Pollera plisada y camisa con cuello bebé encaje. Para mi hermosita, almita del alma mía. ¿De quién sos vos, de la mami o de la tía?”. “De la tía”. Titina, dejaré de ser una tarambana. Mi hija fue dos años secretaria estrella en el jardín. Algo bien hice.

A mí no me va a suceder lo que le pasó a nuestra Ada cuando la abandonó ese guacho total de Canaro, quien se cagó en las patas y dio un paso al costado de ese deslumbrante amor que conmocionaba a todo el mundo del espectáculo y la cultura rioplatense. La pobre Ada, me contaba Tía, entre ayuno y oración, meta tejer canastitos en mimbre y sisal para vender a los Expósitos de Rafaela que sostiene su misma orden, la de las Hermanas de San Camilo Tercera Línea Fundadora Franciscana en Argentina, cosa que le hacía bien porque la obligaba a ver luz y es sabido que todas quedan ciegas porque solo curten lo oscuro y húmedo de los rincones del soporífero recluimiento. Okey, te puedo entender que la humedad no deja que se seque la retina, pero tampoco para tanto. Qué es eso de andar entre

sombras hasta quedar con borgeana ceguera. La pobre de clausura y el otro paseando el domingo a la salida de los cabarulos donde cantaba en su Packard con jermu franchuta y pendejos del orto.

No, no. A mí no me agarran para eso. Yo voy a ser como la Obradora. Le decían la Obradora porque se metía en cuanto obrador se le cruzara. Se metía porque jugaba chiquilinas con los tipos, todos obradores. Y sí, qué vidurria bárbara: todo ese obraje, hacia ella. Se introducía porque daba y recibía reciprocaciones entre cemento, pastinas, cal, arena y pibes bien marcados de ladrillos y cucharas y fratachos. Se divertía con los emparejadores de revoque. Montaba un Scalextric humano con ellos. Uno detrás de otros, encastrados como teleféricos, ensamblados, de rodillas, troquelados desde el festejo hasta el humillaje. Nunca mejor puesto un apodo. No es fácil ser obrera del goce, hacedora del deleite como provenzal de terceros y el de uno mismo.

Otro contraejemplo de la Obradora cual faro es el de María Granata. Ella picaba muy alto, estaba por encima de las posibilidades de todos prácticamente porque pretendía energía correcta y profundidad de penetración. María Granata es un gato... pero qué gato. Todo el mundo lo sabía. Viajaba en avión privado con Lugo. Era la puta favorita del paraguayo. Paraguay, para la mierda. Yo, yo misma le daba clase. Pretendía hablar inglés pero cómo, si no sabía leer ni escribir. Ella solamente lo llamaba a Asunción en determinados momentos del mes porque la voz se le ponía más sexy en los días fértiles. Como loco, Lugo, con ese timbre sonoro. Me voy a aprender el verbo gatear en todas sus formas menos en pretéritos. Mi vida será un yo gateo, tú gateas, ella gatea. Mejor, yo gatearé, porque necesito antes de empezar a recorrer el espinel, prepararme un poco. La Granata me dijo que para el target que daba, yo no necesitaba otra preparación que ir sin cargar el olor a mierda del Cacho. ¿Qué son? ¿Dientes postizos o los tuyos propios? A ver, abrí, a uno de chomba aureolada. ¡Ah, son naturales los que están! La Granata recomendó ir a bailar a La Pipona, un boliche regentado por dominicanos indocumentados. Trabajar para relajarme. Tengo que higienizar a mi dorima con una lata de tomates.

Imaginate que el lisiado hace todas sus necesidades en la cama; cuando hay pañales, hay pañales, si no pala y batea de gato. Entrar me hace respirar como si no fuese un hotel menesundo. Machaca, la regente del bailongo que funciona en la pieza cero tres del hotel, hizo empapelar esa, su habitación, a pesar de que un día la rajan y le queda al propietario. La encargada cuando puede entra y le roba las franjas de papel que se despegan y forra los cuadernos de entrada y salida del familiar. El primer punto que me toca parece buen tipo, que con sus cuarenta y cuatro y su piel praliné bien que se las rebusca.

Me duele, Cacho. Que no estés me duele como la primera línea de cocaína le dolió al Diego, como al carro del chatarrero le duele la chatarra. Me duele como el travesaño que cargan ellos, los campistas, esos jugadores segundones, que acomodan los arcos. Me duele como el último asiento del 78 Chacarita-Boulogne en todos sus ramales.

Pero bueno, carajo, no es para tanto: next. Next retina dilatada, next neblina abrumada, next cazuela con peito do frango, next cuerpo que reposa en esta insensata, fuera de sí, que flota en un cuerpo paralelo porque adentro me crece un laberinto por el que se sale por arriba como en la asterionesca casa de Borges. Next, porque este pasadizo conchudo como una pesadilla en el fandango también en cierta medida me alivia y me sostiene. Next, whatever.

PENSAMIENTOS AJENOS

Ulises Cremonte



Ulises Cremonte nació en Mar del Plata, pero vive en La Plata, que es como decir que vive en una ficción, la de la ciudad planificada, la de sus diagonales. Mirada oblicua o torcida que lo lleva a dar clases de escritura en la UNLP y mientras tanto seguir escribiendo, incluso cuando no lo está haciendo. Publicó algunos libros, otros los tiró en la papelera de reciclaje.

I

Jueves a la noche. El remis me deja en la puerta de Gambito. Cuando quiero entrar me frena un patovica. Humano. Y enorme. Como una montaña. Puro músculo. El cuello mide lo mismo que una columna del Congreso.

—No podés pasar: noche de marcianos —dice, seco.

—¿Y vos?

—Es diferente, soy un empleado. Además, estoy afuera. Literalmente afuera.

Desde que a los patovicas le exigieron títulos universitarios son más insoportables que antes. Pero hay cosas que no cambian. Tomo un billete de mil y se lo deposito, subrepticamente, en la palma de su mano. Lo guarda y, antes de correrse, me indica que le pida a la chica de la entrada una máscara. Ingreso por un pequeño pasillo. A la izquierda está el guardarropa. Lo atiende una marciana esbelta, más alta que las habituales. Sus antenas titilan en la oscuridad. Le digo que me mandó el patovica. La marciana, sin emitir palabras, saca de abajo del mostrador tres caretas. Son los últimos papas. Le señalo la de Juan Pablo II. Me la da. Me la pongo. Ella me suma unas antenas. Son de utilería y se notan. No creo que pueda engañar a nadie. Supongo que no importa. Me las calzo en mi cabeza y me enfoco con mi celular. Mi disfraz me divierte, es bueno, a veces, jugar a cambiar de piel. Entro. La pista está que explota. Hay marcianos, pero también humanos con sus respectivas máscaras. Avanzo entre la gente

y voy hasta la barra. Después de un rato logro que me preparen un Zerpa, con más Aperol que tequila. Pago y lo bebo de un trago. Pido otro. Ponele más Combier esta vez.

II

Me despierto en uno de los reservados. No llevo puesta la máscara. Ni idea dónde quedó. Eso sí, aún conservo las antenas. Por lo demás, un marciano duerme apoyado en mi hombro. Tiene un rostro perfecto, con nariz humana. Las cirugías son cada vez mejores. Los ojos maquillados le dan un aire encantadoramente lúgubre. De todos modos, lo que más me gusta de él son sus antenas, con forma de tulipanes, de un azul ópalo. Podría aprovechar, ahora que está dormido, y acariciarlas, pero me acuerdo que hoy cobré el sueldo y que ando con toda la plata encima.

En el movimiento que hago para tantear si aún tengo en el bolsillo de adentro de mi campera el sobre con el dinero, el marciano se despierta. Quedate tranquilo que, salvo tu corazón, no te robé nada, dice y me da un beso largo. No recuerdo haberlo besado antes. Por el tamaño de su lengua intuyo que es joven. En su planeta sería menor de edad. No un niño, pero tampoco un adulto. Dieciséis años en parámetros nuestros. Me llamo Ismael, digo.

Sí, ya te habías presentado. Yo soy Rednik, ¿te acordás? Le propongo ir a una de las habitaciones de arriba. Dale. Subimos. Es un cuarto ambientado como en las películas del Lejano Oeste. Me pongo un vestido con volados y un buen escote. Pese a que no tengo tetas, me queda hermoso. Él se viste de cowboy. En realidad, es un chaleco y un cinturón con cartucheras. Le suma un sombrero que queda aplastado entre las dos antenas. Me río. Estoy feliz. Lo hacemos. Primero en modo humano, después marciano. Acabo solo la segunda vez. Nos quedamos acostados en el suelo. Pensamientos marcianos invaden mi mente. Es una sensación única, de limbo, que precede a la inmediatez utilitaria del orgasmo. Podría quedarme así toda la vida. Pero los marcianos tienen un problema: les gusta hablar. Mi cowboy interrumpe mi estado de nirvana para preguntarme a qué me dedico.

Vendo espejitos de colores. No entiende. Trabajo en una agencia de publicidad. Se ríe. Él me cuenta que llegó hace menos de un año, gracias a un primo que está desde el 2000. ¿Te gusta nuestro planeta?, le pregunto. No, pero la Argentina sí.

Después volvemos a hacerlo. Él quiere del modo humano, yo marciano. Tiramos una moneda. Sale la opción que había elegido él. A modo de festejo deja escapar un alarido agudo. Los espejos del cuarto tiemblan. Me besa. Volvemos a hacerlo. Como humanos. Lo disfruto más que la primera vez, aunque extraño esa albaquía de pensamientos marcianos que me quedó cuando lo hicimos a la usanza de su planeta. Antes de irnos le paso mi número de teléfono. Ya me lo habías dado, dice.

III

Cinco días después, Rednik me manda un mensaje. Quiere verme. Le digo de encontrarnos en Gambito. Él prefiere que vaya a su casa. Dudo. Tiro la moneda. Le digo que sí. Vive en Wilde, en un monoambiente en la calle Belgrano. En el palier hay un desfibrilador de antenas. Le pregunto si en el edificio son todos marcianos. No, pero el dueño sí. Entramos a su departamento. Compró comida. Para mí. Fajitas de carne. Hay cerveza. No tengo mucha hambre, pero igual como. Está rico. La cerveza también. Hablamos. Le cuento de una campaña publicitaria de shampoo para perros. Estaba en el set un grupo de defensores de animales y en un momento uno de los ovejeros aparece con espuma en la boca. Pensaron que tenía rabia y nosotros también, hasta que nos dimos cuenta de que era del shampoo. Me río. Rednik no. No entiende. Le explico. Sus antenas comienzan a titilar. Se lo nota contento. Después de comer prepara unos tragos marcianos. Me propongo ser medido, tomar poco. Pero no lo logro. Lo hacemos. En modo humano. Es un buen amante. Pero yo necesito más. O, en realidad, otra cosa. Pensamientos marcianos. Se lo pido, le pido que lo hagamos como en su planeta. Él accede, aunque sin estar demasiado convencido. Acabo. Pero no alcanzo a quedar en ese alucinatorio estado de nirvana de la vez de Gambito. Se lo digo. A veces

pasa, reacciona. Algo entre nosotros se rompe o en realidad parece más bien que no termina de zurcirse. De todos modos, seguimos charlando. En algún momento me besa. Bebo cerveza. Nos dormimos. Despierto a mitad de la noche. Rednik está acostado en el piso, boca arriba, las antenas vibran levemente, es algo así como un ronquido. Tengo sed, pero en la casa no hay heladera, tampoco agua, ni canilla. Me visto. Junto al llavero encuentro un cartel con el código para abrir la puerta del palier. Cuatro números que, abajo, pulso. Salgo a la calle. Es una noche lunar. No hace frío, pese a ser agosto. Una sensación de bienestar recorre mi cuerpo. Pero aún tengo mucha sed. En una estación de servicio compro una Coca grande. Me siento en una de las mesas. Tomo medio litro, casi de un trago. Los pulmones me explotan, es como si pretendieran romper las vértebras. Me obligo a respirar pausado. Al rato puedo tranquilizarme. Cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir descubro que Rednik está sentado delante mío. Fuma. Debe ser la clásica albaquía del pensamiento marciano, porque dentro del local no se puede fumar. Además nunca lo vi a él, ni a ningún marciano fumando. Me tira el humo en la cara. Se siente tan real que me asusta. No pienso hablarle. Pero me cuesta ignorarlo. Mueve sus labios. No salen palabras, ni nada. Cierro los ojos. Los abro. Él sigue ahí. Tomo un trago más de Coca. Me levanto. Supongo que Rednik va a seguirme. Me equivoco, permanece sentado. Juega con las volutas de humo que forma con su boca.

Al otro día me escribe un mensaje: ¿Por qué te fuiste anoche? Le explico que me gusta dormir en mi casa, en una cama. Entiendo. Nos mandamos un par de audios. Le pregunto si fuma. Sí, la nicotina es lo más. ¿Por qué nunca te vi hacerlo? Me responde que es una práctica íntima, por fuera de la mirada de otros.

IV

Comienzo a fantasear con la idea de convertirme en marciano. Leí un par de casos en una revista. Pero la intervención no es sencilla, ni barata. Con mis ahorros no llego a cubrir ni siquiera la mitad de lo que

sale. Se lo comento a Rednik. ¿Por qué querrías ser marciano? Por los pensamientos, le digo. Quiero tener, todo el tiempo, pensamientos marcianos. ¡Qué estupidez!, me responde.

V

Con Rednik nos vamos de vacaciones. A la zona de Cuyo. Yo estoy interesado en la ruta de los vinos. Él quiere pasar cinco días en el Valle de la Luna. Dice que a veces extraña un poco su planeta, la aridez del suelo, esa cosa encantadoramente inhóspita de Marte. Alquilamos unas cabañas en un complejo que hay en la entrada del Valle. La primera noche nos hacemos amigos de una pareja: Mara y Joris. Ella es diseñadora gráfica, nació en Perú, pero a los veinticinco años viajó a Ámsterdam para sumarse a la empresa digital que maneja él. Preparamos un cordero al asador. La cerveza la ponen ellos. Durante la cena Rednik está un poco ausente. Mantiene esa típica cordialidad marciana, pero lo conozco, creo que nuestros vecinos lo aburren un poco. Los ojos adquieren una tonalidad blancuzca, de ausencia. En algún momento se lo digo. No, es idea tuya. Cuando terminamos de comer, nos reunimos en torno a un fogón. Mara comienza a entonar canciones infantiles nórdicas. Ella me parece hermosa. Estoy un poco borracho. En algún momento me quedo dormido. Despierto a la mañana, en la cama. Todo mojado, por la transpiración. También me hice pis. Rednik no está. Saco las sábanas, mi ropa y la meto en una bolsa. Me cambio y salgo a la puerta. No lo veo. Joris está sentado en una reposera, leyendo un libro. Lo saludo. El me devuelve el gesto con una especie de gruñido. Desayuno dentro de la cabaña. Café solo y dos tostadas. Más tarde voy al lavadero del complejo. Busco a Rednik. No está. Ni en la recepción, ni en la confitería, ni en el espacio de juegos, tampoco en la librería. Compró un libro de poemas de una autora marciana que supongo que a él le va a gustar. De nuevo en la cabaña lo comienzo a leer, acostado en la cama. Me aburro. No tardo en quedarme dormido. Unos golpes a la puerta me despiertan. Está oscuro. Tengo gusto seco en la boca y la cabeza me late. Me levanto, abro: es

Mara. Me pregunta si queremos acompañarlos a hacer el Circuito de la Luna. Le consulto la hora. Son las ocho, me dice. ¿Lo viste a Rednik? Ella niega con un movimiento de cabeza. Dame un minuto, le digo. Okey. No sé si preocuparme o no. Tampoco si ir o no. Quizás mi novio esté en el Valle de la Luna. Es una posibilidad. Tiro la moneda. Me pongo algo de abrigo y salgo. Mara me espera en la puerta. ¿Y Joris? Se queda, nos alcanza después. Nos sumamos a un contingente de turistas. Un grupo de diez personas, los europeos vestidos como si fueran a un safari, los norteamericanos con ropas deportivas, holgadas. También hay una pareja de ancianos japoneses: sus cuerpos son pequeños, como encogidos y un tanto andróginos. Parecen las versiones femeninas y masculinas de ellos mismos. Él carga un telescopio portátil. La guía, una marciana rechoncha y simpática, anuncia que esta es la entrada al paraíso, pero en la tierra. Mara aplaude. También los norteamericanos. Los japoneses se miran entre sí. Comenzamos a caminar. La luna lo ilumina todo. No parece de noche. Se lo digo a Mara. Ella sonríe. Y toma mi mano. A medida que avanzamos la guía repite mecánicamente datos. Del lugar, del cielo, de los fósiles. Mara sigue tomada de mi mano, pero no acompaña ese gesto con ninguna otra demostración de afecto. Eso está muy bien: me siento acompañado y, a la vez, no invadido. El paisaje ayuda, aunque de a poco parece ir cobrando mayor presencia, como si ingresáramos a una gelatina. Me dejo embriagar por el entorno. El suelo arcilloso amortigua mis pasos, el horizonte se diluye en imperfecciones terrosas, es una fusión, un hule de añil. Viajo en el núcleo del Big Bang. Se parece al sentimiento holístico de los pensamientos marcianos. Mara tironea de mi mano. Una vez. Y después otra. Tardo en responder a su llamado. La miro: me señala con el mentón mi entrepierna. Tengo una erección romana. Ella sonríe. Avergonzado, suelto su mano, encorvo mi espalda, me escondo en mi propio cuerpo. Mara vuelve a tomarme de la mano, ralentiza el paso, me lleva con ella. Nos escondemos detrás de una roca. Esperamos, en cuclillas, un rato. La voz de la guía se va apagando, hasta perderse. Mara se pone de pie. Vamos más allá. La sigo. Ella se detiene frente a un fósil que parece un diván.

Vení. Me acerco. Comienza a besarme. Sus manos se mueven. Por todo mi cuerpo. La dejo hacer. Delicadamente me empuja hasta que logra acostarme sobre la superficie atávica. Observo el cielo. Algo de su perfección lo vuelve irreal, de juguete. Pierdo la fe. Mara ya está sentada sobre mis muslos, vuelve a besarme, pero mi cuerpo, cada una de sus partes, ha adquirido una laxitud indisimulable. Ella lo nota pero insiste. Está dispuesta a seguir hasta el final. Pero no hay final, sino la comprobación, después de varios intentos de que entre nosotros no va a pasar nada. El desierto se impone. Maricón, me dice, mientras acomoda su ropa. Sos un puto maricón. Yo también me acomodo la ropa. Ella camina, con una energía renovada, seguro motorizada por el enojo. La sigo. Rápidamente pierde el impulso inicial. No sabe a dónde ir. Yo, obviamente, tampoco. Como en los cuentos infantiles y en las malas comedias, de lo único que nos damos cuenta es que estamos dando vueltas en círculo. Pasa un largo rato, una hora, quizás más. Escuchamos unas voces que nos llaman. No es la marciana, son voces de hombres. No usan nuestros nombres, gritan: "Turistas, turistas perdidos". De alguna manera logramos que la referencia sonora se acople a la espacial y ellos y nosotros, nos encontramos. Volvemos al complejo. Joris no la espera en la puerta, sino adentro. Chau, maricón. Antes de entrar a mi cabaña veo que las luces están prendidas. Rednik, pienso. Abro, entro, lo veo. Está sentado en la cama, con las piernas cruzadas. Fuma: tiene un cigarrillo en cada antena. El humo sale por su boca. A medida que los cigarrillos se consumen, las cenizas caen como lluvia áspera. Su aspecto tiene algo de faquir. Se lo digo. No entiende. Le explico. Sonríe. Después me dice, me vuelvo. Necesito volver a mi planeta. Me acerco. El humo del tabaco me marea. Le pregunto dónde estuvo. Por ahí, me responde. Le cuento lo que me pasó, pero solo una parte, la de qué nos perdimos con Mara. Me siento a su lado. Sus brazos largos y fríos me envuelven. Lo beso. Uno de los cigarrillos cae sobre la cama. Damos un salto. Él toma el cigarrillo. En el acolchado se formó una pequeña quemadura. Retira de su otra antena el que aún quedaba encendido. Lo apaga. Vuelvo a besarlo. Lo hacemos. En modo marciano. Él ejecuta

cada uno de sus movimientos con precisión quirúrgica. También con la frialdad de un cirujano. Acabo. Y me hundo en pensamientos marcianos que esta vez tienen una geografía lúgubre, pero a la vez pueril, como si fuera una fiesta de Halloween. De todos modos, lo disfruto, es una pecera en la que me gustaría permanecer por siempre. Rednik no me habla. Supongo que se fue. Pero no me importa. Tengo su albaquía. Cuando me despierto no está. En ninguna de sus versiones. Cerca del mediodía dejo la cabaña. Antes de subir a mi auto, dudo si pasar o no a saludar a Mara y Joris. Tiro la moneda. Sale que sí, pero finalmente no lo hago, arranco, me voy. Durante el resto del viaje la sensación de liviandad le gana a la de melancolía. Tomo mucho vino. En las bodegas, en los restaurantes, en mi habitación, cuando manejo. Pese a todo, sobrevivo. Debo tener un Dios aparte. Regreso a casa. Esa semana Rednik me manda una caja con mis cosas, en un remis. No era mucho lo que tenía en su departamento de Wilde.

VI

Después de dos años lográs juntar el dinero para operarte. Estás en la cama de una clínica, tu cuerpo en reposo. Te miras las manos: verdes y con dedos largos. No pudieron agregarte luz en el meñique. Gracias a esa falla, lograste un buen descuento. Todavía no te miraste al espejo, preferís seguir con esa sensación expansiva que invade tu organismo. Sospechás que, al verte, tu percepción te limite, que los contornos ópticos te abroquelen sobre la idea que tenés de vos mismo.

VII

En el patio de comidas del Shopping de Avellaneda te cruzás con Rednik. Está sentado en una de las mesas, cerca de la fuente de agua. Lo acompaña una mujer. Ella parece de treinta. Tiene una belleza clásica, y estilizada. Lleva el cabello recogido y los labios pintados de azul. Su rostro te resulta familiar. Dudás en acercarte. No trajiste tu moneda, así que decidís por tu cuenta, sin ayuda del azar. Caminás lentamente, tu nuevo cuerpo te llevo a ser precavido. Todo lo cercano

se aleja, todo lo lejano se acerca. El entorno se ha vuelto una amenaza. Tus viejos parámetros ya no sirven. Los perdiste. También la vista periférica. Y la distancia. Por eso medís cada uno de los pasos que, ahora sí, indefectiblemente te llevan cerca de ellos. Te detenés delante de Rednik. Ante el peso de tu presencia, él levanta la vista. Ya no usa los ojos pintados, pero la nariz le sigue dando un aire de eterna juventud. ¿No me reconocés? Sus antenas te examinan. Soy yo, Ismael, decís. Su rostro vacila entre el asombro y la incredulidad. Estás divino, te dice. Ahora son tus antenas las que comienzan a titilar. Te invita a sentarte. Un segundo nada más, aclarás. Te presento a mi novia, anuncia, protocolar. Ella te extiende su mano. Tus dedos largos y verdes envuelven los suyos. No podés quitar la mirada de su rostro. Daniela Catalán, la presenta Rednik. ¿La actriz?, decís. La actriz, confirma él. Me gusta lo que hacés, decís. Ella agradece. Escuchás que Rednik le explica: él es Eric Stoltz. Ella deja escapar un suspiro risueño. ¿Eric Stoltz?, preguntás. Eric Stoltz era la primera opción para protagonizar *Volver al futuro*, un gran actor. Pero tenía un problema, se había tomado la historia del viaje al pasado en clave dramática. Hacía una interpretación brillante, pero demasiado solemne. Y la película iba por otro lado. ¿Ese sería yo?, ¿un tipo que se toma todo en serio?, querés saber. No te enojés, se apura a decir Rednik, cuando estábamos juntos yo era igual a vos, era, también, un poco Stoltz. No querés caer en la tristeza así que te levantás de la silla. ¿Estás ofendido? No, tengo cosas que hacer. Esperá, te frena, ¿cómo lo vas llevando?, ¿ya te acostumbraste a tu marcianidad?, te pregunta. Sí, me siento fantástico, es más de lo que imaginaba, mentís. ¿Y tus planes para volver a Marte?, lo apurás. Sus antenas se ponen en alerta. Es un proyecto a futuro, pero ahora la prioridad es la carrera de Dani, afirma y pasa su brazo por sobre el hombro de ella. Sonreís, aunque sos consciente de que el gesto debe haberse visto como otra cosa. Algunos movimientos te cuestan sincronizarlos con tu anterior matriz orgánica. El médico encargado de tu cirugía te recomendó que practicaras frente al espejo. Lo hiciste. Un tiempo. Después, todo ese asunto te aburrió. Me alegro que te hayas acostumbrado a tu nuevo aspecto, te

dice Rednik. Por un momento se te cruza la idea de contarle la verdad, reconocer que tus pensamientos marcianos no tienen la misma albaquía que cuando invadían tu mente humana, que lo ajeno, ahora que se volvió propio, te aburre soberanamente. Pero volvés a sonreír o lo que sea esa mueca que hacés, los saludás a ambos, das media vuelta y, tropezando con las mesas, te alejás, lo más rápido que podés, a la velocidad de la luz.

Este ejemplar se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2022
en los talleres gráficos de Área Cuatro.

Hay amores que son puro cuento, otros que necesitan un mínimo de cuento para sobrevivir, otros que no son capaces de contar el cuento — de tan frágiles—. Y hay cuentos que, sin ser de amor, lo son por amor a la lengua y sus bellas figuras. De hecho, los románticos dicen que si un cuento es de amor verdadero, no debería someterse a la vulgaridad de un concurso o, mejor todavía, solo deberían ganar los enamorados...

Este libro nació de una convocatoria del Museo del libro y de la lengua gestada durante la pandemia. De un deseo de lectura, quizás incluso, de una necesidad de cuerpos, de contactos, de lenguas. Primero se pensó en cuentos de amor, historias. Después, más solemnes: Concurso de Cuentos de Amor. Finalmente quedó: Premio Nacional de Cuentos de Amor Silvina Ocampo “Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres”. La síntesis y el exceso de la pasión en una sola frase.

El certamen tuvo como jurado a Gabriela Cabezón Cámara, Cristian “Wachi” Molina y Cynthia Rimsky. En la presente antología se reúnen los cuentos que resultaron finalistas de entre los casi dos mil quinientos presentados.

Que el premio lleve el nombre de la menor de las Ocampo nos absuelve de toda culpa: ella supo de amor y celos. Y también los supo contar con el mayor antídoto: el humor y una copiosa imaginación, un poco desviada, hay que decirlo, de las tradiciones literarias y afectivas.

Francisco Sendra

Analia Fernández Fuks

Marcelo Cutró

María Cecilia Rodríguez

Márgara Averbach

Rodolfo Omar Serio

Juan Manuel Burgos

Alejandra Ruth Toronchik

Silvana Noemí Liello

Carolina Biscayart

Héctor Facundo D’Onofrio

María Paz Schechtel

Emilene Teresita Núñez Campos

Ezequiel Villarroel

Natalia Milocco

Nicolás Daniel Guglielmone

María Zulema Lázaro

Ulises Cremonte

ISBN 978-987-728-151-4



9 789877 281514



museo del libro
y de la lengua



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL